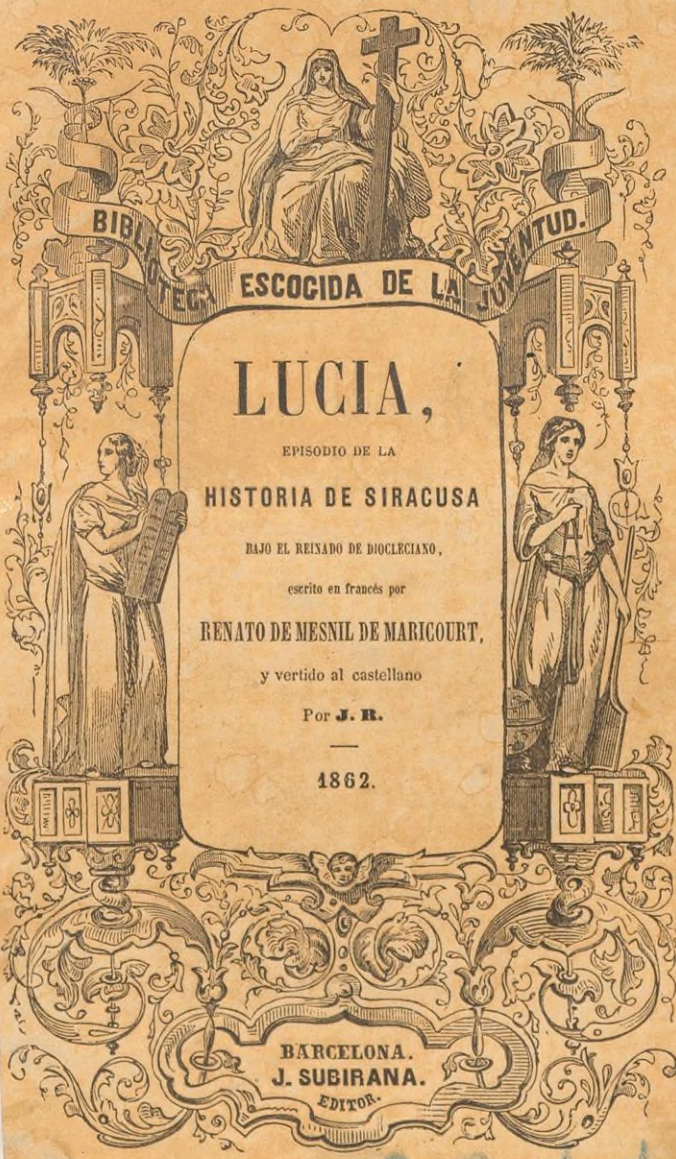
28-2.º (fol.)


BIBLIOTECA ESCOGIDA DE LA JUVENTUD.

LUCIA,

EPISODIO DE LA

HISTORIA DE SIRACUSA

BAJO EL REINADO DE DIOCLECIANO,

escrito en francés por

RENATO DE MESNIL DE MARICOURT,

y vertido al castellano

Por **J. R.**

1862.

BARCELONA.
J. SUBIRANA.
EDITOR.

6911

L47-4233

6911

BIBLIOTECA ESCOGIDA

DE LA JUVENTUD.

VII.

Maragas dib.º

Con qué te niegas á sacrificar á los dioses!
Para mí no existen

LUCIA

EPISODIO DE LA HISTORIA

DE SIRACUSA

bajo el reynado de Diocleciano

POR

Renatò de Mesnil de Maricourt

¿Quien me dara la calma?....

Barcelona

J. Subirana Editor

N.º 986 lib. M.

LUCIA,

EPISODIO

DE LA HISTORIA DE SIRACUSA

BAJO EL REINADO DE DIOCLECIANO,

ESCRITO EN FRANCÉS

POR

RENATO DE MESNIL DE MARICOURT,

Y VERTIDO AL CASTELLANO

J. R.

BARCELONA.

LIBRERIA DE J. SUBIRANA, EDITOR,

Calle de la Puerta Ferrisa, n.º 16.

1862.

(Con aprobacion de la autoridad eclesiástica.)

Esta traduccion es propiedad del Editor.

Imprenta de Magriñá y Subirana, calle de Ferlandina, 47.—1862.

PREFACIO.

Al dar la forma de novela á la narracion de la vida de una santa, he creido poder apoyarme en la autoridad de ilustres y recientes escritores, y seguir, siquiera fuese de léjos, las huellas del cardenal Wiseman y del R. P. Newman, autores de *Fabiola* y de *Calista*.

El título de episodio *histórico* que doy á la presente obrita, por mas que indique cuan modestas son mis aspiraciones, podrá parecer sin embargo que promete demasiado; así que no puedo menos de protestar desde luego, que no figura en ella mas personaje real que el de santa Lucía, que sufrió el martirio en Siracu-

sa el 13 de diciembre del 303, bajo el reinado de Diocleciano, y el proconsulado de Pascasio. En todo lo que á ella se refiere he seguido siempre fielmente la leyenda á que se atuvo, en la *vida de los santos* (Flos sanctorum), el P. Ribadeneira; y si alguna vez le he atribuido hechos ó palabras que no le pertenecen, los he sacado de las *Actas de los mártires* ó de la *Historia de la Iglesia*.

Los demas personajes que figuran en la narracion son creacion de la fantasía; y ya que no sean verdaderos, heme esforzado en hacerlos verosímiles, atribuyéndoles las costumbres, las ideas y el lenguaje de su época, y haciéndoles vivir en esa atmósfera que podemos figurarnos, en ese mundo que podemos forjarnos, segun los autores, tanto cristianos como paganos, que vivieron y escribieron en su tiempo.

Las sabias investigaciones de Mr. Gerbet en su *Roma cristiana*, y de Gueranger en sus *Instituciones litúrgicas* me han facilitado el poder hacer una pintura verdadera de las costumbres cristianas.

Los hechos maravillosos que atribuyo al flámen Sempronio, lo parecerán ménos en

una época en que tanto han preocupado las imaginaciones los fenómenos del magnetismo. Sin tener en esta cuestion, todavía tan misteriosa, mas opinion que la de la Iglesia, creo que, si bien con distintos nombres, ha existido siempre el magnetismo; poder real que puede ser empleado para el bien como para el mal, cuyos misterios y verdadera esencia nos descubrirá acaso el tiempo. Por otra parte los libros santos nos ofrecen el ejemplo de hechos análogos en la pitonisa de Eudor y de Simon el mago.

Sea cual fuere la suerte que esté reservada á esta obrita, reclamaré siempre la indulgencia de los que aspiran á resolver el difícil problema de hacer una obra atractiva y moral, y les suplicaré que tengan á bien secundar mis esfuerzos.

RENATO DE MESNIL DE MARICOURT.

LUCIA,

EPISODIO

DE LA HISTORIA DE SIRACUSA

BAJO EL REINADO DE DIOCLECIANO.

I

LAS SATURNALES EN SIRACUSA.

Notábase desde el amanecer desusado rumor en Siracusa: las calles estaban atestadas de gente que, dividiéndose en grupos, gesticulando y voceando, se iba esparciendo por sus diferentes barrios. Contra la costumbre, veíanse cerradas casi todas las casas de los ricos y de los patricios, y el aspecto silencioso de sus tristes fachadas contrastaba con los atronadores gritos del populacho que en torno de ellas se apiñaba. Por el contrario, las *tabernas* se abrian para vomitar oleadas de concurrentes que iban á aumentar la multitud, y que eran reemplazados en seguida por los que de nuevo llegaban. Veíanse casi todas las cabezas cubiertas con el gorro de liberto, y

solo algunas togas blancas ó *síntesis* (1) contrastaban de vez en cuando con el color oscuro de las túnicas y de las *lacernas* (2).

En medio de aquella multitud, y dominando todos los rumores, elevábase por intervalos el grito atronador de *IO saturnalia*, al cual contestaban millares de bocas repitiendo: *io! io! saturnalia.*

Era en efecto el XVI de las calendas de enero, dia en que empezaban las saturnales (3), del año 302, y la celebracion de aquella fiesta daba un aspecto, que no era el ordinario, á las calles, por punto general silenciosas, de Siracusa. Apesar de una lluvia fria que caia á torrentes, las ridículas procesiones iban siguiéndose, pasando las unas delante de las otras y atravesándose en todas direcciones por las estrechas calles. Aquí el agua habia reunido en mechones los pelos de la barba de un niño disfrazado de

---

(1) Especie de bata que se ponian los ricos al sentarse á la mesa, y de que usaban durante las Saturnales, tiempo que era de fiestas y contínuos banquetes. *N. del T.*

(2) Sobretodo ó capa grande abierta por delante y sujeta con hebillas ó corchetes (*fibulæ*), que, en especial en los últimos tiempos, se ponian los romanos encima de la toga. *N. del T.*

(3) Las saturnales que se celebraban el 17 de diciembre, (XVI Kal-Jan.) eran las fiestas mas solemnes de todo el año, y durante las cuales todas las clases del pueblo se entregaban á las diversiones y á los festines, los amigos se ofrecian mútuamente regalos, y los amos trataban á sus esclavos cual si fuesen sus iguales. Al principio duraban tan solo un dia, pero despues se alargaron hasta tres, y posteriormente se prolongaron hasta cinco por órden de Calígula y de Claudio.

N. del T.

dios Pan ; allí desleía el ocre con que se habia embadurnado un sacerdote de Cibeles, ó manchaba la toga de un magistrado improvisado : faunos , sátiros y bacantes tiritaban de frio bajo la piel postiza que el agua pegaba á sus miembros, y todos continuaban dando brincos, riendo y sobre todo gritando, hasta que fatigados de tan loca alegría se tendian en el suelo al abrigo de algun pórtico.

Inútil seria seguir las peripecias todas de la fiesta; así pues dejando á la multitud , nos fijarémos en un grupo de personas que se dirige, cantando una grotesca parodia de las súplicas á Júpiter, hacia la punta que unia el continente á la isla Ortigia. El que hacia de gefe era un esclavo de estatura hercúlea, que marchaba delante tocando unos címbalos de cobre robados á algun Galo ó sacerdote de Cibeles. Iba calzado con coturnos trágicos que le hacian aparecer aun mas alto, y llevaba el rostro cubierto con una máscara de teatro, cuya boca, abriéndose á manera de bocina , daba un aspecto repugnante á su semblante, á la vez que un timbre sumamente sonoro á su voz.

« Venid , amigos mios, gritaba, venid: hoy mandamos nosotros , y quiero convidaros á un espléndido banquete en casa del liberto Hermógenes , que tiene una taberna en el puerto. ¡ Por Hércules ! preciso es que nada falte , ni las salchichas á la cebolleta, ni las acelgas con pimienta , ni los chochos fritos, y todo abundantemente remojado con vino seco de Creta, que beberémos en vasos de Corinto: como nuestros amos , tendrémos tambien tocadores de

flauta y bailarinas. *Io! io! saturnalia,*» gritó haciendo sonar sus címbalos, como para dar á entender que habia terminado su peroracion.

La alegre comitiva no tardó en atravesar parte de la isla Ortigia, que en aquella época no formaba mas que uno de los barrios de la ciudad, si bien estaba medio destruída á consecuencia del sitio de Marcelo (1) y de la guerra de los esclavos (2); pero la parte mas poblada era aquella isla donde se elevaba el magnífico templo de Minerva, saqueado por Verres, y que es la actual catedral. Aquel dia estaba decorado con festones de yedra, y muchas colgaduras, sembradas de algunas flores que habia sido posible procurarse apesar de la estacion, unian entre sí las estriadas colunas del pórtico. Brillaba en el fronton un inmenso escudo de bronce, recuerdo antiguo y nacional, que descubrian de léjos los viajeros que llegaban por mar.

La banda de esclavos detúvose delante del pórtico, por no poder penetrar á traves de la multitud compacta que interceptaba el paso, y que poblaba el aire con sus gritos. Al acercarse vieron un carro tirado por cuatro mulas de reluciente pelo y precedido de dos ginetes negros. Estaba alfombrado con telas encarnadas bordadas de oro, é incrustado por todas partes de plata: las mulas, cubiertas con mantillas de púrpura, y sacudiendo sus cabezas adornadas de

(1) En el año 212 antes de J. C., durante la segunda guerra púnica.

(2) En el levantamiento provocado por Euno, 133.

brillantes perendengues, podian apenas andar en medio de la multitud que, en vez de abrirles paso, se apiñaba dando voces. Guiaba un esclavo el carro, en el cual veíase sentado un hombre que frisaba, al parecer, en los cincuenta años, y cuyo traje y grave continente revelaban ser uno de esos ricos y voluptuosos holgazanes, que tanto abundan en las grandes ciudades. Llevaba sandalias, y los estudiados pliegues de su manto griego del mas rico tejido, dejaban al descubierto sus piernas. Sus lustrosos cabellos, cuyo color perfectamente negro descubria el artificio, estaban peinados con simetría, perfumados con bálsamo y sujetos al rededor de la frente, á la manera de los antiguos griegos, por un círculo de oro. Alargando con cierto abandono sus brazos cargados de brazaletes, hizo una señal y dijo al esclavo que guiaba al carro:

«Polion, aparta á esa vil plebe y haz trotar las mulas!»

Interpelado de esta suerte el esclavo dijo en tono suave á los que rodeaban el carro:

«Desviaos, amigos mios, os podríamos lastimar!»

Pero los esclavos, apiñándose mas tocaban las riendas y tentaban las mantillas de las mulas, cambiando algunas palabras entre sí. Perdida la paciencia el dueño del carro, pegó al conductor con una varilla que llevaba en la mano gritando:

«Arrea de una vez, necio animal!»

Al decir esto levántanse mil imprecaciones de entre la multitud.

«Ha pegado á un hombre libre!—No ha respeta-

do nuestras prerogativas!—Hoy somos libres todos!»

Y adelantábanse algunos con ademanes amenazadores, cuando Polion, el conductor, les dijo en un tono todavía mas benévolo:

« Hermanos mios, amigos, os suplico que nos dejeis libre el paso: ya veis que mi amo va de viaje y no quisiéramos llegar tarde.

En esto nuestro grupo habíase acercado á su vez al carro, y el esclavo disfrazado gritaba con voz atronadora:

«Escuchad! os convido á todos á mi banquete: os prometo que será espléndido, puesto que se nos ofrece la ocasion de ser servidos por un noble patricio, que va á prestarnos su carro y á conducirnos hasta el magnífico *triclinium* donde nos aguarda su mesa. Justo es que el rico Lucio, servido cada dia por quinientos de los nuestros, nos sirva por casualidad una vez. Ea, Lucio, acupa el asiento de tu conductor, y cédeme el tuyo; y tú, Polion, baja y ven á divertirte con nosotros.»

Apesar de las protestas de este, hízose todo como lo habia dispuesto el esclavo enmascarado, el cual subió al carro en medio de las estrepitosas aclamaciones de la multitud, mientras que el patricio Lucio se prestaba con afectada complacencia y una sonrisa forzada al papel de conductor que le habia sido señalado. Levantóse, tomó las riendas de las mulas, y volviéndose hácia su improvisado dueño, le dijo afectando un profundo respeto:

« ¿A donde debo conducir á tu señoría, mi amo?»

La muchedumbre aplaudió con frenesí, y el es-

clavo respondió con un aplomo y dignidad cómicos:

«Esclavo, condúcenos á mí y á mis nobles convidados al puerto, en la via Temérites, y párate en la *popina* (1) de Hermógenes el liberto, cerca de la fuente de Aretusa.»

Reprimiendo un gesto de disgusto, Lucio tomó la direccion indicada, y como aguijonease las mulas:

«Anda despacio, le dijo el esclavo, á fin de que mis convidados puedan seguirnos á pié.

«Ilustre Lucio, continuó diciendo en alta voz, tu querias ir á tu rica casa de campo de Leoncio, para huir del espectáculo grosero de nuestras pobres diversiones, y evitar el encuentro de unos miserables que para tí no son hombres y á los cuales prohibes alzar la voz en tu presencia; pero ¿cómo no tuviste la precaucion de partir en la tarde de ayer? Entónces nos hubiéramos inclinado á tu paso para no ser deslumbrados por tu mirada; mas hoy debemos bendecir á los dioses que nos proporcionan el honor de tu compañía, y tú mismo que eres, segun dicen, un sabio filósofo, podrás aprender muchas cosas en la nuestra... Pero; haz que las mulas vayan mas despacio, ya ves que nuestros amigos pueden apénas seguirnos.

—Hijos, dijo Lucio con la misma falsa sonrisa de ántes, yo me presto gustoso á una inocente chanza autorizada por las instituciones; pero las saturnales no me han de obligar á descuidar mis negocios, y espero que vais á dejarme en libertad luego.»

---

(1) Hostería, taberna.

Entre tanto Polion, á quien habian hecho apear tan bruscamente, continuaba interceciendo por su amo.

«No! no! le respondieron; dentro una hora le soltarémos; vamos á matraquearle un poco para enseñarle á no pegar á un esclavo durante las saturnales, preparándole, á nuestro modo, un plato de venganza que le gustará. ¿No has sufrido bastante? Y ademas, ¿porqué servias á tu amo, en vez de reunirte con nosotros y de revestirte con las insignias de liberto? ¿No es por ventura conocido tu amo por su altanería y brutalidad?

« Mi deber es servirle; respondió sencillamente Polion.

—¿Pero no te gustará verle humillado? Nosotros le nombrarémos rey del banquete, y él será tu copero, y tendrá que servirte cuando levantes el dedo sin siquiera mirarle! ¡Oh! que no estén aquí todos nuestros señores!

—Nuestros señores, añadió Polion, no saben lo que hacen; debemos perdonarles.

A tan inesperada respuesta, que causó en ellos una admiracion mezclada de desprecio hácia el fiel esclavo, alejáronse todos, mientras que este se ponia delante de las mulas, procurando guiarlas él mismo para evitar toda molestia á su amo.

Pronto llegaron á la taberna de Hermógenes, donde se precipitaron todos sin distincion. Era la tal un establecimiento destinado á proporcionar á los esclavos y á los marineros comida y bebida á precios módicos. Formaba un vasto cuadro de tablas, cuyo centro estaba ocupado por una mesa de mazonería

rodeada de un banco de madera, groseramente trabajado, y en la cual habia cuatro enormes vasos de barro, clavados con yeso, destinados á contener los comestibles.

Veíase á la derecha á la mujer de Hermógenes atareada en sus hornillas con una jóven esclava que la ayudaba, y en el fondo y colocadas en una estensa gradería multitud de ánforas de varias formas.

Era aquella la taberna á donde iban los *victimarios* (1) á vender la carne de los sacrificios, y los empleados del circo la de los animales muertos durante los juegos.

Aquel recinto ennegrecido por el humo de una cocina nauseabunda, llena de sucios restos de carne, hubiera provocado náuseas á naturalezas menos delicadas que la de Lucio; así que recibió de muy mal talante los obsequiosos cumplidos del dueño del establecimiento, que majestuosamente colocado en el dintel de la puerta, y con su gorro de liberto le prodigaba sus saludos.

«Salud, ilustre señor! le dijo con irónico acento. Bien te sienta noble patricio, el venir á celebrar las saturnales en mi humilde hostería; pero en cambio tambien hallarás aquí manjares escogidos, dignos de tu aristocrático paladar. Ántes de ayer hubo un combate de osos y gladiadores, y mi amigo Publícola, el guardian de la arena, me ha proporcionado con que hacer un asado de que te chuparás los dedos, ademas de un cuarto de búfalo.....

(1) Ministro de los sacrificios. *N. del T.*

—Basta, basta, gritó, interrumpiéndole el esclavo enmascarado: entremos, Lucio, y ven con nosotros á sacrificar á los penates de mi digno amigo Hermógenes: las saturnales no deben hacernos olvidar nuestros deberes para con los dioses, si es que queremos dar principio á nuestra comida con favorables auspicios.»

En el ángulo del hogar habia dos horribles estatuitas de barro cocido y que, semejantes en la rigidez de su postura á las egipcias, tenian las manos en las rodillas y los piés ocultos entre la ceniza. El esclavo, seguido siempre de Lucio, acercóse á ellas para hacer libaciones con vino, que despues de él renovaron todos, escepto Polion, que permanecia apartado en una actitud tranquila y reflexiva. Los demas observaron que no habia tomado parte en la ceremonia piadosa, y algunos esclavos, acercándose á los ginetes negros que les habian seguido:

«Puesto que todos servís al mismo amo, les preguntaron, decidnos: ¿qué es Polion? ¿es acaso un impío?

—No, contestaron aquellos; nadie cumple mejor que él sus deberes.

—Mas ¿cuál es su religion? Ni sacrifica á los dioses, ni aborrece á su amo!

—Lo ignoramos, porque nunca se ha franqueado con nosotros; pero le respetamos y queremos porque es bueno con todos.

—Por Baco! esclamó el esclavo de la máscara, echemos suertes para ver quien ha de ser el rey del festin, á fin de que pueda disponer las diversiones y ordenar la comida, á ménos que prefirais dispen-

sarme ese honor, de que espero manifestarme digno.

—Sí! sí! te proclamamos rey; pero dinos tu nombre y quítate la máscara para que sepamos á quien debemos obedecer.

—Tened paciencia! repuso el esclavo: sentaos á la mesa: no tenemos camas donde tendernos; pero que cada cual se acomode en ese banco como mejor pueda. Hermógenes nos traerá, para abrir el apetito, un buen plato de acelgas con pimienta y ajo. Quiero que en seguida nos cuente cada uno por turno su historia, y nos diga sus relaciones con su amo, á fin de que se aproveche de ello nuestro amigo Lucio, que será quien adivine quien soy yo. Entretanto que se disponga á servirnos ese buen vino dulce que hará eternamente la gloria de Siracusa! »

Y levantándose añadió:

«Bebo á la salud del divino Diocleciano, nuestro emperador! Brindo por el viejo Saturno á quien debemos nuestras diversiones! »

Todos contestaron á estos brindis vaciando el cuerno de buey que les servia de copa.

«Que dos de vosotros, añadió el esclavo, pasen á la sala inmediata para vestir á Lucio: que le pongan una corta túnica blanca y le den un paño para limpiar la mesa; hoy será nuestro copero.»

Al cabo de algunos instantes, Lucio que se habia prestado con la misma complacencia á todo lo que de él habian exigido, volvió á presentarse con el traje que le habia sido designado, si bien llevando uno de los bordes de su túnica tirado sobre la cara de suerte que no se podian distinguir sus facciones.

«Bravo! dijo el rey del banquete; ahora, si teneis valor, voy á proponeros un tercer brindis, que espero que será tan bien recibido como los anteriores.

—Sí! sí! clamaron de todas partes.

El esclavo se levantó con solemne lentitud, y erguiendo su elevada estatura, levantó lijeramente su máscara para beber, puesto que hasta entónces se habia contentado con hacer como que bebia, y pronunció lentamente estas palabras:

«Amigos! brindo por Espartaco!

Mas fuese ignorancia ó temor muy pocos fueron los que contestaron al brindis.

«¿No conoceis al inmortal Espartaco, continuó diciendo el esclavo? Quiero contaros su historia, y comprenderéis cuanto debemos amarle. Era un esclavo como vosotros y yo, que rompió sus cadenas para herir con ellas á nuestros tiranos, y puso en riesgo por espacio de tres años todo el poder de Roma. ¿No es verdad que hemos degenerado mucho? ¿Sabeis vosotros que trescientos mil esclavos esparcidos por la Italia hicieron temblar á vuestros señores? ¿No habeis pensado, amigos, que un dia ú otro podríamos contar nosotros cuantos somos?

«He mandado que cada uno de nosotros nos dijese sus antecedentes, y yo voy á daros el ejemplo.

«Yo soy galo, del país de los Nervios; todos mis antepasados fueron como yo, gefes de nuestra tribu. Jamas hemos doblado la cerviz al yugo romano, y hace cuatrocientos años que el territorio de Bavacum se enrojece con su sangre. Nos han enviado procónsules con sus legiones; han construído caminos y

han levantado entre nosotros monumentos; pero hemos permanecido siendo siempre galos. Desde la invasion de César hemos vencido siempre á nuestros opresores, que no se atreven á seguirnos en los sombríos bosques, donde nos sentimos libres. En una revuelta en que habíamos degollado casi toda la guarnicion romana, fuí cogido con las armas en la mano. Como era fuerte y tenia buena figura creyeron que podrian venderme á buen precio, y en vez de á la muerte me condenaron á la esclavitud. Fuí espuesto en el foro de Roma, en el pórtico del templo de Cástor. Estaba casi desnudo: habíanme puesto una corona de hojas para indicar que era prisionero de guerra, y me habian sujetado los brazos, porque el corredor que me vendió sabia que podia hacerle saltar los sesos de un puñetazo.»

Y arremangando las mangas de su túnica, descubrió al decir esto con orgullo un enorme brazo de fornidos músculos.

« Hiciéronme el honor de venderme por diez mil sextercios á un griego de Siracusa, que me compró por mi buena presencia para mozo de cordel. No os contaré todo lo que he sufrido. Por fin, un dia me escapé: cogiéronme de nuevo: seis hombres me sujetaron con cuerdas, y aunque yo los arrastraba á los seis, acabaron por llevarme delante de este opulento señor mientras estaba cenando. Sin alterarse, mandó traer un potro en el *triclinium* (1), y que me

(1) El comedor, al cual se daba aquel nombre por los tres lechos (*tres lecti, triclinares, vel descubitori*) que se ponian al

quemasen las piernas con planchas de hierro candentes. Entre tanto él seguia filosofando con sus convidados, y al cabo de dos horas, enojado de que no me quejase, me hizo afeitar las cejas y la barba, y poner en la frente eso que veis.»

Y quitándose entónces enteramente la máscara dejó á descubierto un rostro varonil, cubierto de cicatrices, y su ancha frente donde estaba impresa con sangrientas líneas la letra F. (1).

El odio hacia horriblemente fea su mirada, cuando cogiendo el brazo del copero que estaba detrás de él, le dijo: «Lucio, ¿conoces á tu esclavó Ambenorix, el caudillo nervio? y luego añadió:

«¿A quién de vosotros no ha roto los dientes la brutalidad de vuestros amos? ¿Quién de vosotros no se ha consumído en los ergástulos (2), no ha visto destrozadas sus carnes por el látigo, ó no ha sido puesto bajo el yugo? ¿Quién de vosotros no tiene algun pariente ó amigo, puesto que ni siquiera nos es permitido tener familia, ó marcado como yo, ó estropeado por el tormento? ¿No tengo razon en invocar por fin la venganza?

—Y yo imploro el perdon,» dijo detrás de él una voz suave.

Era el copero cuyo brazo tenia todavía agarrado

---

rededor de la mesa, y donde se echaban los convidados. Para mas detalles véase en nuestra *Biblioteca escogida*, la novela titulada *Los Últimos dias de Pompeya*. N. del T.

(1) Inicial de *Fugax* (fugitivo, desertor).

(2) El sitio de la casa donde se encerraba en castigo á los esclavos. *N. del T.*

Ambenorix. Con la otra mano que le quedaba libre levantó el velo que le cubria el semblante, y vióse á Polion tranquilo y sonriendo.

« Hermanos mios, dijo, he temido que os atrajeseis crueles represalias atormentando á Lucio y he facilitado su fuga poniéndome en su lugar. Mi amo está ya por el camino de Leontium.»

Un inmenso grito de rabia acogió esta declaracion, y aunque á muchos, asustados de la audacia de Ambenorix y de las consecuencias que podia traer, no les pesaba la fuga de Lucio, gritaban no obstante mas recio que los otros.

« Es preciso crucificarle!» voceaban unos; «inmolarle á Saturno, como hacian nuestros padres!» clamaban otros.

Ambenorix, imponiendo silencio á sus convidados con un gesto, dijo con tono solemne:

« El esclavo Polion ha ultrajado la majestad de las fiestas que celebramos ; ha obrado como un impío; mas no nos toca á nosotros mezclarnos en sus querellas con los dioses; verémos si saben ellos solos hacerse justicia á sí mismos. No os asusteis de mis palabras ; pero necesario es que lo sepais ; nuestros amos no creen ya en esos dioses viejos é impotentes: dicen que la religion solo es buena para nosotros ; no nos metamos pues en sus asuntos. Sabed que si sacrifico á los dioses, si bebo á la salud del emperador, es para no chocar con vuestras preocupaciones. El mayor crímen de Polion es haber sido mal camarada. Esclavo como nosotros, ha arrebatado Lucio á la legítima venganza de los esclavos ultrajados , y

solo por este hecho vamos á juzgarle y condenarle. Voy á interrogar al culpable: auxiliado de vuestras luces decidiré despues de su suerte.»

Y sentándose en la grada mas elevada del fondo de la sala, impuso silencio, y mandó á Polion que se acercase.

—«¿Cómo te llamas?

—Agenor, y por otro nombre Polion desde que soy esclavo.

—¿Qué edad tienes?

—Treinta años.

—¿De dónde eres?

—De una poblacion del Peloponeso en las orillas del Alfeo.

—¿Tu no eres pues *verna*, esclavo de nacimiento?

—Nací libre; pero un dia que, niño todavía, jugaba en la arena en la orilla del mar, unos marineros siracusanos que, como supe despues, montaban una galera perteneciente á Lucio, me llevaron á bordo y me vendieron á su amo, que porque era jóven y de buenas facciones, me colocó entre sus esclavos de lujo para acompañarle en sus paseos tocando la flauta para alegrarle.

—¿No te ha maltratado nunca?

—Muchas veces, y como tú he proyectado tambien muchos actos de venganza.

—Mas parece, continuó diciendo Ambenorix, que amas á tu amo, pues que has facilitado su fuga.

—Le amo como á todos los hombres, mis semejantes.

—Cómo! tu semejante! mas él no te mira como

hombre, y prefiere á ti su perro ó su caballo favorito.

—Yerra en esto y le compadezco.

—Si tienes motivos de queja contra él, ¿porqué no te has asociado á nuestra venganza?

—Tiempos hubo en que mi odio era mas violento que el tuyo: entónces estaba en las tinieblas; mas despues que he visto la luz, he comprendido que debia volver bien por mal y amar á mi perseguidor.

—¿De qué luz hablas? preguntó Ambenorix con una sorpresa, que dejaban ver los otros con murmullos y aclamaciones.

—De la que viene del cielo.

—No comprendemos. Dinos claramente cual es tu religion.

—Creo en Dios!

—Dios? Es Júpiter? es Teutates? es Saturno? es Osiris?

—Es Dios, y solo se llama Dios, porque es Dios único.

—¿Y es eso lo que llamas la luz del cielo? Mas ¿quién te lo ha enseñado?

—No debo decirlo.

—¿Eres judío?

—No.

—¿Qué eres pues?

Polion no respondió.

—Es cristiano! dijo una voz.

—Lo habeis dicho, respondió con dulzura Polion.

Ambenorix, que se habia levantado de su asiento,

se paseaba dando grandes pasos y parecia reflexionar profundamente.

Un nuevo orador tomó entónces la palabra.

« Yo tambien soy griego, dijo, y en mi país, Corinto, he visto muchos cristianos, y sé lo que son esos hombres. Van vestidos de blanco, y afectan el andar austero de los filósofos: viven muy unidos entre sí, despreciando á los demas hombres, de quienes huyen para ocultarse en las cavernas, donde se entregan al arte infame de los maleficios y de los sortilegios. Ellos son los que nos envian las epidemias, roban los niños para desollarlos vivos y beber su sangre; rompen las estátuas de los dioses, insultan á los soberanos, viéndoseles despues tranquilos y risueños, afectando despreciar la muerte, porque su arte infernal les procura los medios de evitar los padecimientos. Traen siempre encima talismanes, y estoy seguro que Polion se rie de nosotros, porque cree que su impío poder sabrá sustraerle á nuestra cólera. Pero no tenemos mas que conducirle ante los magistrados y será arrojado á las fieras!

— No olvideis, esclamó otro, que nuestra acusacion no será admitida; somos esclavos; así pues ¿no valdrá mas que nos tomemos por nosotros mismos la venganza?»

El despecho y la cólera iban acalorando poco á poco aquellas cabezas calentadas ya por el vino, y cada uno de aquellos hombres ignorantes y groseros veía un enemigo personal en un cristiano, cuyo nombre pronunciaban muchos con supersticioso terror.

« Que decida Ambenorix, » gritó la multitud de

esclavos que rodeaba á Polion, reprimiendo á duras penas sus instintos feroces, que se revelaban con gestos asaz significativos.

Pero Ambenorix continuaba paseándose sin responder.

« Lucio, esclamó por fin, es mi enemigo y queria vengarme ; mas yo volveré á dar con él tarde ó temprano, y lo repito, nada tengo que decidir en cuestiones religiosas. Haced de Polion lo que querais. »

—Pues bien, repuso entónces el griego que acababa de hablar, no le hagamos mal tampoco nosotros; vamos á enviarle tranquilamente á su país por un camino seguro y cómodo. »

Esta proposicion fué acogida con violentos murmullos, y el griego continuó con una sonrisa diabólica:

« Dejadme hablar, amigos mios. ¿Veis desde aquí aquel pequeño templo ? está consagrado á la ninfa Aretusa, divinidad que preside á este manantial. Esta pobre ninfa, segun nuestros abuelos, fué perseguida por Alfeo, el dios del rio que corre en el Peloponeso. Ese viejo Alfeo se arrojó al mar, y siguiendo derecho su camino por debajo del agua, vino aquí á encontrar á su ninfa. Así pues hay una pequeña corriente de agua dulce de aquí á Grecia, y no dudo que siguiéndola nuestro amigo Polion llegará directamente á su país. No tenemos mas que chapuzarle en el manantial, y como para ese viaje no necesita vestidos, vamos á desnudarle. Verémos si su Dios le saca de allí. ¿ Habeis comprendido ahora ? »

Sucedieron ruidosos aplausos á las anteriores

muestras de descontento, lanzándose todos sobre el infeliz Polion, á quien arrancaron de una manera brutal sus vestidos. Ambenorix callaba; mas como hubiese caído un objeto del pecho de Polion, lo recogió, ocultándolo debajo de su propia túnica. Por lo que respecta á Polion no oponia la menor resistencia: su mirada era dulce y tranquila, y parecia hallarse absorbido en la contemplacion de una imágen suave y lejana, contentándose con decir de vez en cuando: « Yo os perdono de todo corazon, amigos mios, porque no sabeis lo que haceis! » Mas los ahullidos de los otros ahogaban sus palabras, y en breves instantes fué conducido al sitio designado por el griego.

Rodeaba al manantial un pequeño muro de apoyo, y un grupo de plátanos daba sombra al pequeño templo antes mencionado. Era una rotonda bastante reducida, cuya puerta, que daba al Levante, estaba abrigada por un peristilo de cuatro colunas jónicas coronado por un friso y un fronton triangular, adornado con bajos relieves. Los esclavos pasaron rápidamente por delante el sagrado recinto sin dirigir á él la vista, y disponíanse á arrojar á Polion por encima la pared, cuando una voz fuerte, y que parecia salir del fondo del templo, gritóles: « Deteneos! qué haceis! » Un terror supersticioso detuvo á los mas animosos, que abandonaron á Polion diciéndose los unos á los otros: « ¿ Será la ninfa que estará enojada contra nosotros? ¿ Qué harémos? »

El griego que habia propuesto aquel género de suplicio, dijo en tono burlon á sus compañeros, si bien poniéndose detrás de todos:

«Bah! no estamos en los tiempos en que las estátuas hablaban ; vamos á ver quien osa detenernos.»

Y mientras que estaban consultando entre sí, dibujóse el casco de un legionario romano entre las colunas del peristilo , y pronto se vió aparecer un centurion con la vara de sarmiento , (*vitis*) insignia de su dignidad. Detrás de él salió del templo un tribuno militar. Los dos estaban desarmados , y solo habian conservado del uniforme el casco. El del tribuno era dorado , y el del centurion de hierro con las letras C. S., grabadas en una plancha de plata y que indicaban su legion , puestas en su cimera. El tribuno no llevaba en la mano mas que una varilla de mimbre.

Esta aparicion desconcertó á los esclavos mucho mas que hubieran podido hacerlo las divinidades del Olimpo , quedándose mudos y trémulos, hasta que el tribuno les hizo señal que se acercasen.

«¿Porqué , les preguntó, habeis desnudado á ese hombre y queríais echarlo al agua ?

— Porque ha ultrajado á los dioses , no respetando las saturnales , respondió el griego.

—Es un cristiano , añadieron los demas , y queremos que muera. Tú no tienes derecho de impedírnoslo : queremos lo que es justo. Ademas , hoy mandamos nosotros !»

Al decir esto los esclavos , escitándose mutuamente , habian estrechado el círculo al rededor del grupo formado por Polion y los militares.

El tribuno trazó un círculo en el aire con su varita , dando la voz de : «Atrás ! » mientras que el cen-

turion, para apoyar la órden de su superior, distribuía á los mas osados algunos golpes con su sarmiento, que terminaba en porra, y pronto el grupo fué á reunirse á una distancia mas respetuosa. Durante este tiempo, Polion, sin manifestarse conmovido, habia vuelto á recobrar sus vestidos y su actitud tranquila.

«¿No eres esclavo?» le preguntó el tribuno.

—Sí.»

Al oir esta respuesta, dijo al centurion:

«No quiero que me dirija la palabra; interrógale tú, Próculo, y pregúntale si realmente es cristiano.

—Sí,» respondió de nuevo Polion.

El tribuno, que se habia sentado en el pedestal de una coluna:

«Próculo, prosiguió diciendo, manda á esos miserables que se alejen: no toca á ellos juzgar de los crímenes contra el Estado ó contra los dioses. Da órden á ese otro que nos siga, y si hace la menor resistencia tienes tu baston para hacerle andar.»

Era tal el respeto que infundia el uniforme romano, que los militares se alejaron tranquilamente con su preso, sin que el descontento de los esclavos, que veían que se les arrebataba su presa, se manifestase mas que con sordos y tímidos murmullos; y aun estos no estallaron hasta que hubieron perdido de vista los dos cascos. Entónces la contrariada y mustia comitiva volvió á la *popina* de Hermógenes, donde Ambenorix, que se habia quedado solo, permanecia con la cabeza apoyada en las manos. Contáronle al mal éxito que habia tenido su empresa, y

le dijeron que atacados por toda una centuria de soldados armados hasta los dientes, se habian visto obligados á ceder al número. Ambenorix empero sin alterarse, les contestó friamente:

« Nunca seréis mas que esclavos. Prosigamos ahora nuestro banquete. »

II

UNA CENA EN CASA DE VALERIO.

El tribuno que acababa de intervenir en la querella de los esclavos era un jóven romano de la antigua familia Valeria, cuya nobleza se remontaba á los tiempos de la república, muy rico y que ademas vivia agradablemente en Siracusa, donde mandaba, junto con otros cinco cólegas la legion romana que estaba de guarnicion en ella. Como el servicio no le ocupaba mas que dos meses del año, se habia casi avecindado en aquella ciudad, cuya atmósfera impregnada, por decirlo así, de dulce filosofía y de una especie de poesía melancólica, se acomodaba mejor á su temperamento que la incesante agitacion de la metrópoli, donde sin embargo su nombre y su fortuna le hubieran permitido figurar honrosamente. Familiarizado, como todos los romanos de las clases elevadas, con la literatura griega, se complacia en encontrarla viviente en cierto modo en aquella antigua colonia corintia que, al traves de la dominacion romana, habia conservado no pocos rasgos de la madre patria. Allí le era permitido deponer la aristocrática toga ó la coraza guerrera para filosofar en

griego, y pasearse cubierto con el *pallium* (1) y con sandalias. Gozaba de la privanza del gobernador Pascasio, siendo no pocos los que le envidiaban su posicion tan venturosa como independiente.

Seguido de su centurion Próculo, antiguo cliente de su familia, y con el cual tenia frecuentes relaciones, habia salido por la mañana para gozar, como curioso, del inusitado espectáculo que ofrecer debian, con motivo de las saturnales, las calles de Siracusa. Próculo habia llegado, gracias á su valor personal, á un grado bastante elevado; pero conservaba los instintos y costumbres groseras de soldado. Sorprendidos por la lluvia habíanse refugiado los dos en el templo de Aretusa, desde donde oyeron la gritería de los esclavos que querian ahogar á Polion. Valerio confió á Próculo la custodia de este, y él se habia vuelto á su casa, donde, despues de haber tomado un baño, aguardaba á sus convidados; pues las saturnales eran un motivo de regocijo así para los ciudadanos como para los esclavos, y tomando pretesto de ellas, Valerio habia invitado á su mesa á muchos otros oficiales y á diversos personajes de la ciudad. Su carácter afable, y hasta un poco débil, le habia atraído de parte de los que le rodeaban una especie de simpatía; y para darle una prueba de ella muchos de sus esclavos, negándose á aprovecharse de las libertades del dia, habian consentido en quedarse para servirle la cena. Su bondad con-

(1) Especie de capa ó manto, que entre los griegos llevaban igualmente los hombres y las mujeres. *N. del T.*

sistia en abstenerse de atormentar á sus esclavos sin motivo; lo cual era ya mucho en comparacion con lo que acostumbraban hacer con ellos los demas patricios.

La morada de Valerio estaba situada á la parte del Noroeste bastante léjos del mar y á alguna distancia de la ciudad, en la mitad de la falda de una montaña que coronaban las fortificaciones de los Epípolos, y desde donde se disfrutaba de una vista encantadora. Delante de ella, al estremo del horizonte, se estendia la inmensidad del mar, sobre cuyo azul oscuro destacábase á trechos la blancura de algunas velas latinas: cubria la orilla del mar una larga fila de casas que formaban el antiguo barrio de Acradina; estendíase á sus piés la colina, dividida en estensos campos de olivos y de viñas, con sus cepas entrelazadas en guirnaldas; á su derecha el barrio de Neápolis ó Temenites, situado al Sur del gran puerto, dibujaba sobre el mar, hasta el promontorio Plemmyrium, los ondulados contornos de la playa, mientras que á su izquierda, y en la direccion de Catana, aparecian las ruínas de Tycha y el largo valle cortado por torrentes que se estiende hasta el Etna, cuya base desaparecia en la primavera bajo un dorado monton de espigas.

En aquel momento subian por la colina los convidados de Valerio, admirando el gusto que habia reinado en la construccion de su casa, digna, bajo todos conceptos, de un rico patricio. Por una bien combinada alianza del arte griego con la arquitectura romana, decoraba su fachada una doble colum-

nata de mármol, de estilo corintio, contra la costumbre de los romanos, que no admitian delante de la puerta mas que una pequeña plaza ó *área*, en cuyo centro se levantaba la estátua del propietario. La de Valerio, hábilmente cincelada por un artista griego, era de mármol blanco y estaba de cara á unas pocas gradas que conducian al pasillo llamado *protyrum*. Dicha estátua representaba el tribuno á caballo, en actitud de mando, cubierto con la *augusticlavia* (1), con las insignias de su mando, y con la espada en la mano. Algunas vides formando guirnaldas corrian á lo largo de las colunas, que sostenian un cornisamento coronado de un terrado, cuyo borde decoraban grandes jarrones de cobre de un trabajo esquisito, y de los cuales colgaban algunas enredaderas que serpenteaban á lo largo de las molduras del cornisamento.

Pasado el *protyrum* se entraba en el atrio, rodeado de otra columnata mas pequeña, del mismo estilo que la de la puerta, y en cuyo centro se elevaba una fuente decorada con un grupo de bronce representando á Pluton en el acto de robar á Proserpina en el Etna.

Varias puertas de bronce, que se abrian en el fondo del atrio, conducian al *triclinium* y á las salas de juego. En una de ellas era donde Valerio, despues de haberse perfumado los cabellos y calzado las sandalias, habia recibido á algunos de los convidados que aguardaba.

---

(1) Especie de túnica que llevaban los caballeros romanos. *N. del T.*

Estaba distraído con uno de ellos, el tribuno Marcio, su cólega, jugando á los *lapilli*, esto es en hacer adelantar tres piedras blancas sobre una mesa dividida en cuadros bicolores, mientras que su adversario, provisto de piedras negras, las hacia avanzar á su vez de manera que llegasen hasta el estremo de la parte del tablero donde jugaba Valerio. La apuesta era de un sextercio, y Valerio habia ganado muchas veces á Marcio, el cual incomodado proponia cambiar de juego para ver si la suerte le seria mas favorable, cuando llegaron los demas convidados.

«Seais bien venidos, y que Júpiter os proteja, dignos señores,» dijo Valerio levantándose para salir á recibirles; y fué saludando sucesivamente á otros tres tribunos, sus cólegas, á muchos jóvenes de la ciudad, y por fin á un personaje mas grave y de mas edad, al cual parecia hablar con cierto respeto.

Este último llevaba el traje tradicional de los flamines de Júpiter, que consistia en una toga de lana blanca, y sobre la cabeza un largo gorro del mismo tejido, á cuya estremidad habia pegado un pequeño ramo de olivo.

«Ya que estamos todos reunidos, dijo el dueño de la casa, permitid que echemos á la suerte la designacion del rey del festin. Yo bien sé que la elevada dignidad é ilustre cuna del noble flámen Sempronio, que se ha dignado reunirse á nosotros, le designan de antemano; pero espero que nos perdonará esta pequeña infraccion de las leyes de la gerarquía

en gracia de las saturnales que momentáneamente deben confundir todas las categorías.

—No dudes, querido anfitrion, contestó Sempronio con benévola sonrisa, que con tan buenos y alegres compañeros, seré yo el primero en pedir la eleccion á los dados.»

A estas palabras dió Valerio una palmada, á cuya señal presentáronse como una aparicion desde el fondo del enmaderamiento de ensambladura que ocultaba una puerta escusada, dos jóvenes esclavos rubios, vestidos con manto griego. A otra señal de su señor trajeron una mesa de cedro maqueada, en la cual pusieron un cubilete y tres dados.

«Vamos á jugar de dos en dos; el que pierda se retirará, y jugarémos sucesivamente al número nueve hasta el último que gane, que quedara definitivamente elegido.

—Á tí, Marcio; veamos si el destino te persigue hasta el fin. Os prevengo que no echarémos mas que una sola vez los dados!»

A esta invitacion, Marcio se puso delante de la mesa con un jóven siracusano, y meneando el cubilete echaron en ella los dados.

«¡Por Hércules! esclamó Marcio riendo, que juego con desgracia. Hé aquí una maldita jugada que me quita toda esperanza de ser rey. ¡Tres ases!»

Fué reemplazado por otro jugador que ganó, y así fueron pasando todos hasta que quedaron por únicos concurrentes Valerio y el sacerdote de Júpiter.

El grave pontífice esclamó ; «he sacado la jugada de Vénus (tres números distintos) (1), y os presidiré. No quiero abusar de mi posicion , amigos mios, pero entiendo que debemos honrar á nuestro huésped , y yo pondré en ello todo mi cuidado.

—Somos tus esclavos , repuso Valerio ; á tí te toca desde ahora mandar como dueño en mi casa.

—Empecemos , dijo Sempronio, por pasar al *Triclinium.*»

A una nueva señal volvieron á presentarse los dos jóvenes esclavos , y revistieron á todos los convidados de una *syntesis* perfectamente blanca , y abriendo Sempronio la marcha , fué á ocupar cada cual en uno de los lechos el sitio que le estaba reservado. Sempronio se tendió, como era costumbre , en el del fondo, en la parte esterior del cuadro, es decir en el sitio de honor, y detrás de cada convidado se colocó un esclavo con una palancana de plata en la mano para lavarle los piés y las manos.

Terminada esta operacion, Sempronio apoyándose en el codo :

«En mi calidad , dijo, de rey del festin , me permitiréis , amigos , que dirija una plegaria á los dio-

(1) Creemos que el autor se equivoca al esplicar en lo que consistia la suerte ó jugada llamada de Vénus (*jactus venereus vel basilicus.*) Esta en los dados era el sacar tres seis, y puntos distintos en las tabas , especie de dados que tenian solo cuatro caras á lo largo porque los estremos quedaban en blanco. La peor suerte , ó los *perros (canes , vel caniculæ , vel vulturii*), era el sacar tres ases y puntos iguales en las tabas.
N. del T.

ses, y les haga libaciones en las cuales espero que me acompañaréis.»

Y mientras que hablaba con voz pausada y grave, acompañaba sus palabras el sonido de una flauta que salia del fondo de la sala.

«¡Júpiter inmortal! dijo levantando su copa, recibe los votos de tu fiel pontífice. Concede una mirada bienhechora á este festin que ponemos bajo tus auspicios, á fin de que cada uno de nosotros viva dilatados dias, y que durante muchos años continue sonriendo la dicha á nuestro generoso anfitrion, el noble y valiente Valerio!»

Y despues de haber vaciado una parte de su copa, prosiguió diciendo:

«Gran Júpiter, autor y padre de la vida, concede tambien un reinado feliz al divino Diocleciano, augusto padre de la patria, á su valeroso cólega Maximiano, y á los césares Galerio y Constancio; que Roma brille bajo su cetro, y que sus enemigos sean humillados y enaltecidos para siempre sus nombres!»

Despues de una segunda libacion los esclavos presentaron á cada convidado coronas de yedra y apio entrelazadas con azafran, que se pusieron en la cabeza y al rededor del cuello: mas Sempronio no quiso aceptarlas:

«Se conoce, mi querido huésped, dijo sonriendo á Valerio, que no conoces hasta donde llegan las obligaciones que nos impone el sacerdocio: nos es prohibido tocar así la yedra, como las habas y la carne cruda. Yo te esplicaré la naturaleza simbólica

de esas prohibiciones; entre tanto haz que me traigan otras coronas.»

A una señal de Valerio el esclavo destinado al servicio del flámen volvió á presentarse trayendo dos coronas de amaranto de Egipto, que tiene la propiedad de conservar su frescura despues de cogido.

«Parece querido Valerio, continuó Sempronio, que te vas aficionando á nuestra vida de Siracusa y que tienes intencion de establecerte aquí, si hemos de juzgar por el lujo de los muebles. Esas columnas de mármol de colores, esos capiteles dorados, ese pavimento de mosáico, esas estátuas que sostienen las antorchas que nos iluminan, y las mantas de púrpura que decoran las camas, nos prueban que Siracusa contará entre sus habitantes á un hombre de gusto. ¿De dónde te han traído esta mesa de citro cuyas vetas, llenas de manchas, imitan la piel de tigre?

—De Africa, respondió Valerio, de donde he mandado traer muchos otros objetos que quiero ofreceros como recuerdo de las saturnales.»

Y presentáronse muchos esclavos cargados de cajas de diferentes formas, admirablemente incrustadas de plata, nácar ó marfil, y fueron distribuídas entre los convidados, que no se cansaban de ponderar la magnificencia del regalo. Unas encerraban palomas vivas que se escaparon, en cuanto se les abrió, con grandes risotadas de todos; otras estatuítas de bronce, obras maestras del arte griego; estas collares, sortijas y brazaletes; algunas en fin una simple hoja de

papiro en que habia escrita alguna máxima sabia ó festiva.

—«Ahora, esclamó Sempronio, mando á mis súbditos que beban tantas veces como letras entran en el nombre de Valerio, para honrarle y agradecer dignamente su generosidad!»

En aquel momento entraba en la sala el *structor* (1) precediendo á cuatro esclavos de agigantada estatura, que andaban como encorvados bajo el peso de una inmensa fuente. Despues que los demas hubieron desembarazado la mesa de las frutas, huevos, aceitunas, dátiles y otros manjares lijeros, de que se habia compuesto el primer servicio ó *gustatio*, los negros colocaron en ella la fuente de plata, que estaba cubierta, alzándose un grito general de admiracion cuando levantada la cobertera, apareció un jabalí entero asado; subiendo aquella de punto en el momento en que, abriendo el *carptor*, ó encargado de trinchar, el vientre del animal, vióse salir de él codornices y tordos vivos (2).

Inútil seria entrar en la enumeracion de los diversos manjares que aparecieron en la mesa del opulento tribuno: todas las partes del mundo habian contribuido con su contingente. Los salchichones de las Galias, las grullas de Melos, los atunes de Cal-

(1) El encargado de servir los platos en la mesa. Cuando habia algun plato estraordinario lo traian á la mesa al són de la flauta, y los esclavos que lo servian llevaban coronas de flores. *N. del T.*

(2) Por un artificio sumamente sencillo solo habia asada una parte siendo la otra imitada.

cedonia, los cabritos del Asia, las ostras del lago Lucrino, y las linazas de Africa vinieron á satisfacer el apetito de los convidados. La Grecia, la Sicilia, la Italia y la España hallábanse dignamente representadas por sus mejores vinos, y las libaciones habian sido tan frecuentes, que hácia el fin del segundo plato todos los convidados se habian vuelto mas espansivos, y hasta el flámen habia perdido una parte no escasa de su formalidad, dando todos no poco que hacer á los esclavos.

En esto dejóse oir en el atrio rumor de pasos, y poco tiempo despues interpelaciones violentas y mutuas injurias pronunciadas en alta voz vinieron á dominar las conversaciones del *triclinium*.

Habiendo preguntado Valerio la causa de aquel alboroto, entró todo asustado el *promus condus* (1).

«Señor, dijo, no puedo tolerar semejante desacato! no debo permitir que el festin, en cuyo ordenamiento he puesto todo mi cuidado, sea turbado por una invasion de esclavos que pretenden á la fuerza contaminar tu *triclinium* con su presencia!

—¿Qué es lo qué quieren?

—Hablarte, porque dicen que su amo les ha encargado un mensaje para tí, y que se dirige á tí solo.

—Mando que les dejen entrar,» dijo entónces en alta voz el flámen.

Valerio, que sabia ejercer la hospitalidad, se so-

(1) Ó tambien *procurator peni*, el dispensero, el encargado de guardar las provisiones. *N. del T.*

metió al decreto del rey del festin, y fueron introducidos los esclavos. Eran ocho. Su atezado rostro, sobre el cual destacaba la brillante blancura de sus dientes, su cuerpo desnudo hasta la cintura, sus vigorosos miembros, y el pedazo de tela azul atado á los riñones, indicaban su procedencia de la Nubia. Traían una gran caja que dejaron en el pavimento de mosáico.

Aquella súbita aparicion tenia algo de fantástico; la luz de los candelabros se reflejaba sobre aquellos cuerpos negros y relucientes, y hacia brillar sus ojos salvajes; así que siguió un silencio de pasmo y casi de terror á su entrada en la sala.

« ¿De parte de quién venís, y qué me quereis? » preguntó Valerio.

El nubio que parecia gefe de los esclavos y que iba delante, abrió entonces sus fauces, haciendo ver que habia sido cortada su lengua hasta el fondo del paladar: dejó escapar de su garganta un sonido ronco y disonante, y alargando su brazo señaló al flámen.

« Regalo por regalo, mi querido huésped, dijo entónces este riendo: son mis esclavos que te traen un recuerdo mio de las saturnales: manda que abran esa caja. »

Al decir esto despidió á los nubios haciendo un movimiento con la mano; pero Valerio les detuvo, diciendo:

« No todos los dias tienen lugar las saturnales: quiero que se queden para beber una copa cada uno con nosotros, y examinarlos con detencion.

¡ Por Hércules ! ¡ qué hermosos hombres ! ¡ Has debido pagar esto muy caro ! »

Hízose lo que habia mandado Valerio, y mientras que cada convidado tentaba y examinaba, cual si fuesen animales estraños, á los nubios, que se prestaban á ello con una brutal indiferencia, otros se ocupaban en abrir la caja.

« Segun la antigua costumbre, repuso el flámen, he querido que se hiciese una lotería de los diferentes objetos que he mandado traerte. »

El mismo flámen sacó los billetes, y hallóse que los regalos habian sido maravillosamente apropiados á las necesidades y á la posicion de cada uno.

Así Marcio, cuya mala suerte constante escitaba la hilaridad general, y del cual sus amigos acostumbraban á decir: «El pobre ! tiene el caballo de Seio (1), » recibió en el fondo de una cajita de nácar y en buenos sextercios, una cantidad equivalente á lo que habia perdido durante el año ; y un jóven siracusano llamado Calicles, que era tenido por un pródigo insensato y que vivia de pedir prestado, le tocó en suerte una tabla de multiplicar. Pero el regalo mas singular fué el de Valerio, y consistia en una urna de bronce casi enteramente llena de monedas antiguas de diversos países. En el momento en que el esclavo encargado de distribuir los lotes, se lo presentó : « ¡ Ah ! querido anfritrion, le dijo el flámen aplaudiendo con las manos, vamos á ver ahora

(1) Proverbio romano; alusion á un caballo cuyos cuatro dueños habian sido muertos sucesivamente.

hasta donde llega tu saber. Nos consta que estás versado en la literatura y las artes; así pues vas á descifrarnos algunas de esas inscripciones, y si te ves obligado á declarar tu incapacidad, te se condenará á improvisarnos algo sobre el asunto que te indicarémos.» Valerio accedió de buena voluntad á la condicion que se le imponia.

La primera moneda que sacó de la urna era de cobre, muy pequeña, y tenia grabada una hoz al rededor de la cual habia agrupados algunos caracteres griegos.

« Esta moneda es antiquísima y muy notable, dijo Valerio examinándola: procede de Mesana. Segun los antiguos griegos, Saturno dejó caer en el mar su hoz, que formó el cabo circular en que fué construída la ciudad de *Zancle*, y que fué conquistada despues por los mesenios, que le dieron su nombre. Léese al rededor de la figura de la hoz, en caracteres griegos la palabra *Zancle;* pero deben leerse de derecha á izquierda, como en las primitivas lenguas orientales, porque así se escribia antes el griego.

« Hé ahí un busto de Safo cuyos cabellos están divididos en siete trenzas, que corren en diferentes direcciones para reunirse en la parte posterior de la cabeza.

« Esta que me viene á la mano tiene una efigie egipcia. ¿Si será el dios Anubis con cabeza de perro, y teniendo en la mano un baston que termina en una cabeza de ave?

«¡Ah! protéjame Mercurio, porque esta vez me encuentro sumamente embarazado, esclamó exami-

nando atentamente y mirando á la luz una nueva moneda: hé aquí una que me es del todo desconocida. Distingo bien una X y una P; mas ¿cuál es su sentido y su orígen?

— Pues que no llega hasta aquí tu saber, dijo el flámen, fuerza es que sufras el castigo impuesto. Improvísanos algunos versos en honor de la ninfa Aretusa.

— ¡Ah! venerable Sempronio, me coges muy desprevenido, y mis recuerdos mitológicos empiezan á envejecer. Fuerza es sin embargo obedecer tus mandatos. »

Y habiéndose hecho traer una lira, y despues de un breve preludio, empezó á cantar con mal seguro acento:

Cien veces á Neptuno
Prefiero el Dios del vino;
Y si tu amor Alfeo
Supo abrirse camino
Al través de las olas
Tu ninfa (1) al perseguir;
Tambien supiste en cambio
Al fin de la jornada
Hallar del Siracusa
La copa regalada
Con que alentar tus miembros
De la mar al salir.

Y mientras que todos se sonreían por esta introduccion, Calicles, que hacia algunos instantes que

(1) Aretusa. *Vide pag.* 27.

estaba examinando la moneda á la luz de un candelabro, esclamó de repente:

« No renuncio á la interpretacion de esos caracteres y de los signos que los acompañan. Desde luego debeis observar que esta pieza formaba el engarce de un anillo que servia de sello: el anillo ha sido roto, como es fácil ver por las señales que quedan á cada lado de la pieza: ademas en el reverso, que Valerio no ha examinado, se encuentra grabado en hueco la imágen de una lira y de un pescado. ¡ Veis! Observaréis tambien que lo tosco del trabajo indica un operario poco diestro y una época bastante reciente; porque todos vosotros lo sabeis, en este género de arte hemos decaído mucho.

— Pero en fin, ¿ qué vas á deducir de todo eso? preguntó Sempronio.

—En mi niñez, bajo el augusto emperador Valeriano, en que se dió un nuevo vuelo al culto y á los sacrificios, y en que la religion de nuestros dioses recibió mayor brillo, fueron condenados á muerte muchos de esos impíos sectarios llamados cristianos; confiscáronse sus bienes, y mi padre, á la sazon prefecto, tuvo en su poder muchos objetos que les habian pertenecido y les servian para sus sacrificios, como igualmente talismanes y amuletos. Paréceme haberlos visto semejantes á este: así pues creo que esta, que parece moneda, era el anillo de un cristiano, y que solo uno de ellos podria esplicarnos el significado de los símbolos en él grabados!

—Por Júpiter, que me haces un gran favor, dijo Valerio, porque confieso que me habia metido en un

empeño muy aventurado, queriendo cantar á Aretusa: todas esas antiguallas me inspiran poco. Debo sin embargo un sacrificio á esa buena ninfa, que me ha concedido un asilo esta mañana durante la lluvia;... y esto me recuerda cabalmente una aventura que no deja de tener importancia para lo que nos ocupa.»

Y contó en seguida á sus convidados como habia impedido que fuese ahogado en la fuente un esclavo cristiano. Como su relato divertiese al auditorio, añadió:

«Si me permitís que haga traer por algunos momentos á vuestra presencia á ese miserable, quizás nos esplique el significado de este famoso anillo, y me dispenseis de mi improvisacion.»

Sempronio hizo señal de que consentia en ello, añadiendo ademas que tendria curiosidad de ver de cerca á uno de aquellos animales. Entónces Valerio llamó á un esclavo y le mandó que hiciese venir á Próculo.

Este estaba echado con algunos clientes de su patrono y otros centuriones en una sala ménos lujosa llamada *biclinium*, porque no contenia mas que dos camas de madera, adornadas en su cabecera con embutidos de cobre representando un Baco coronado de pámpanos y cercado de mofletudos niños. La mesa era tambien de madera comun, sin tapete, y los convidados estaban echados sobre pieles de macho cabrío: y era que el fiel centurion, á imitacion de su amo, habia invitado á algunos amigos con los cuales celebraba alegremente las saturnales. Próculo

habia encontrado medio de colocar en cada lecho cinco convidados, contra la etiqueta que no admitia en ellos mas que tres; pero acomodándose todos como mejor pudieron, la reunion era lo mas alegre y bulliciosa que darse podia. El valeroso Próculo referia estensamente sus campañas en Panonia, y mojaba su relato con frecuentes y abundantes libaciones á Marte y á Belona, cuando fué interrumpido por el esclavo que le traía la órden de presentarse al tribuno en el triclinio. Siguió al esclavo dando traspiés, y compareció ánte los huéspedes de Valerio con los ojos chispeantes y la lengua torpe.

«Noble tribuno, dijo blandiendo como una espada su copa que no habia abandonado, ¿qué quieres de tu fiel centurion? Voy, si lo mandas, á hacer que toquen el clarin y dar el asalto á los Epípolos: temo que se hayan apoderado de ellos los esclavos, porque oigo desde aquí un rumor confuso; pero, por Júpiter, noble tribuno, que he de obligarles muy pronto á capitular, y te los traeré á todos atados. Corro á ponerme mi casco.»

Y como estas palabras llevasen á su colmo la hilaridad de los convidados:

«Modera tu bélico ardor, le dijo Valerio, y dime donde está el esclavo cristiano que te di á guardar esta mañana; ve á buscarle y tráelo aquí: para esto no necesitas ni casco ni espada.

—¿El esclavo cristiano? respondió Próculo, lo he confiado al gefe de las cocinas, y se divierte con tus esclavos. Pero le he vuelto á ver, y parece que ha festejado un poco mas de lo regular las saturna-

les. ¿Qué esplicaciones, señor, puedes aguardar de semejante bruto? Está completamente borracho, y en estado de no poder decir dos palabras seguidas.»

Apresuráronse á enviar de nuevo á Próculo á su biclinio, y todos pudieron convencerse de que habia calumniado á Polion, al presentarse este en medio del triclinio con aire modesto y grave.

« Preguntadle si quereis, dijo Valerio.»

Entónces el flámen, sin mirarle, le preguntó si era cristiano. A su respuesta afirmativa hizo que le llevasen el anillo roto, y le preguntó de nuevo si conocia los signos grabados en él.

« Conozco este anillo, dijo Polion; ha pertenecido á un hombre justo cuya memoria veneramos.»

Y al decir esto lo llevó respetuosamente á sus labios.

« No te hemos llamado, dijo imperiosamente el flámen, para que te entregues en nuestra presencia á tus infames sortilegios ó á tus groseras supersticiones. Te mando que nos espliques lo que hay grabado en ese objeto.»

Polion permaneció algun tiempo sin responder; pero al fin dijo:

« Creo, señor, poder hacer en conciencia lo que me mandas: esto no ofende á Dios.

— ¿Cómo, te atreves á raciocinar? esclamó Valerio con cólera. Obedece, ó te hago matar á palos.

—Obedeceré, señor, respondió Polion, no por temor á tus amenazas, sino para ahorrarte una accion injusta y cruel, que te seria tomada en cuenta mas tarde. El pescado que veis quiere decir: Jesus-

CHRISTUS, FILIUS DEI, SALVATOR, (Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador), porque las iniciales de la palabra griega *ixzys*, pescado, son las iniciales de estos nombres escritos tambien en griego. La lira significa que Jesucristo, cual nuevo Orfeo, ha traido la verdad á la tierra para la salvacion de los hombres, y las letras XP forman su monograma; y se recomienda á los sacerdotes de Cristo que lleven estos piadosos símbolos en su anillo, para tener siempre presente en la memoria la imágen del que es nuestro verdadero Dios y nuestro único dueño.»

Valerio, cuyo espíritu ávido de conocimientos iba siempre en busca de alguna novedad literaria ó filosófica, deseaba que el esclavo le diese mas aclaraciones; pero el flámen, oficialmente unido al culto de los dioses por el imperio reconocidos, no debia ver mas que una audaz impiedad en las palabras de Polion: así que le dijo en tono severo:

«De esta suerte es como os comunicais los unos con los otros por medio de signos ocultos, para conspirar contra los dioses y los emperadores! como invocando el nombre de no sé qué impostor, os escitais á rebelaros contra el gobierno y profanais nuestros sagrados templos! ¿Es esta la religion que inspira á un miserable esclavo la osadía de decir que aquel bribon es su único dueño? ¿No divisais, amigos mios, el abismo á donde marchamos tolerando esta secta de insolentes fanáticos, que multiplicándose al abrigo de las tinieblas, acabarán por destruir nuestras leyes, por derribar nuestros dioses? Necesario es pues que se les persiga como enemigos públicos, como

traidores á la patria que les alimenta en su seno y que acabarian por devorarnos.

—No, señor, repuso de nuevo Polion, y si conocieses nuestro culto, sabrias que nada hacemos contra el honor y la gloria del emperador; que inmolamos todos los dias una víctima espiritual por la salud del César y del imperio. A mas de que nuestros corazones, libres de las ambiciones terrenales, aspiran á una patria invisible, donde todos, bárbaros y esclavos, serán ciudadanos.

—No puedo rebajarme por mas tiempo á discutir con este sér abjecto, dijo con desden Sempronio, y es ya hacerle sobrado honor escuchar á un supersticioso ignorante, incapaz hasta de decirnos quien es ese nuevo Dios que adora. ¿No vale mas aplastar á este gusano sacrílego que escuchar desatinados discursos?

—Conozco bien, respetable señor, el respeto que debo á tu clase elevada y á tu gran saber: sé que mi humilde condicion deberia impedirme hablar en tu presencia; pero tú sabrás perdonar mi atrevimiento si preguntado contesto: es un deber impuesto por Dios el proclamar sus obras delante de los que no las conocen, y desvanecer las horribles calumnias que contra sus servidores se propalan. Si mi audacia atrae tu enojo, debo confesar que no lo temo, puesto que la muerte misma no lograria mas que hacer que renaciese mas pronto en una vida eterna y de bienandanza.

—Tu Dios no es mas que un mago judío que ha conturbado los cerebros débiles y atraido la admira-

cion de una multitud ignorante por medio de falsos prodigios. Ese hombre, vosotros mismos lo confesais, fué castigado con un suplicio infamante, muriendo en la cruz como un ladron ó un esclavo: tal es vuestro Dios, y bien digno por cierto de ser adorado por malvados como vosotros! Ademas de ese criminal adorais tambien á un Dios á quien llamais único, invisible, omnipotente, y al cual no conoce ninguna otra nacion mas que la de los judíos, que son los últimos entre los esclavos del poder romano. Adorais asimismo á otra persona, á la cual llamais el Espíritu santo, y todo eso no forma, segun vosotros, mas que un solo Dios. Estas fábulas absurdas, que el buen sentido desprecia, no merecerian mas que este mismo desden, sino os ocultaseis: entre nosotros tan solo el crímen busca el secreto.»

Polion se habia animado hablando, y sin perder su modesto continente miraba cara á cara á sus nobles interlocutores. Habíase erguido su talle esbelto y delicado; sus rubias güedejas caían armoniosamente en ondas sobre sus espaldas; sus ojos, de un azul brillante, tenian cierta espresion de serenidad tan radiante y tranquila, que sus oyentes se sentian, mal su grado, como subyugados por la mirada del tímido esclavo, y esperimentaban al propio tiempo una simpatía indefinible hácia aquel jóven que conservaba las gracias de la adolescencia, y hablaba con tanta audacia en presencia de personas que le eran superiores.

«Ó noble flámen, respondió, ¿porqué me preguntas lo que ya sabes? Nos está prohibido revelar nues-

tros sagrados misterios; pero tú has aprendido á conocer cual es el Dios verdadero, él ha hablado mas de una vez á tu alta inteligencia, y eres digno de comprenderle. Sabes que adoramos un Dios único en tres personas: ¿habrá querido acaso que le conozcas? ¿será tal vez un efecto de su gracia que te ha enseñado el comienzo de la verdad, á fin de que procures conocerla entera?

«¿Qué hemos hecho? Decís que somos enemigos de los reyes y de los emperadores. ¿Quién de nosotros ha desobedecido á sus dueños, se ha levantado contra los que gobiernan? ¿No es entre nosotros donde recluta el emperador sus servidores mas leales, sus mas valientes soldados? ¿Y podria dejar de ser así? añadió levantando sus ojos al cielo. ¿Puede existir entre nosotros un malvado, cuando sabemos que el Dios que castiga y recompensa ve cada una de nuestras acciones, oye cada una de nuestras palabras? ¿que ese mismo Dios que me inspira la fuerza de hablaros, pesa toda palabra que sale de mi boca, y ve cada pensamiento que se agita en el fondo de vuestros corazones? ¡Ah! ¡señores, *vosotros no conoceis al verdadero Dios!*»

—Me acuerdo, dijo entónces Calicles, que en tiempo del augusto Valeriano, mi padre repetia á menudo que los cristianos se reunian por la noche en las cavernas que existen al mediodia de la coluna de Timoleon; ya sabeis, detrás del anfiteatro; que allí degollaban un niño despues de haberlo cubierto de harina; que mojaba cada uno de ellos un pedazo de pan en su sangre, y que este era el alimento que debia to-

mar todo cristiano ántes que ningun otro, y esto no sé por que horrible maleficio. Despues de este crímen atroz, al cual asistian en silencio, un perrazo enseñado por ellos, y que acaso no era mas que una divinidad infernal, apagaba las luces, y las tinieblas cubrian entónces cosas tan infames que no me atrevo á mencionarlas. No sé si todos esos relatos son verdaderos, pero ¿no vemos á esos hombres siempre trémulos y pálidos, como criminales perseguidos por los remordimientos, huir de todos los placeres honestos? ¿Se les ve nunca por ventura en los espectáculos, en los circos, en los festines? Huyen de los combates sagrados y se abstienen de las carnes que se ofrecen en los altares de los dioses, cuya justa venganza temen. Este desgraciado nos habla de una vida inmortal donde renacerá brillante y transfigurado; y está temblando bajo su túnica rasgada. Sufre el hambre y los golpes, el dolor le consume, la fiebre le agita: su Dios permite todo eso, y sin embargo no quiere reconocer su miseria y su abyeccion.—Ve pues, ya que te es permitido hoy hacerlo merced á nuestras leyes, ve á perfumarte el cuerpo, á coronarte de flores en vez de soñar en una felicidad quimérica, y de molestarnos con tus discursos.

—Amo, noble señor, mi miseria, dijo Polion, como tú tus riquezas y tu lujo: la enfermedad del cuerpo léjos de ser una pena, es una prueba y una gloria. Sí, estamos probados por el sufrimiento, como el oro en el fuego. Un cristiano luchando con el dolor, despreciando la muerte y los verdugos, ofrece un espectáculo digno del que sufrió por nosotros to-

dos los dolores, del que murió ignominiosamente por mano del verdugo. Nosotros somos libres en la esclavitud, porque nuestra libertad y nuestra vida tan solo á Dios pertenecen!

—En nombre de Júpiter, gritó el flámen, manda salir á este esclavo que turba nuestro festin.»

A estas palabras dirigidas á Valerio con cierta especie de cólera, el tribuno despidió á Polion con un gesto.

Pesó por un momento sobre la reunion un triste silencio, que interrumpió Valerio diciendo:

«Se dice, noble flámen, que eres depositario de un saber superior al de los demas mortales. ¿Qué debemos pensar de las palabras de ese esclavo?

—No es este sitio á propósito, respondió Sempronio, para hablar de estas cosas: nos ocuparémos en ellas mas despacio.»

Poco despues despidiéronse los convidados.

III

LA QUINTA DE LUCIO.

El tribuno pasó en la mayor turbacion y muy agitado la noche que siguió á la comida. No podia apartar de sus ojos la imágen del jóven esclavo esponiendo de una manera tan digna, á la par que modesta, algunos puntos de su doctrina; recordaba su continente tranquilo en medio de las invectivas que se le dirigian, y no podia menos de comparar á aquel jóven de condicion humilde, sumergido en la mas horrible miseria, siempre risueño en medio de los ultrajes, con sus convidados cubiertos de trajes ostentosos y ricos, repletos de manjares esquisitos y vinos delicados, que insultaban sin pudor la desnudez de Polion, cuya dulzura nada habia sido capaz de alterar, cuya firmeza nada habia sido poderoso á torcer.

Herido en su orgullo por este importuno y humillante recuerdo, que se cernia sobre su sueño agitado, buscaba todos los medios de desviar de él su pensamiento, llevándolo á las memorias de su juventud ó á las dulces ilusiones que sonreian á su porvenir. Polion empero volvia como una vision flo-

tante, envuelta en una nube luminosa, vestido de blanco y llevando un ramo de palma en la mano, á la vez que él oía interiormente estas palabras: «Tú no conoces al verdadero Dios!»

Levantóse por fin y creyó volver la calma á su espíritu esponiendo su abrasada frente al aire de la noche, en su xysto ó patio cuadrado rodeado de columnatas, y cuya frescura conservaban unos laureles siempre verdes y una fuente de mármol. Allí, dejando divagar su fantasía, fué recorriendo el curso de su vida, en toda la cual no encontró ninguna accion criminal que echarse en cara, pues ni habia manchado jamas sus manos la sangre inocente, ni habia dejado nunca de ser fiel á sus deberes civiles y religiosos. Pero ¿de dónde nace, pensaba, que no esperimento ese contento interior y esa plenitud de ánimo que debe esperimentar el sabio en la contemplacion de sus obras, en la seguridad de una vida irreprensible? ¿De dónde viene sobre todo ese horrible vacío que no me permite gozar de ninguna dicha y me lleva la saciedad á la vez que el deseo? Yo amo la patria como buen ciudadano y soldado leal; yo sacrifico á los dioses, y les pido cada dia esa alegría y esa calma que no encuentro en mí: ¿serian acaso sordos á mis ruegos?

Y por tales pensamientos agitado dirigióse maquinalmente hácia su *sacrarium*, que estaba en el fondo del xysto. Despues de haber encendido una lámpara en los candelabros, que ardian sin cesar en la puerta, entró en él con firme paso y sin dar ninguna muestra de piedad. Veíanse en el fondo de la pieza dos

grandes estátuas de bronce, de un trabajo admirable y en las cuales reconocíase la perfeccion de formas del antiguo arte griego. Una de ellas representaba á Vénus, y se atribuía á Praxiteles; era la otra un Hércules de Myron. Otras dos estátuas mas pequeñas y colocadas mas abajo sostenian cestas llenas de flores. Elevábase delante de ellas un altarcito, y á derecha é izquierda muebles de una gran riqueza contenian los mas preciosos papeles de la familia del tribuno. Aquellas estátuas eran sus dioses penates, que llevaba por todas partes consigo, y á los cuales prestaba una veneracion especial.

Acercándose al altar los estuvo contemplando largo tiempo. ¿Existe realmente alguna virtud en ese metal fundido? se preguntó á sí mismo. «¿Qué habeis hecho por mí, dioses de mis padres y de mi país? ¿Sentís el olor de los perfumes que he quemado en este altar? ¿Os alimentais con la sangre de las víctimas? ¿Qué es en fin lo que sois? Revelaos una vez para que crea en vosotros y os adore. Hablad pues, y decidme porque soy tan desgraciado!»

Indignábase en seguida contra la impotencia de su religion y lo grosero de un culto que se dirigia á objetos sin vida; y de repente en un movimiento de cólera, derribó de un empellon la Vénus, que fué rodando sobre el altar con sordo ruído.

«Si soy, como debo creerlo, un sacrílego y un impío, levántate y véngate! Ea Júpiter, ¿para cuándo guardas tus rayos?»

Y despues de algunos instantes, esclamó con el

acento de la desesperacion: «¿Quién me dará la calma; quién me enseñará la verdad?

—Yo, señor, si te dignas escucharme,» contestó una voz detrás de él.

Valerio se volvió: Polion estaba de pié en la puerta del *sacrarium*, apoyado en una coluna. Avergonzado de que le hubiese sorprendido, levantó aquel el brazo para pegarle.

«¿He de encontrarte en todas partes? ¿Quién te ha dado el derecho de seguirme y de espiar mis acciones? Vete.

—He pasado, señor, la noche en el xysto, al pié de esa fuente, porque nadie me ha indicado donde debia alojarme, y te he oido sin querer.

—Está bien. Dime quien es tu dueño para enviarte á él.»

Polion le refirió entónces que era esclavo de Lucio, y que este estaba en Leontium, á donde iria á reunírsele desde el momento en que se lo permitiese.

«Conozco á tu señor, y á fin de estar seguro de que no huyas, te llevaré yo mismo á su casa mañana por la mañana. Vete!»

Acababa de asaltar una idea la mente del tribuno. Queria hablar largamente y sin testigo con el jóven esclavo á fin de saber de él algunos pormenores sobre su religion; porque se hallaba escitada su curiosidad, y parecíanle buenos todos los medios con tal que pudiese devolver algo de tranquilidad á su ánimo.

Admiróse tambien de que tan pronto se hubiese

apagado su cólera á la dulce voz de Polion, y volvió á su *cubiculum*, donde buscó en vano el sueño.

Hácia la hora sexta, Valerio, ocultando su rostro bajo las anchas alas de un sombrero ó *petasus* (1), y envolviéndose en un holgado manto, salia de Siracusa en un carro de cuatro ruedas, tirado por dos caballos indígenas, veloces como el viento. Polion guiaba el carro, al que seguia á caballo el centurion Próculo, repuesto apenas de los desórdenes de la víspera: precedian á la comitiva dos grandes perros adornados con collares.

De repente fueron detenidos por una banda de *popes* y de *quindecimviros*, que llevaban una grande estátua de madera dorada representando á Júpiter. Seguíales el flámen Sempronio á pié con paso solemne y austero y recogido continente. El carro tuvo que apartarse á un lado en la última calle del Achradino que seguia la procesion. Próculo se apeó, y llevando respetuosamente su mano á la boca, estampó en ella un beso que envió en la direccion del ídolo; signo de adoracion que se ha conservado entre los italianos. Polion se contentó con bajar los ojos. Por lo que respecta al tribuno se ocultó en su carro y quiso desviar los suyos, pero se encontró con el rostro severo y escudriñador de Sempronio. Pareció como que se sentia una lucha en su interior:

---

(1) Sombrero gacho de anchas alas que se ponian los romanos para ir de viage, de donde vino la espresion *petasatus*, para indicar una persona que estaba para partir. *N. del T.*

avergonzábase de verse sorprendido por el flámen con Polion, á la vez que se sentia humillado delante de este por su debilidad en presencia del ídolo. Inclinóse sin embargo con respeto, y mandó al esclavo que cogiese las riendas de los caballos.

Este pequeño incidente pareció dejarle una impresion desagradable, porque se encasquetó el *petasus* hasta los ojos, y pasó indiferente cerca de las orillas del Anapo. Allí era donde se inspiraba Teócrito y donde crecia un bosque de *papyrus*, cuyos troncos triangulares alcanzaban á diez piés de elevacion, y cuyas cimas se coronaban de un copo semejante á una abundante cabellera, de donde el nombre de peluca que daban á esta planta los paisanos sicilianos. A la izquierda de nuestros viajeros las colinas escarpadas, cortadas por torrentes, y profundamente resquebrajadas, estaban cubiertas de nervudos olivos de fantásticas formas y caprichosamente retorcidos, que parecian correr los unos tras de los otros; el camino se hallaba cortado en las rocas calcáreas que bordan el mar, y veíanse de vez en cuando escavaciones de cuyas bóvedas pendian estalácticas. En las puntas mas elevadas de las colinas, recortadas de una manera caprichosa, elevábase en forma de parasol alguno que otro pino solitario.

Mas no tardaron en entrar en una region mas risueña, cuyo suelo mas igual estaba sembrado de panes porcinos primaverales, y cuyo horizonte limitaban dilatados bosques de limoneros.

«¿No tiene tu amo una hija? dijo de repente Valerio á Polion.

—Sí, señor, y bendigo mi esclavitud y beso mis cadenas que me permiten servir á una persona tan digna de respeto, porque nada hay que igualarse pueda á la inefable bondad de su corazon. No tiene mas que catorce años, y todo el mundo está admirado de la inteligencia precoz que en ella se revela en una edad tan tierna.

—¿Cómo se llama?

—Lucia, y era imposible aplicar este nombre, que significa *luz*, á otra persona á quien le cuadrase tanto como á ella. Todo en ella brilla con una belleza radiante; pocos hay que puedan sostener el dulce brillo de su mirada; su pobladísima cabellera parece iluminarse con los reflejos del sol; su andar revela á la vez que la modestia de una vírgen, la noble firmeza de un corazon tranquilo, y si la majestad nativa de su porte impone respeto, un sonris benévolo le gana las voluntades y atrae el afecto. Vive retirada con su madre y sus mujeres; nunca se ha dejado ver en las asambleas numerosas; pero cuando por la mañana se la ve salir con la cabeza velada y púdicamente envuelta en su larga *estola* (1) blanca, con una sola acompañante, seguro es que hay

(1) Vestido bordado ó con guarnicion ancha (limbus) que reemplazó á la toga que en lo antiguo llevaban tanto los hombres como las mujeres. Las cortesanas y las adúlteras no podian llevarla. Parece que cuando salian de casa las señoras se ponian una especie de manto sobre la estola.

N. del T.

en alguna parte alguna miseria que aliviar ó alguna herida que sanar.»

Y como pareciese que Valerio se interesaba en el relato de Polion, este prosiguió diciendo:

«Un dia, señor, á consecuencia de una falta ligera, la rotura de un vaso por torpeza, si mal no recuerdo, mi amo me mandó colgar por los sobacos y azotar con correas de cuero, despues de lo cual fuí echado en los ergástulos lleno de sangre y magullado. Recordando allí mi juventud libre y venturosa, mi nombre respetado, desesperábame maldiciendo el destino: invocaba contra Lucio á los dioses infernales; llamaba á gritos á Nemesis; mas todos estaban sordos á mis lamentos, que repetia á mi oído el eco de la cárcel, y pensando que para mí la nada seria preferible á la vida, queria romperme la cabeza contra las paredes, cuando vi aparecer á mi jóven ama. Parecióme entónces que las tinieblas se disipaban: comparábala en mi interior á Diana cazadora, pero despues reconocí que se la podia comparar mejor con uno de esos mensajeros celestes que en medio de su bondad Dios nos envia. Acercóse, lavó mis heridas, y las curó dirigiéndome algunas dulces palabras. Hasta creo que lloraba al hablarme, y yo sentia desvanecerse todo mi odio bajo sus lágrimas, no quedándome mas que un sentimiento de admiracion y de confusion estremas.

«¿Quién, le pregunté en fin, quién te ha enseñado, noble señora, á cuidar con tus augustas manos á un pobre esclavo?

—Obro, me dijo, en nombre de Aquel en cuya

presencia todos los hombres son iguales, de Aquel que me enseña á ver un hermano en un esclavo, y en la última de mis criadas una hermana!»

«Por este medio, señor, vino á mí la verdad, en nombre de la cual hablé ayer en tu presencia.»

No tardaron en llegar á Leontium. La quinta de Lucio, situada á una milla de la ciudad, estaba en una de las posiciones mas encantadoras, cerca de un gran lago resguardado por colinas elevadas, que formaban un muro contra el rigor de la estacion, de suerte que uno podia creer en ella que estaba siempre en la primavera: la vejetacion era admirable, las plantas africanas crecian al lado de las de nuestros climas. Llegábase á la quinta siguiendo un vallado de cactos gigantescos, entremezclados con algunos aloes, cuyas hojas se levantaban á manera de amenazadoras espadas, y detras de él serpenteaba una viña por donde se estendia un bosque de verdes encinas, por encima de las cuales asomaba de vez en cuando su cabeza alguna gigantesca palmera.

Despues de haber seguido algun tiempo el camino que limitaba por un lado el lago y por otro el vallado de que acabamos de hablar, los viajeros se encontraron delante del *prætorium*, porcion de la quinta reservada al dueño. El edificio era de lava de Etna de un color oscuro, sobre el cual destacaban algunas molduras salientes en ladrillos rojos; el cornisamento era tambien de ladrillo, las colunas del pórtico del mas hermoso mármol blanco, sostenian guirnaldas de vides: levantábase por último detrás del edificio una torre blanca, con ventanas estrechas,

todo lo cual, destacando sobre las ramas de los grandes cipreses del jardin, acababa de dar á la campestre morada de Lucio un aspecto el mas pintoresco.

De repente salió de entre los cactos un hombre, seguido de un gran perro de color leonado y feroz aspecto, y llevando en la mano un baston en forma de cayado: iba cubierto de una túnica con capucha de color oscuro, llevaba envueltas las piernas con anchas tiras de cuero para preservarlas de la picadura de las serpientes, muy abundantes en aquellos sitios. Paróse con aire escrudiñador delante del carro: « ¿Eres tú, Polion? » dijo reconociendo á este; y despues de haber saludado á Valerio: « Mi amo, continuó diciendo, os ha visto llegar de léjos, y me ha enviado para saber quien venia á visitarle.»

En aquella época, y sobre todo en las provincias apartadas y entre la gente de las ínfimas clases, comenzaba ya el latin á corromperse. La terminacion *us* se cambiaba con frecuencia en *o*, desinencia que ha quedado al italiano: así Polion interpeló al recien llegado, respondiéndole:

«*Aurelio* (1), ve á decir á nuestro amo que Valerio, tribuno de la legion de Siracusa, ha querido traerme aquí en persona.»

Como pareciese que Aurelio vacilase en dejar pasar el carro, á consecuencia sin duda de las órdenes de su señor, el centurion Próculo, que habia permanecido siempre á caballo, enojado de que el tri-

(1) En vez de *Aurelius*. Los franceses han conservado en los nombres latinos la terminacion en *us*, como Valerius, Lucius, etc.

buno no le hubiese dirigido la palabra y que hubiese conversado durante el camino con el esclavo, aprovechó gustoso el primer pretesto que se le presentaba para exhalar su cólera, y lanzó su caballo contra Aurelio, llenándole de injurias.

«Vil esclavo, le gritó ¿te atreves á hacer aguardar á romanos, dueños del mundo, á oficiales, los mas valientes del ejército, en la puerta de tu amo, que no es mas que un griego, esclavo él mismo de los romanos? Quítate del paso, ó voy á cruzarte la cara de un latigazo!»

Y acompañando la accion á la palabra, levantó su baston para pegar á Aurelio, que se contentó con parar los golpes con su cayada. Su perro empero, menos sufrido, saltó á las narices del caballo el cual en el acceso del dolor se encabritó de tal suerte y tan bruscamente que Próculo rodó por el suelo. Intervinieron á su vez en la querella los mastines de Valerio, y Polion saltando del carro, levantó á Próculo, que estaba todo magullado del golpe, y dijo á Aurelio que fuese á encontrar á su amo y llevarle su mensaje. «¡Si se enoja, añadió, haré que recaiga sobre mí la culpa!»

Próculo no dijo nada; mas como al verle cubierto de polvo el tribuno se sonriese, concibió un ódio profundo contra Polion, causa, segun él, de aquel contratiempo. Las heridas del amor propio son las que menos se perdonan, así que rechazó bruscamente los buenos oficios del esclavo, que despues de haberlo levantado queria limpiar sus vestidos, y murmuró algunas palabras mirándole de reojo.

—«Señor, dijo entónces Polion á Valerio, que este pequeño incidente que acaba de tener lugar no te haga concebir una idea desfavorable de mi amo: no debes ignorar que estas comarcas solitarias sirven de refugio á ladrones, esclavos fugitivos en su mayor parte que desean vengarse de sus amos, y que es preciso ejercer la mas activa vigilancia: y hé aquí porque el *villicus* ó intendente Aurelio, á quien acabas de ver, tiene órden espresa de Lucio de no dejar pasar á nadie sin haberlo reconocido. Pero hé ahí llega mi señor que sale á recibirte.»

Vióse en efecto en aquel momento llegar á Lucio con una larga fila de esclavos que se separaron abriendo calle, por en medio de la cual prosiguió el carro su camino hasta el pórtico. Apeóse allí el tribuno, el cual fué acogido por Lucio con las muestras del mas cordial afecto. Terminados los cumplidos de costumbre, Lucio mandó servir una lijera colacion, despues de la cual introdujo á su huésped en su *exedro* ó sitio de recepcion.

Esta parte del edificio era, segun la costumbre griega, de una forma muy oblonga y estaba decorada con pinturas en las paredes, y guarnecida toda al rededor de asientos. Allí fué donde Valerio, despues de algunos instantes de conversacion, hizo traer una caja que habia mandado colocar en su carro, y que contenia algunos regalos destinados á Lucio, segun costumbre admitida en las saturnales, tales como plumas de pavo sujetas en un mango para agitar y refrescar el aire, telas preciosas y raras, placas de oro en forma de media luna que se lleva-

ban en el pecho, broches de calzado, collares y brazaletes, cuyos objetos fueron espuestos sucesivamente á los ojos de Lucio, que no cesaba de ponderar la belleza de los regalos y la generosidad del tribuno.

« Hé aquí, observó este último tomando un collar de oro donde habia engastadas algunas sardónicas, un adorno que convendria á tu hija, de la cual he oído hacer grandes elogios: ¿mereceria la dicha de ver á la amable Lucia?

—Hasta el presente, respondió Lucio, se ha dejado ver poco, y vive retirada en el *œcus* con su madre Eutiquia; pero puesto que manifiestas deseo de verla, puedo hacer que la conozcas: será una gran dicha para todos. Acaso esté en el jardin, y si quieres irémos á encontrarla: esto me proporcionará ademas la ocasion de hacer que veas mi quinta y las mejoras que en ella he hecho, y acerca de las cuales deseo saber la opinion de un hombre tan conocedor como tú en las bellas artes.»

Aceptada por Valerio la proposicion, salieron de la casa, pasaron por cerca de la torre cuya base estaba rodeada de una yedra de anchas y apiñadas hojas, y entraron en una calle circular, ó *gestatio* (1) que rodeaba el jardin. Por un lado ocultaba las paredes una línea de árboles; por otro repisas

(1) Llamábase así el terreno destinado para correr á caballo ó con carro: tenia la figura de un circo, y en las casas de campo estaba pegado al jardin. *N. del T.*

de mármol sostenian acirates cubiertos de bojes y romeros. El buen gusto consistia entónces en desfigurar todo lo posible la naturaleza.

Ocupaba el centro del cuadro del jardin un lecho de césped, á cuyos lados veíanse dos esfinges, imitacion de las egipcias, artísticamente recortadas en una masa de verde boj, y al cual se llegaba despues de haber recorrido un laberinto de bosquecillos de bojes, de vincapervincas, y cipreses plantados de suerte que formasen en el suelo complicadísimos dibujos en relieve, y entre los cuales Valerio vió á menudo las iniciales de su huésped. Este jardin parecia mas bien edificado que plantado, á juzgar por la profusion de mármol de Caristo empleado en hacer asientos, pirámides, fuentes, columnatas, pórticos semi-circulares decorados con un pueblo entero de toda clase de estátuas. Lucio hizo observar á Valerio con un verdadero amor propio de autor, un pequeño paseo enteramente enlosado de mosáico, con paredes á los lados en las cuales se habian pintado escenas pastoriles sacadas de Teócrito, y á cuyo estremo se levantaban las tres Gracias sobre un ancho pedestal, cobijado por una rotonda; y como el tribuno se estasiase delante de tantas riquezas:

«Perdona nuestra sencillez, le dijo su huésped: en medio de esta campiña agreste y apartada no podemos alcanzar la magnificencia de las quintas romanas: quiero sin embargo que veas algo que espero que lisonjee tu gusto.»

Y le condujo hácia una casita con anchas ventanas, decorada al esterior por dos gigantescos vasos

donde crecian plantas exóticas, para llegar á la cual se tenia que hollar una alfombra de hojas de acanto blandas, rastreras y rizadas, y sumamente suaves al pisarlas (1).

«Hago que llegue al interior de esta casita, dijo Lucio que iba precediendo al tribuno, agua caliente por medio de cañerías que parten de mi *calidarium*, y hé aquí como puedes admirar en este sitio la mas hermosa vejetacion á pesar de hallarnos en invierno: he logrado vencer á la naturaleza, y las flores mas brillantes desafian, como ves, las escarchas esteriores. Examina esa variedad de lirios que he alcanzado tener por medios que me son conocidos, esas violas amarillas y de color de púrpura y esas rosas de Mileto, que no tienen mas que doce hojas y que son de un rojo brillante. No he dado entrada á las de Pesto, por ser demasiado comunes: las mias vienen de Heraclea. Hénos por último en los confines del jardin, añadió Lucio saliendo fuera, y que he hecho ocultar con grandes cipreses cortados en pirámides, candelabros y flechas, por entre cuyas ramas serpentean errantes yedras, que pasan de un árbol á otro, y enlazan sus cabezas con guirnaldas de verdura.»

Dejarémos á los dos horticultores estasiándose á porfía, el uno por vanidad, por cortesía el otro, con los prodigios del arte y de la naturaleza, y saliendo nosotros por la puerta de detrás del jardin, nos ha-

---

(1) Difícil parece hacer una alfombra de acanto, así que solo afirmo el hecho bajo la autoridad de Plinio. *N. del A.*

llarémos en medio del campo, en un terreno quebrado, lleno de olivos y de cactos: mas léjos verémos una larga pared blanca por detrás de la cual asoma un espeso bosque: es el parque ó vivero de Lucio, parte convertido en prado, parte en bosque de pequeñas encinas, por donde erraban en libertad cabras, gamos y liebres. Lucio iba algunas veces á entregarse en él á los placeres de la caza, mas aquellos animales, acostumbrados á ver gente, estaban tan domesticados, que ó corrian al encuentro de las personas que penetraban en aquel recinto, ó continuaban ramoneando la yerba sin alterarse cuando acertaba á pasar alguien por cerca de ellos. Atravesaba el parque un arroyuelo dividido en dos brazos, que reuniéndose un poco mas léjos, formaban una isla en el sitio mas apartado de la quinta. Esta isla estaba cubierta de grandes plátanos, árboles consagrados á Júpiter, los cuales daban sombra á un pequeño templo donde se veía su estátua.

Hallábanse á la sazon reunidos al pié de este templo Eustiquia y Lucia, con algunos fieles esclavos y Polion: amas y criados estaban sentados todos en las gradas del templo, sin distincion de clases. Brillaba en todos los semblantes la calma y la felicidad. Lucia era tal cual Polion la habia descrito, bella en su sencillez misma. En aquel momento se habia quitado el velo, y sus cabellos peinados á la griega, ondeaban graciosamente sobre sus sienes antes de reunirse detrás. Estaba bordando en una tela blanca con hilos de oro y plata. Llevaba una túnica llamada *spissa*, de un tejido espeso y de color oscuro, que

dejaba á descubierto sus piés calzados con borceguíes de color de escarlata, cerrados con broches de oro. Su madre Eutiquia, que parecia interesarse por el trabajo de su hija, estaba sentada en una grada mas arriba, llevando la ancha estola de las matronas romanas. Su mirar plácido y dulce revelaba la bondad de su corazon; pero su frente comprimida y no sé qué de muy marcado en las líneas regulares de su bello rostro, dejaban adivinar un espíritu limitado y un modo de pensar mas resuelto que maduro.

«¿No te contrista, hija mia, le decia, que para hablar de las cosas del Dios que adoramos, tengamos que reunirnos al pié de este templo profano y de esta estátua que debe irritar sus miradas?

—¿Crees, queridísima madre, le respondió Lucia sonriendo, que Dios no oye nuestras oraciones, ya partan de este ó de otro sitio, y que los ángeles no se las llevarán tan directamente cual si orásemos en otra parte? Si alguien debia enojarse aquí al oirnos alabar á Dios, debia ser este pobre Júpiter; pero estoy segura de su discrecion: á mas de que, gracias á lo apartado del sitio y á la tibieza de sus fieles, no tiene ya mas adoradores que los gamos y las cabras del parque. Y puesto que nos vemos obligados á ocultarnos, cual si fuésemos unos criminales, ¿no debemos mas bien dar gracias á Dios que nos presta este asilo, donde podemos hablar de él sin temor y cantar sus alabanzas?»

—Y tú, amigo, repuso entónces Eutiquia diri-

giéndose á Polion, que estaba de pié apoyado en el pedestal de la estátua, ¿no temes habernos comprometido con un celo indiscreto? ¿Qué necesidad tenias de hacer tu profesion de fe delante de todo el mundo? Ya lo sabes; es deber nuestro aceptar el martirio, pero no ir á buscarle; y Dios puede pedirnos cuenta de una sangre inutilmente derramada.

—¡Ah! noble señora, respondió el esclavo, qué valdria la vida de un pobre criado como yo, si tuviese la esperanza de haber hecho germinar la verdad en un corazon y qué importaria mi muerte si pudiese asegurar la vida eterna á una alma!

—Muy bien, Polion, repuso la señora; ¿pero no has oido, como yo, vagos ruidos en torno de nosotros? ¿No has visto dispertarse de nuevo el odio contra los cristianos? ¿No se habla, por último, de un edicto del emperador, que renovaria la persecucion y que haria mas que nunca necesaria la prudencia?

—¿Seria verdad? preguntó Lucia poniéndose en pié. Tambien yo, querida madre, prosiguió diciendo, he tenido un presentimiento de ello: me ha parecido que leía en lo porvenir: me veía morir por la fe, y daba entónces gracias á Dios por el favor que me hacia, eligiendo á una pobre jóven como yo para glorificarle en presencia de los hombres.

—Cuida, hija mia, le dijo en tono grave su madre, de no dejarte engañar por tu imaginacion harto exaltada, y de no tomar tus sueños por gracias de lo alto.

—No, no, mi buena madre, no me equivoco, y si me lo permites te contaré una vision que Dios, en su bondad, se ha dignado enviarme para iluminar mi débil espíritu y fortalecer mi fe. Soñé que estaba en presencia del gobernador de Siracusa, Pascasio, que tenia el aspecto adusto y feroz. No recuerdo bien sus palabras, pero sé que como confesase yo mi fe, mandó que me cortasen la cabeza; y entónces, aunque me tenia por feliz muriendo, pensé en ti, madre mia, y esperimenté cierto temor que me hizo estremecer á pesar mio. No recuerdo del todo lo que despues pasó, pero de repente me ví llevada por dos ángeles tan brillantes que no podia mirarles: cerníame por encima de la tierra que desaparecia á mis piés: parecióme tambien que llevaba una corona en la cabeza. Dispertéme despues de esto; pero permanecí largo rato en una especie de arrobamiento y de felicidad cual no la habia esperimentado nunca. ¿No crees, madre mia, que esto puede ser un aviso del cielo, á la manera del que tuvo Agueda de Catania antes de su gloriosa muerte?

—Temo, hija mia, que estas ideas turben tu espíritu: créeme; es necesario estar muy avanzada en la perfeccion para disfrutar de tales favores, y es acaso en tí una pretension ambiciosa el creer en un milagro. Ahora, Polion, prosigue tu relato.

—Fácilmente comprenderéis, mis nobles señoras, cual fué mi alegría cuando me presentó aquel objeto, que reconocí en seguida ser el engarce del anillo que llevaba el santo obispo de Cartago, Cipriano, que murió hace cuarenta años, y del cual nos han

hablado tantas veces nuestros hermanos de Africa. Aunque separados por tan gran número de años de aquellos sucesos, reconocí perfectamente aquel símbolo sagrado; porque debeis saber que vive en Siracusa un viejo esclavo africano convertido por el mismo Cipriano al verdadero Dios, que es el que me refirió este hecho. Al llevar á mis labios el precioso anillo, parecíame que recibia el ósculo de paz de aquel noble soldado de Cristo, quien al traves del tiempo y de mas allá del sepulcro, me enviaba palabras de consuelo y me infundia aliento para confesar sin temor mi fe. Creo que Dios me ha inspirado, porque el tribuno pareceria turbarse á mis palabras; las recogia con avidez, y si bien quiso disimular su emocion bajo un aire de desden, estoy seguro que ha entrevisto la santa verdad.

—¡Cuánto quisiera, querido Polion, esclamó Lucia, contribuir á tan hermosa obra!

—¡Ah! no dudo, mi muy amada señora, que vuestros acentos hallarian el camino de su alma: ¡qué hombre en efecto, podria resistir á su dulce persuasion; y cuantas bendiciones reservar debe el cielo al que logre convertir á un oficial romano de graduacion é ilustre cuna, cuyo ejemplo seria fecundo, y que arrastraria la opinion pública en favor de nuestra religion, tan perseguida porque la conocen tan poco!

—Silencio! dijo de repente Lucia; ¿no oís ruído en los matorrales de la otra orilla?

—Es un ciervo asustado! dijo la madre.

—No, no es un ciervo, es un hombre: nos es-

pian; hemos sido descubiertos: alejaos vosotros; yo iré hácia allá.»

Y sin esperar la respuesta, precipitóse hácia el puente de madera que unia á la isla con el interior del parque; mas al propio tiempo dejóse ver un hombre, saliendo de improviso de las malezas al otro lado del puente.

«No temais, dijo; me envia aquí la fortuna para avisaros la llegada de Lucio. Dirígese hácia este lado, pero teneis tiempo para dispersaros.»

Era Ambenorix: traía el semblante desencajado y desgarrados los vestidos.

«Es un pagano, y va á descubrirnos! esclamó Eutiquia.

—Huid y no temais,» repuso Ambenorix.

Polion se quedó solo con él.

—«¿Como has llegado hasta aquí? le preguntó.

—Vas á saberlo: pero internémonos antes en la parte mas oculta del parque. Ante todo, amigo, perdóname el mal que te hice ayer en Siracusa: te ví decir que amabas á todos los hombres, y espero que tu bondad se estenderá hasta mí, que soy tu compañero de cautiverio.

—Desconozco todo sentimiento de odio, y amo mas á los que me ofenden. Pero esplícame como has descubierto este oculto sitio.

—He saltado por la pared.

—Como! esa cerca tan alta, cubierta de un betun liso, á fin de que las fieras no la puedan saltar!

—Esto no es para mí mas que un juego: pero es-

cucha y te contaré lo que me ha pasado. Ayer por la mañana abandoné á mis compañeros de taberna, lleno de mis ideas de venganza contra Lucio, y partí de Siracusa para ir á reunirme con algunos esclavos fugitivos, en la cima de las montañas que hay al Occidente, tierra adentro, por la parte del Etna: sabia que vivian allí en profundas cavernas, en medio de selvas impenetrables, donde arrastran una miserable existencia, contentándose con pillar á algun viajero estraviado, ó devastando las alquerías de los pobres colonos. A mí me animaba empero un pensamiento mas noble: yo queria ir á encontrarles y decirles: «Hermanos, si quereis seguirme yo haré de vosotros soldados y conquistadores: somos fuertes, somos muchos en número; caigamos sobre Siracusa y apoderémonos de la fortaleza. En vez de entregarnos á la existencia vergonzosa y tímida de salteadores, hagamos una guerra sagrada en nombre de nuestros derechos vilipendiados: degollarémos á nuestros amos, y fundarémos sobre los restos de la tiranía una república de hombres libres.»

« Tal era mi sueño, querido Polion, y trepé todo el dia y toda la noche por entre agrestes rocas, por encima de las cuales se cernian las águilas; heme rasgado los piés y las manos, avanzando siempre sin encontrar rastro de humana huella; me habia perdido y daba fuertes voces, esperando que alguien me oyese; pero nadie contestaba á mi voz. Sentéme fatigado, y empezaban á atormentarme la sed y el hambre. Esta mañana al amanecer me encontré allí arriba en una cumbre elevadísima: tan solo veía

encima de mí la del Etna; debajo, en la inmensa estension que podian abarcar mis ojos, no descubria ningun sér viviente, ninguna habitacion: ningun ruído subia hasta mis oídos. Sentíme entónces como embriagado por la soledad: respiraba el aire de la libertad con todos mis pulmones: sentíame dichoso y fuerte como en los bosques de mi patria: despues volví á emprender mi marcha á traves de las rocas, bajé siguiendo el curso de los torrentes; corria por las pendientes mas rápidas; las espinas de los aloes taladraban mis piés sin que lo sintiese, enteramente fuera de mí mismo, hasta que me encontré de repente entre el jardin y el parque de Lucio. Reconocí los sitios, y me asusté del enorme espacio que habia en tan corto tiempo recorrido; y caí, rendido de fatiga, al pié de una grande higuera á la orilla del camino.

«Hallábame en un estado parecido al del sueño, si bien mis ojos estaban abiertos, y, no sé porque, pensé en tí: parecíame verte en el momento en que decias: « Perdonadles, no saben lo que hacen!» Al decir esto me lanzabas una mirada tan dulce, tan dulce; y mientras que una banda feroz se cebaba en tu tormento te veía á tí, tan débil, sonreirte hasta en presencia de una muerte horrible..... Acuséme de haber sido un cobarde, al pensar que nada habia hecho para socorrerte. ¡Ah! ¿porqué me has mirado de esta manera?... Ya lo ves, Polion, soy un hombre brutal y grosero, pero tengo tambien corazon; he esperimentado un deseo inmenso de volver á verte, de pedirte perdon, de ofrecerte mi protec-

cion, de llevarte conmigo y hacerte partícipe de mi libertad! ¿Quieres seguirme?

«En aquel mismo momento ví al estremo del camino á Lucio, que venia con un tribuno romano, y oí su conversacion: «No sé, decia Lucio á su compañero, donde están las mujeres: entretanto ven á ver mi parque: traigo siempre la llave encima y soy el único que entra en él.» Al verlo ha vuelto á enardecerse mi odio: he sentido subírseme la sangre á la cabeza, y no he visto en todas partes mas que sangre. He trepado á la primera rama de la higuera, viendo que iba á pasar por debajo de ella: no tenia que hacer mas que cogerlo con una mano, subirle hasta mí, y estrangularlo con la otra; y á medida que se iba acercando sentia undirse mis uñas en la rama del árbol: mi corazon latia con violencia. Hallábase tan solo á dos pasos de mí, y alargaba ya mi mano, cuando te oí repetir, cual si estuvieses presente: «Perdonadles, no saben lo que hacen!» y te veía mirándome como ayer. Sentíme sin movimiento: cuando hubo pasado la emocion, Lucio estaba ya léjos. Le volveré á encontrar en el parque, dije para mí. Y deslizándome por detrás de los cactos, he llegado hasta esa pared, que he escalado: allí os ví, os escuché, y la admiracion me ha tenido como clavado en el suelo hasta que acordándome del peligro que corriais, me he decidido á avisaros. Y ahora, ¿qué debemos hacer, Polion?

—Volver al lado del amo y á tus ocupaciones.

—¿Qué es lo que me propones?

—Es la voz del deber que habla por mis labios.

—Duro es este deber, pero lo cumpliré por amor tuyo, Polion.

—Si habrá el Señor tocado su corazon, dijo el esclavo al quedarse solo. ¡Qué admirables son, ó Dios mio, tus designios!

IV

DESPOSORIOS Y FUNERALES.

Algun tiempo despues de los hechos que acabamos de referir, Valerio, de vuelta á Siracusa, estaba muellemente recostado sobre un monton de almohadas encarnadas de seda de Cartago: veíanse en torno de él esparcidos algunos libros: la puerta del exedro (1) estaba abierta sobre el xysto, dejando llegar hasta sus oídos el murmullo de la fuente que ocupaba su centro. Aquel ruído monótono daba alimento á la vaguedad de sus ideas; sus ojos distraídos fijábanse, aun que sin mirarlas, en las pinturas del techo que representaban las doce divinidades del Olimpo. Las largas tiras de papiro, á medio desenrollar, que cubrian el suelo, contenian las obras de algunos poetas latinos y filósofos griegos; pero nada habia encontrado en su lectura que satisfaciese las aspiraciones de su alma ó llenara el vacío de su corazon; así habia renunciado á ella para abandonarse á una meditacion vaga y, por decirlo así, indo-

(1) Sala para reuniones ó de conversacion. *N. del T.*

lente. Si bien sus cabellos negros, su poblada barba, y su mirada viva é imperiosa daban algo de marcial al conjunto de su fisonomía, estaba dotado de un carácter indeciso y falto completamente de energía. La facultad en él dominante era la imaginacion, peligrosa consejera en sus horas de ocio, compañera é instigadora de sus escursiones á un mundo imaginario, durante las cuales, creyéndose perseguido por la fatalidad, se forjaba una odisea de quiméricas desgracias. Impacientábanle los ruídos de la calle: habia mandado callar á sus esclavos en el interior de la casa, y quitar los perfumes de que estaba su olfato saciado: hallaba el cielo de un azul harto monótono, y ni las flores, que empezaba la primavera á producir, tenian á sus ojos el menor encanto.

Hallábase en esta disposicion de espíritu, cuando entró en el exedro el flámen Sempronio.

«Salud, noble tribuno, le dijo: me alegro de volver á verte; temia que hubieses abandonado Siracusa: tiempo hacia que no te encontraba ni en los pórticos del foro, ni en el teatro, ni en el circo. ¿Porqué ocultarte así á la vista de tus amigos?»

Valerio se levantó lentamente, y despues de haber hecho sentar á su amigo:

«Perdóname, le dijo, venerable flámen; sino hubiese estado algun tiempo fuera de Siracusa, no hubiera permitido que te me anticipases, y hubiera ido á tu casa el primero, como me tocaba hacerlo, por ser el mas jóven; pero he pasado muchos dias con Lucio, en su quinta de Leontium.

—No parece que este viaje te haya sentado bien, puesto que vuelves de él triste como Mario en las ruinas de Cartago. ¿Por ventura no han llegado hasta tí las noticias de Oriente, en que empieza el público á ocuparse? ¿Sabes que ha habido un motin en Nicomedia, que el pueblo ha destruído los templos de los cristianos, y que, segun se dice, el divino Diocleciano piensa castigar á esos impíos que han llevado su audacia hasta pegar fuego á su propio palacio, como en tiempo de Neron? ¡Hermoso dia será aquel en que veamos completamente aniquilada esa raza sacrílega!

—Quizás no son tales como nos los pintan, querido Sempronio!

—¿Qué es lo que estás diciendo? ¿se habrian cambiado tus ideas, y no les tendrias ya el odio de que debe estar animado contra ellos todo buen ciudadano?

—No puedo decirte lo que siento; pero me alegro de verte, mi sabio y respetable amigo, porque me ayudarás acaso á leer en mi alma. Siento en mí mismo una disposicion penosa que me impide gozar del descanso: mis poetas favoritos, á los cuales tantas dulces horas he debido, me causan enojos; su filosofía es árida y estéril; nada en ellos habla á mi corazon, y despues de haberlos leído, en vez de verme arrastrado al entusiasmo, de sentirme mejor, mas generoso, mas dispuesto á grandes cosas, me siento como helado; ó veo siempre á los hombres y los acontecimientos por su lado malo, ó me es todo indiferente: me encuentro sin odio como sin amor. Me hablas de

los cristianos, y deseo contestarte: Qué me importa que vivan ó mueran, que sean buenos ó malos! Si se les inmola, será tal vez otra grande iniquidad mas que habrá que añadir á las muchas que manchan nuestra historia.

—Y qué, ¿será que Lucio te haya enseñado á usar semejante lenguaje? En este caso mucho me habré equivocado acerca su carácter y sus opiniones!

—No es Lucio, puesto que es preciso decirte la verdad, quien me ha hablado en favor de los cristianos. No, nadie ha intentado forzar mis convicciones; pero sus actos son harto elocuentes para que tengan necesidad de defensores. ¿Hase visto jamas, como no sea entre ellos, tan inalterable dulzura unida á tanto valor, á tanta magnanimidad; tanto heroismo á tanta modestia? Abundan entre ellos los rasgos de virtud, y los grandes hombres que reverencian Roma, Esparta ó Atenas, esos modelos que nos han enseñado nuestros padres á respetar, no valen lo que el último de esos cristianos que nos pintan como tan abyectos! En cuanto á mí, te lo confieso, Sempronio, heme avergonzado alguna vez, al compararme con esos miserables á quienes debo despreciar; sí, hánseme subido los colores al rostro al encontrarme tan inferior á ellos! Aquel á quien adoran, ora sea un criminal, un profeta ó un dios, debe de ser muy poderoso, y jamás podré, á pesar de mi culto, no ver en él mas que un impostor. Perdóname, amigo, perdóname estas ideas sacrílegas; pero he llegado á preguntarme si realmente existen nuestros dioses, y cual es su poder.

O Sempronio, te lo suplico, dime la verdad. Ando perdido en las tinieblas: mi alma se halla sumergida en los abismos de la duda: haz brillar una luz que la pueda guiar. Dímelo, Sempronio: yo no repetiré tus palabras: dímelo en fin; vosotros, sacerdotes de nuestros dioses, ¿engañais al pueblo con altisonantes palabras: y pomposas ceremonias, reservándoos una ciencia mas elevada? ¿Creeis realmente en esos dioses á quienes incensais? Yo no puedo menos de pensar que encima del nuestro hay otro Olimpo mas puro y mas celeste, donde reina un Dios superior al mismo Júpiter, y ese Dios, ¿seria acaso el que adora Polion y el que inspira á Lucia?

—¿La hija de Lucio?

—Sí.

—¿Dices que es cristiana? Y su padre lo ignora sin duda! y va á aparecer el edicto de Diocleciano contra los cristianos! ¡Qué es lo que me revelas, Valerio! ¿No te equivocas?

—No, Lucia es cristiana; yo no debia descubrirte este secreto, que se me ha escapado sin querer; mas te lo suplico por lo que reverencias de mas sagrado, noble y poderoso flámen, no hables de ello á nadie: olvídalo si puedes, porque si llegaba á acontecer alguna desgracia á Lucia, lo sentiria mas que ella!

—¡Oh! ¿qué te importa? ¿No es de una raza inferior? Lucia no es mas que la hija de un griego, y nosotros, verdaderos romanos, somos muy superiores á esa multitud de pueblos vencidos. ¿Crees que puede hacerlos iguales á nosotros el derecho ilusorio de ciudadanos concedido por Caracalla? ¿A qué

ocuparte en la suerte de una griega, y sobre todo de una cristiana?

—¡Ah! Sempronio, tú no la conoces! ¿Qué me importan su nombre, su raza, su pais, su religion? es ella sola á la que amo en ella!

—¿Y la amas realmente?

—Cuando le echo en cara esa supersticion que nos separa, cual si fuese un abismo, la oigo entónces hablarme con un acento tan dulce, tan persuasivo y tan tierno, que no puedo menos de esclamar: «Sí, tú eres la que posees la verdad! en tu alma es donde yo hallaré el reposo y la dicha!» Y luego la veo de rodillas, cubierta con el velo, rogando con tanto ardor á su Dios misterioso, que su imágen parece iluminarse con divinos resplandores; siento que me aparta de ella un respeto involuntario, y esclamo sin quererlo: «¡Lucia! ¡Lucia! sé la antorcha de mi vida; alumbra mi camino!»

—Tú esperimentas, contestó tranquilamente el flámen, un sentimiento muy natural en tu edad; pero no comprendo la agitacion de tu alma. Si esa jóven te gusta, ¿no puedes unirla á tu suerte? Su familia no puede menos de envanecerse al ver que te humillas hasta ella.

—¿Qué es lo que hablas de inferioridad y de humillarse, venerable flámen? Recuerdo que en mi infancia ví á nuestro augusto emperador, resplandeciente en su trono, como uno de nuestros dioses del Olimpo: yo he visto á nuestro gran pontífice, vestido de blanco, ofrecer en Roma sacrificios solemnes en el templo del Capitolio, y he esperimentado un pro-

fundo sentimiento de respeto: hubiera estado orgulloso, hubiérame tenido por feliz con acercarme en aquellos momentos á aquellos nobles representantes del poder humano: solo el besar los bordes de su toga me parecia un honor por el cual hubiera estado orgulloso toda mi vida. Mas ¡qué era aquella magnificencia, hija tan solo de la riqueza, al lado de los resplandores del alma de Lucia! Ese sentimiento de veneracion casi religiosa que esperimentaba entónces, nada es comparado con el que me inspira esa jóven. Delante de ella me parece que me arrastro por el suelo, mientras que ella vuela en una region superior. Nada hay en Lucia de nuestra grosera naturaleza humana. Me avergüenzo de estas impresiones, pero no está en mí el evitarlas. ¿Cómo podria pues imaginar que me es inferior?

—Pronto volverás en tí de esta preocupacion pasagera, y sentirás amargamente un enlace desigual que te cubrirá de vergüenza ante la pública opinion. Por lo demas, no quiero esforzarme en apartarte de tu insano proyecto; temo empero que los dioses no te hagan arrepentir cruelmente de él. Yo he recibido de ellos el don de profecía, y esos dioses, á quienes en tu impiedad te atreves á negar, han descendido algunas veces hasta mí. Sí, Valerio, yo les he visto cara á cara, y puedo en su nombre predecirte las mas horribles desgracias si te casas con una cristiana.

—¿Qué es lo que dices, Sempronio? ¿Tienes pruebas de su poder, de su divinidad? ¡Oh! perdóname mis palabras, y hazme conocer á esos dioses á quie-

nes reverenciaba ayer todavía, á fin de que pueda amarles, como les han amado mis abuelos.

—Jóven, la ciencia no es para nosotros resultado del acaso, como la dicha y las riquezas; si queremos encontrarla debemos ir hácia ella. ¿Quieres conocer y comprender á nuestros dioses? Aguarda á que el estudio y la meditacion hayan encanecido tus cabellos y madurado tu espíritu! Podrás entrever entónces algunos destellos de la verdad. La ciencia, hijo mio, y permíteme que te dé este título de cariño, es una conquista que debe comprarse á muy alto precio.

—Pero cómo! ¿tanto trabajo se necesita para practicar la religion?

—¿Qué es una religion, un culto, sino un modo mas ó menos ingenioso de ocultar nuestra ignorancia? Sábelo de una vez, la religion no es mas que una palabra. ¿Qué le importa al Creador universal el modo como nos acercamos á él?

—Instrúyeme pues, venerable flámen; ya lo ves, tengo afan por saber; no me ocultes la verdad, si es que la posees: ella calmará sin duda las agitaciones de mi corazon á la vez que satisfará mi inteligencia.

—Te creo digno, hijo mio, de esa luz que buscas: pocos hombres hay á quienes querria dar esta prueba de confianza, porque voy á enseñarte lo que solo deben saber los sacerdotes y los reyes: te enseñaré la verdad, y ella te hará libre. La esfinge cuya imágen colocas en el jardin, sin comprender su significado, debe servirte de modelo. Es el enigma de la antigüedad que la multitud no comprenderá jamás; el símbolo de los símbolos, el pedestal de la

ciencia de los sabios! La cabeza humana espresa la palabra; ciérnese con sus alas de águila en las alturas del mundo ideal, al paso que sus garras de leon le permiten escudriñar las profundidades. ¿Quieres ser iniciado? Sabe pues que las cuatro formas simbólicas de la esfinge significan, *saber*, *osar*, *querer* y *callar*. A proporcion que adelantarás en la *agnosis*, esto es en la ciencia, se manifestará claramente á tu espíritu el sentido de cada una de estas palabras, desvaneceránse gradualmente las nubes que lo rodean, y verás, si es que llegas á la virtud *teúrgica*, la verdad resplandeciente como el sol: podrás mirar cara á cara á la misma divinidad.

—No comprendo todavía, querido Sempronio; cada una de tus palabras encierra un misterio que quisiera profundizar.

—Jóven, tú sabes que soy uno de los herederos de la ciencia del gran Plotino de Alejandría, que estudié la cabala entre los Hebreos, que he descifrado los antiguos geroglíficos de Egipto, y que soy poderoso como Apolonio de Tiana: háme sido concedido ver, como él, de un estremo del universo al otro, y como él, herir ó curar de léjos. Conozco los secretos de la naturaleza, y mis actos están fuera del alcance comun de los hombres.

—¡O noble flámen! ¿podrias comunicarme una pequeña parte de tu saber? Me siento entusiasmado escuchándote; á tus palabras veo como que nace y se revela á mí todo un mundo: enséñame lo que son los dioses y los hombres: ¿qué debo creer? ¿qué debo rechazar?

—Escúchame. Se te supone instruído en las ciencias profanas, en la historia de las edades que fueron, y por lo tanto me comprenderás. Yo levantaré para tí el velo de las alegorías místicas; yo disiparé las tinieblas de las iniciaciones bajo las cuales se ocultan los dogmas antiguos, y tú leerás conmigo en las ruínas de Tebas y de Nínive, en la ennegrecida faz de los ídolos de Oriente, y donde quiera hallarás las huellas de una doctrina cuidadosamente oculta para el vulgo. Nuestra filosofía es la madre de todas las religiones, la llave de todos los misterios: la ciencia llegará para tí mas tarde; entre tanto oye mis sínceros consejos: huye de los cristianos!

«Esos cristianos son peligrosos, su Cristo ha sido un iniciador poderosísimo: ellos conocen y divulgan una gran parte de la verdad absoluta; enseñan la emancipacion de la inteligencia, y acabarán por hacer caer la venda que, cegando á los pueblos, nos sirve para conducirlos. Hay en esta secta una fuerza inmensa, una sábia vital que nada será capaz de destruir. Por esto la aborrezco, por esto quisiera anonadarla, y por esto en fin le haré una guerra á muerte.

«El poder de ese Judío crucificado es inmenso: nuestros oráculos enmudecen delante de sus adoradores, y hasta nuestros mismos dioses parece que se han vuelto tímidos en su presencia.

—Por grande que sea, Sempronio, tu poder, ¿no es reconocer su superioridad el declarar tu saber vencido por su ignorancia? ¿No es pues entre ellos donde es preciso buscar la verdad?

—No, por Júpiter, no; no me declaro vencido;

ni atribuyas mis palabras mas que á un movimiento de despecho ; mas yo te haré ver si soy ó no mas que ellos poderoso ! Y á fin de darte una prueba de ello te diré , á pesar de la distancia que nos separa, lo que hace en este momento Lucio: mi mirada atraviesa los muros y salva el espacio.»

Y levantándose con ademan inspirado, continuó diciendo:

«Lucio acaba de llegar á Siracusa: está enfermo y morirá muy pronto: te ha enviado un mensajero que vas á recibir dentro de algunos instantes: mis palabras se realizarán , y no podrás dudar del favor que me conceden los dioses.»

Y al terminar estas palabras , marchóse bruscamente.

Al verse solo Valerio se sintió aun mas abatido que ántes de la llegada del flámen , en cuyas palabras habia hallado tan solo un nuevo manantial de dudas. Esa verdad tan deseada se le escapaba siempre en el momento en que creía haberla encontrado ; las doctrinas del flámen dejaban en él una masa confusa de ideas contradictorias que se agitaban vagamente en su espíritu.

Causóle sin embargo una grande admiracion ver llegar un mensajero, que reconoció ser uno de los esclavos de Lucio, trayéndole una carta de este.

Lucio le rogaba que fuese á verse con él á toda prisa.

Acudió al momento á la invitacion , y encontró á Lucio en la cama.

«Acabo de llegar casi moribundo de mi quinta,

dijo al tribuno: he mandado que me trajesen aquí, creyendo encontrar mas recursos que en el campo; pero no debo hacerme ilusion: mi fin se acerca... ¡Oh! no me interrumpas! sé mirar la muerte sin terror: he disfrutado de cuantos placeres se pueden poseer en la tierra, y espero encontrar en los Eliseos á mis amigos Sócrates y Platon. He querido verte ántes de morir y hablarte de una cosa que absorbe todos mis pensamientos. He observado durante tu permanencia en Leontium que amabas á mi hija: ¿me habré engañado, Valerio?

Sorprendido por esta brusca pregunta, el tribuno olvidó sus anteriores vacilaciones, para no acordarse mas que de su amor á Lucia. Satisfecho de este desenlace imprevisto, que ponia de una vez término á sus dudas:

—No, esclamó; la suposicion es verdadera: la amo y queria pedírtela por esposa.

—Pues bien, vive Júpiter! mi querido tribuno, moriré contento! Sé cuanto me honra esta alianza, y debo bendecir tu grandeza de alma, si consientes en casarte con mi hija: sus virtudes te aseguran un largo porvenir de felicidad... Su dote, por otra parte, es considerable...

—No dudes, querido Lucio, que mi sentimiento está libre de toda mira interesada!

—Bien! eres siempre noble y generoso, valiente Valerio; pero el tiempo urge, y quisiera veros desposados ántes de morir; me siento muy débil. Déjame, y vuelve con los testigos que han de asistir á los desposorios.»

Valerio encontró en el atrio á Eutiquia, deshaciéndose en lágrimas.

«¡Ah! noble amigo, le dijo, el cielo nos ha herido muy cruelmente! Ayer Lucio ha caido como herido de un rayo en su jardin, permaneciendo algunas horas sin conocimiento. Le han traido hasta aquí en una litera. El médico no nos ha ocultado la gravedad de su estado: «es un ataque de apoplejía, ha dicho despues de haberle examinado, y segun todas las probabilidades, dentro de dos dias habrá dejado de existir.» Ha querido verte al llegar aquí: ¿has llevado algun consuelo á sus últimos instantes?

—Le he prometido casarme con tu hija, y mañana, esta noche si es posible, volveré para celebrar los desposorios.

—Vé, pues, hijo mio, y que el cielo te conceda sus bendiciones! Aunque permaneciste poco tiempo en nuestro hogar, conozco bastante, querido Valerio, tu corazon, para saber que debe tomar parte en nuestras penas! ¡Ah! si tuvieses nuestra fe, sabrias, hijo mio, cual es la grandeza de mi pesar! Tú no puedes figurarte lo amargo que es el pensar que el objeto de nuestras mas queridas afecciones yace sepultado en los errores de la idolatría, y que no debe tener entrada en el reino de los cielos á donde llama el Señor á sus hijos.»

Valerio se marchó sin responder.

A poco tiempo llegó Lucia á encontrar á su madre: tambien ella lloraba y parecia estar sumergida en la mayor perplejidad.

«¿Sabes, queridísima madre, lo que pasa desde que estamos en Siracusa? Mi padre quiere casarme con Valerio. Yo le he revelado nuestra religion, suplicándole que no me obligara á contraer ese enlace, y he procurado hacerle conocer á Dios á fin de que pudiese recibir el bautismo y morir cristiano! ¡Ay de mí! madre mia: «He vivido demasiado, me dijo «con una profunda tristeza llena de ironía, puesto «que llevo conmigo el pesar y la vergüenza de ver «mi propia familia presa del contagio supersticioso «de esos infames! Si pronuncias una sola palabra «que me recuerde lo que te atreves á confesarme, «la mas remota alusion al cristianismo, no vuelvas «á presentarte jamás delante de mí! En mi lecho de «muerte no veré en tí mas que una enemiga. Por lo «que hace á Valerio te casarás con él, hija mia! He «querido asegurar tu dicha ántes de subir á la ho«guera fúnebre: tú no desobedecerás la órden de un «padre, ni desecharás la súplica de un moribundo!» ¿Qué debo hacer, madre mia?

Las dos cristianas se echaron la una en brazos de la otra, y lloraron en silencio.

«El cielo nos iluminará: entre tanto voy á velar por tu padre, dijo Eutiquia á su hija despues de algunos instantes.

Eutiquia fué á encontrar á Lucio en su *cubiculum*. Tenia á su lado un liberto de orígen griego, que pasaba por muy versado en el arte de Esculapio, el cual se esforzaba en tranquilizar al enfermo con palabras vagas, y sin poder darle ninguna esperanza positiva; y Lucio se habia vuelto sin pres-

tarle la menor atencion cuando llegó Eutiquia.

« Bien sé, le dijo, cual es mi mal: no tiene remedio. Muero víctima de la venganza de ese maldito esclavo galo: he visto fijarse en mí su mirada, me ha echado un sortilegio y nada es capaz de librarme de él. Ese miserable tiene el don fatal del aojamiento!

— ¿Es posible que creas, querido Lucio, en semejantes puerilidades, é inclines tu elevada inteligencia á tan groseras supersticiones?

— Yo sé bien lo que digo, Eutiquia, repuso con entereza el enfermo: ha desencadenado contra mí los poderes infernales, y me es imposible luchar contra ellos. Ya te dije que me insultó el dia de las saturnales: al dia siguiente le sorprendí en mi parque, le hice castigar reciamente y encadenarle en la casilla del perro al lado del atrio. En el momento en que los esclavos le llevaban se acercó á mí lo bastante para tocar el borde de mi palio, y me miró de hito en hito; en aquel instante sentí un frio estremado y no pude menos de temblar: fuí al jardin dejando á Valerio con tu hija y contigo, y allí caí de repente. No me es posible dudar de que fué todo ello efecto de sus maleficios. No sé si habrá tiempo todavía para librarme de la muerte, pero quisiera que un esclavo fiel fuese al momento á Leontium y le diese la libertad. Si Ambenorix consentia en retirar el sortilegio que me ha echado, le manumitiria y le colmaria de riquezas.»

Admirada de esta revelacion Eutiquia no vió en ella mas que alucinacion de un espíritu enfermo;

pero accedió á los deseos de Lucio, y confió á Polion el singular mensage.

Al dia siguiente volvió Valerio hácia la hora segunda del dia como la mas favorable para la ceremonia que disponia. Acompañábanle Murcio y Calicles que debian servir de testigos. La gravedad del compromiso que iba á contraer, y las circunstancias en que iba á verificarse parecian haberle causado una viva impresion.

«Lucio, dijo al entrar, van á verse satisfechos tus deseos y los mios : nada se opone por mi parte á que dé mi mano á tu hija , y si te ha condenado el destino á una muerte próxima, llevarás el consuelo de pensar que has dado un protector y un guia á tu muy amada hija.»

La enfermedad habíase agravado mucho. Lucio podia apenas hablar ; únicamente la direccion de sus miradas y su vivacidad demostraban la parte que tomaba en los acontecimientos que cerca de él pasaban.

La víspera ántes Eutiquia habia dicho á su hija : «Hija mia , peligroso es siempre para una cristiana unirse con un pagano : un gran doctor nos enseña que es preciso evitar tales enlaces (1) : pero el que dijo ; «Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios ,» nos manda tambien que obedezcamos á nuestros padres. Tú puedes hacer que esa union redunde en gloria de Dios, empleando

(1) Tertuliano.

tu vida en la conversion de tu esposo: el Señor no la negará á nuestras plegarias. Anda, hija mia, sé digna de la obra que vas á emprender, y que te bendiga Dios como yo te bendigo.»

Apesar de estar dotada de una fe sincera, Eutiquia no era del todo insensible á las ventajas de la fortuna y á la gloria que debia traer á la familia un enlace con el noble Valerio; así que se esmeró cuanto pudo en preparar á su hija para la ceremonia, y en vestirla con sus propias manos para que se presentase, cual convenia, adornada.

Los desposorios fueron celebrados sin ningun aparato, al pié de la cama de Lucio. Este hubiera deseado que hubiesen tenido lugar en el *sacrarium*, consultándose los augurios y observándose todo el antiguo ceremonial de las bodas romanas. Eutiquia empero habia logrado que se suprimiesen todos los ritos paganos; sin embargo y á fin de complacer á Lucio, su hija vestia el traje de costumbre de las novias en la víspera del matrimonio: llevaba una túnica blanca ceñida al talle con un cinturon de lana de oveja; su cabellera dividida en seis trenzas, estaba recogida en lo alto de su cabeza en forma de torre, que atravesaba una pequeña flecha de oro, y que remataba en una corona de verbena y de mejorana. Este peinado, imitacion del de las vestales, representaba la virginidad de la desposada; la flecha recordaba el rapto de las Sabinas, y la cintura era símbolo de la union. Por último Lucia ocultaba su rostro bajo un velo llamado *flammeum*, porque era de color de fuego. Este adorno habitual de las esposas de

los flamines, á quienes estaba prohibido el divorcio, era presagio de una dilatada y venturosa union.

Lucia parecia estar tranquila y ser dichosa. Recordaba las palabras de Eutiquia, y llena de confianza en su fe, menos pensaba en su matrimonio que en la conversion de Valerio.

Este dirigiéndose á Lucio, le declaró que deseaba unirse con su hija en legítimo matrimonio. El enfermo no pudo contestar mas que con un movimiento de cabeza afirmativo, y habiendo sido redactada por escrito la promesa, firmáronla los testigos. Entónces Valerio acercándose á Lucia, le puso en el dedo un anillo de hierro, diciendo:

«Te ofrezco este anillo como símbolo de la promesa que hago de ser tu esposo, y de la perfecta armonía que debe desde este instante reinar entre los dos.»

Lucia lo aceptó y contestó con voz suave:

«Permita el cielo, Valerio, que esa armonía de que hablas sea tan completa como la deseo, y que tengan pronto idénticas aspiraciones nuestros corazones!» Y al decir estas palabras hizo la señal de la cruz.

Al esterior muchas voces cantaban á la sazon, diciendo:

«Habitante de Helicona! dios del himeneo, ciñe tu frente de mejorana! cúbrete con el velo nupcial; ven, amable dios del himeneo! calza con un borceguí amarillo tu pié blanco como la nieve (1).»

---

(1) Versos fescenios.

Eutiquia mandó cesar estos cantos paganos, y cada cual se retiró en silencio.

Cuan distinto era el aspecto que presentaba la casa de Lucio al dia siguiente por la mañana! Veíase en el atrio un lecho elevado, con embutidos de marfil, en el cual yacía el cadáver del rico Lucio. Negras colgaduras decoraban las paredes, y en los dos ángulos del *área* se habian plantado ramos de ciprés. Rodeaba la puerta una multitud numerosa. Los parientes y amigos del finado, cubierta la cabeza, se acercaron al lecho, que cargaron sobre sus hombros. Valerio iba delante de todos, como quien no queria ceder á nadie el primer puesto en el piadoso deber de acompañar á Lucio á la hoguera.

Llevaba cada uno una antorcha encendida en la mano. Abria la marcha el *designator* (1), seguido de lictores vestidos de negro; venia detrás una banda de músicos con flautas (*tibicinæ*) y trompetas, precediendo á las *præfixæ* (2) ó plañideras, que iban mesándose los cabellos y lanzando agudos gritos. El lecho en que descansaba Lucio estaba rodeado de las imágenes de todos sus antepasados, y le seguian sus libertos, cubiertos con el gorro de la libertad, y sus esclavos.

---

(1) O maestro de ceremonias, el cual iba delante de los lictores vestidos de negro y estaba encargado de arreglar el entierro, señalar á los concurrentes el puesto que debian ocupar, y guiar para que siguieran la carrera. *N. del T.*

(2) Mujeres pagadas para que llorasen y cantasen himnos fúnebres ó elogios del difunto. *N. del T.*

La comitiva marchaba al són de fúnebres himnos, que eran interrumpidos de vez en cuando por el sonido de las trompetas.

De esta suerte llegó el acompañamiento á cierta distancia de la ciudad, á un campo desierto, por la parte de las canteras, que era donde se habia levantado la hoguera para Lucio. Era esta muy alta y estaba formada de maderas resinosas. Púsose el lecho mortuorio encima, y Valerio, despues de haber abierto los ojos del difunto, para que pudiera contemplar el cielo, pegó fuego á la pira, en tanto que los *libitinarios* (1), colocados al rededor, degollaban animales domésticos á fin de satisfacer á las sombras que apetecian sangre, y para que Lucio pudiese volver á hallar en el Elíseo los animales que acostumbraba ver en vida. Recogiéronse en seguida los huesos calcinados del difunto, lavóseles con vino y fueron encerrados en una urna de cobre con flores y plantas aromáticas.

Todas estas ceremonias se hicieron en el mayor silencio, con las señales del mas profundo recogimiento, y terminadas todas, Valerio mojó en el agua una rama de olivo, y la agitó diciendo: « A Dios! A Dios, ilustre Lucio! que tus manes descansen en paz! A Dios! nosotros irémos á reunirnos contigo en el Elíseo! »

---

(1) Dábase este nombre á las personas que tenian á su cargo todo lo que correspondia á los funerales, y la administracion del templo de *Venus Libitina*, donde se vendia cuanto se necesitaba para los entierros. *N. del T.*

Entretanto habíase formado un pequeño grupo detrás de las rocas que servian de límites á las canteras: Lucia, Eutiquia y Polion, oraban de rodillas. Estaba con ellas un sacerdote cristiano llamado Euplio.

«Que Dios le perdone y tenga piedad de su alma: él tomará en consideracion su ignorancia y su buena fe:» decia el sacerdote con fervor; y todos contestaron: «Que así sea.»

Mas á algunos pasos de distancia veíase á un hombre de estatura agigantada, de aspecto siniestro, apoyado de espaldas en la roca y con los brazos cruzados. «Y tú, Ambenorix, le preguntó Polion, ¿no unes tu plegaria á las nuestras?» mas el galo frunció el ceño y no contestó.

V

VIAJE Á CATANIA.

Al volver Polion á Leontium por órden de Eutiquia habíase ofrecido á sus ojos un tristísimo espectáculo. Antes de penetrar en el atrio de la quinta de su amo, habia visto á los esclavos destinados á los trabajos del campo, agrupados en la columnata esterior, y al *villicus* Aurelio pegándoles con su largo palo.

«Cobardes, les gritaba, ¿teneis miedo de un hombre solo? Entrad y atadle: que cuatro de vosotros le sujeten los brazos, mientras que otros preparan la cadena. Por Hércules! entrad de una vez!»

Pero los esclavos se apiñaban mas y mas, como un rebaño de corderos asustados, á pesar de los golpes de Aurelio y de los crueles mordiscos de su perro, animal terrible por su ferocidad, y adiestrado en la caza de esclavos fugitivos.

Polion se informó de la causa de aquel tumulto, y Aurelio le contestó que, siguiendo las órdenes de su amo, habia mandado coger á Ambenorix y encadenarle en el atrio; pero que acababa de rom-

per una de las cadenas y que, furioso, amenazaba matar al que se acercase.

—Dejadme pasar, dijo Polion, desviando á los esclavos que se esforzaban en detenerle.

—Va á matarte,» le gritaban todos.

Pero Polion se adelantó hasta debajo del atrio donde habia un hueco destinado á servir de alojamiento al perro guardian de la puerta. Encima habia escrito en el mosáico de la pared, estas palabras: *Cave canem* (guárdate del perro). Con escarnio cruel Lucio habia hecho atar allí al galo, despues de haberle mandado azotar barbaramente. Ceñia su cuello un collar de hierro, en el cual leíase grabado el nombre del dueño, y pendia del collar una cadena corta y gruesa clavada en la pared. Habíanle ademas atado los brazos, de suerte que no se podia menear.

El altivo galo habia sido entregado en esta postura humillante y penosa al escarnio de sus compañeros, que eran los primeros en aplaudir las crueldades de su señor; tanto habian embotado en ellos todo sentimiento de humana dignidad el hábito del sufrimiento y de la servidumbre. Ambenorix habia logrado, gracias á un esfuerzo desesperado, desasir su brazo derecho. Rota la cadena, servíase de ella cual de una arma terrible, haciéndola girar á manera de honda al rededor de su cabeza.

«Viles esclavos, gritaba, acercaos á mí si sois osados. Venid, para que pueda ofrecer víctimas á Teutates, el dios de mi país!»

Sus ojos estaban inyectados de sangre; escapá-

base una espuma rojiza de su boca contraída, y veíanse al traves de su despedazada túnica anchas llagas llenas de sangre. Tan horrible era su aspecto que nadie se atrevia á penetrar debajo del atrio. En aquel momento se presentó Polion.

«Eres tú, hipócrita! vil perro del tirano! tus pérfidos consejos fueron los que me hicieron volver á las cadenas, y en tí me vengaré!»

Al pronunciar con ronco acento estas palabras, Ambenorix queria lanzarse sobre Polion, y daba tan furiosas sacudidas tirando de sus cadenas que hasta la pared parecia que temblaba.

Los antiguos creían que la vista de un cordero apaciguaba la cólera de un elefante irritado: esto mismo aconteció en aquel momento. A la vez que Polion se acercaba con tranquila firmeza al furioso esclavo, sentia este escapársele de la mano la cadena que empuñaba ántes con frenesí.

«Calma tus enojos, amigo, le dijo Polion, y cesa de blasfemar; te traigo la libertad!»

Y señaló á los demas que le desencadenasen; estos no se atrevian á acercase sino temblando al gigante, que les lanzaba todavía siniestras miradas.

«Pobre amigo! le dijo Polion con tierna compasion al quitarle sus cadenas, cuan léjos estás de conocer á Aquel que nos enseña á considerar el mal como un beneficio, á volver el bien en cambio de los sufrimientos, á amar y hacerse amar de los otros, y á poseer por último la dulzura y la humildad, que son los mayores de todos los bienes!

—¿Quién es el cobarde, respondió con acento fe-

roz Ambenorix, que nos enseña á sufrir los ultrajes con la bajeza que le caracteriza?»

Polion y Ambenorix regresaron juntos á Siracusa, y aquel dijo á este que habia ido, enviado por Eutiquia, á devolverle la libertad, para que apartase el maleficio de que se creía Lucio víctima.

«Desconozco el arte de los sortilegios, contestó el galo; sé sin embargo que los sacerdotes de mi país y las vírgenes que van con una hoz de oro á cortar el muérdago sagrado de la encina están dotados de ese misterioso poder. Quisiera poseerlo realmente, pues de ser así no escaparia Lucio á mi venganza.

—El que pone su confianza en Dios no piensa en ella.

—¿Quién es pues ese Dios del cual sin cesar me hablas?

—Es Aquel, querido Ambenorix, que ha dicho: *Venid los que trabajais y estais cargados, y yo os aliviaré.* Mas exige que olvidemos á nuestro padre y á nuestra madre, á nuestra esposa y á nuestros hijos, para no amar mas que á él; ocúpase ante todo de los pobres y de los afligidos; alimenta al indigente y viste al desnudo; quiere que dominemos nuestra cólera, y nos manda sufrir las injurias con tranquilidad. Los que empero conocen su doctrina deben proclamarla con sus actos: ¿crees tú que estos sean principios humillantes y abyectos? Nuestro Dios es grande y omnipotente. Tú sabrás con el tiempo, amigo mio, que es el creador de todas las cosas, el que ha puesto sus límites al mar y ha suspendido los cielos en el espacio, que á su querer el aire se llena de nubes y

baña la lluvia la tierra ; él ha poblado el firmamento de un número infinito de brillantes estrellas, y ha dado al sol su resplandor y su suave claridad á la luna. El fulgor radiante de ese Dios ilumina á los ciegos y disipa las tinieblas de la incredulidad.

—¿Quién eres tú, le dijo Ambenorix admirado, ó donde has aprendido este lenguaje?

—Ya lo sabes, contestó Polion, soy, lo mismo que tú, un miserable esclavo de Lucio, pero emancipado por el Cristo, soy para este igual á los mas nobles patricios.

—¿Cuál es tu orígen?

—¿Qué te importa mi cuna? Mis padres segun la carne duermen el sueño eterno ; pero mi padre es el Cristo y mi verdadera madre la fe santa que me ha de salvar (1) !»

Cuando llegaron á Siracusa Lucio no existia, y vimos ya que los sentimientos rencorosos del galo le habian seguido mas allá de la muerte. Entretanto Eutiquia, movida por sus pensamientos de ambicion, decia muchas veces á su hija :

«Aunque incrédulo, mi querida Lucia, tu padre te amó siempre con ternura, y solo trabajó para tu felicidad. Al morir, esperó revivir en tí ; yo misma, víctima hace mucho tiempo de la cruel enfermedad de que Jesucristo curó milagrosamente á la mujer del Evangelio, siento disminuir de dia en dia mis

(1) Casi todas las palabras de Polion están sacadas de las *Actas de los Mártires.*

fuerzas: quizá no esté léjos el fin de mi vida, y no quisiera morir sin ver tu suerte definitivamente unida á la del noble y generoso Valerio, cuya alianza ennobleceria nuestra familia.

—¡Ah, madre mia! tus palabras son acaso verdaderas; pero siéntome á mi pesar llamada á otros destinos; cuanto mas pienso en ello, mas me parece que tu prudencia se equivoca cuando me propones que dé mi mano á ese pagano. He faltado permitiendo que contaminasen mis oídos sus discursos; mi corazon no puede volverse hácia las cosas terrestres y perecederas de que me hablas, y los ojos de mi espíritu están fijos en los eternos bienes de la vida futura.

—¡Cómo! ¡desprecias la alianza de Valerio! ¿Ignoras, hija mia, su ilustre orígen? ¿No has leído lo que cuenta en los fastos de Roma una tradicion que se remonta á los mas remotos siglos?

«En medio de una peste horrible, que devastaba Roma y sus cercanías, un hombre noble y rico del país de los sabinos, llamado *Valesio*, vió á sus hijos abandonados de los médicos. Al ir á su hogar para buscar agua caliente para ellos, suplicó ardientemente á los dioses lares que apartaran de ellos el peligro que les amenazaba. Entónces le dijo una voz misteriosa: « Tus hijos no morirán si los llevas á Tercutum, en las riberas del Tíber, y les haces beber agua calentada en el altar de Pluton y de Proserpina.»

«Obedeciendo al misterioso mandato, Valesio se trasladó á Tercutum, en un campo donde vió levan-

tarse un humo espeso. Hizo calentar agua y la llevó á sus hijos, que sanaron; durmiéronse en seguida y contaron que se les habia aparecido un dios mandándoles que inmolasen víctimas negras en el altar de Plutou y Proserpina. Valesio quiso entónces elevar en aquel sitio un templo á los dioses infernales, mas al abrir los cimientos los operarios encontraron bajo tierra un altar con esta inscripcion en antiguos caracteres etruscos: *A Pluton y á Proserpina!* Valesio inmoló las víctimas que le fueron pedidas, y celebró juegos y lectisternios (1) en agradecimiento por la curacion de sus hijos. Despues de esto *Valesio* cambió su nombre en el de *Valerio*, de la palabra *valere*, gozar de buena salud, y fué el tronco de la ilustre familia Valeria que ha dado, bajo la república y durante el imperio, tantos cónsules y valientes generales.

«Te he contado, hija mia, esta antigua tradicion, impregnada de supersticion pagana, únicamente para que conozcas la antigua nobleza de esa familia á la cual quisiera unir la nuestra.

—Qué son, mi querida madre, repuso Lucia, estas tristes glorias de la humana vanidad comparadas con

---

(1) Dábase este nombre á las fiestas en que se ponian lechos para los dioses (*lecti sternebantur*), como si se intentara convidarles á un festin. Sacábanse al efecto las estátuas de sus pedestales, y se las colocaba en los lechos que estaban al rededor de los altares llenos de platos suntuosos. Segun Tito Livio estas fiestas empezaron el año 356 de Roma con motivo de una peste. *N. del T.*

las riquezas y los honores que nos aguardan en nuestra santa patria!»

Una mañana Ambenorix se acercó á Polion en ademan confuso y respetuoso.

«¿Serias tú, amigo mio, hechicero, como me acusaron á mí de serlo? Dime, te ruego, ¿qué virtud reside en tí? El dia de las saturnales en el momento en que te desnudaron para arrojarte al agua, cayó de tu pecho un objeto, que recogí por curiosidad. No me habia vuelto á acordar de él desde entónces. Es un pedazo de lienzo ensangrentado, guardado en un saquito. Tenia yo el pecho y la espalda horriblemente despedazados por las correas de cuero con que Lucio me habia mandado azotar; tomé dicho saquito y lo puse maquinalmente debajo de mi túnica. ¡Cuál fué mi admiracion, amigo, al sentir cerrarse mis heridas en el sitio donde habia tocado! Apaciguáronse al momento mis dolores, y mis llagas exhalaron un suave olor que me causaba un dulce arrobamiento. Preciso es que seas un gran mago para poseer tan poderosos talismanes.»

Al escuchar esta relacion Polion postróse y oró:

«Has sanado, dijo despues al galo, por la intercesion de una santa vírgen, Agueda de Catania, que vertió su preciosa sangre confesando la fe de Cristo. Una gota de esa sangre es la que, con su virtud milagrosa, ha cicatrizado tus llagas á fin de que conozcas por último el poder del verdadero Dios y te laves de tus manchas.

—¿Y qué debo hacer, preguntó el galo, para purificarme?

—Arrepentirte, hacer penitencia y ser bautizado en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

—Purifícame pues, si es que el hombre que cree en Jesucristo se vuelve mejor que el que adora los dioses, ante quienes inclinan la cabeza nuestros amos y emperadores.

—Ven conmigo á encontrar al que podrá instruirte, perdonar tus pecados y lavarte en las aguas del bautismo.

«Nada hay mas triste á los ojos de Dios que ver al hombre que ha creado y á quien ha redimido, descendiendo á la tierra y muriendo en ella, que mancharse con el culto de los ídolos. Él ha querido librarle de las cadenas del pecado, arrancarle del infierno, á fin de que levantándose con nobleza, pudiese la criatura elevarse hasta las regiones del cielo.

—Creeré en tus palabras, dijo Ambenorix, si me aseguras que todas mis faltas pueden ser borradas.

—¡Oh! sí, te prometo en nombre de mi Dios que te serán perdonados todos tus pecados!

Entónces Ambenorix se postró, puso su frente en el suelo, y recogiendo el polvo, cubrió con él su cabeza, diciendo:

«Señor Dios de Polion, luz eterna, perdóname mis faltas: he deseado la venganza porque me era desconocida tu ley; he sacrificado á los ídolos en la ignorancia y la debilidad de mi corazon. Lléname ahora de tu gracia á fin de que sepa todo el mundo que puedes salvar á los que creen en tí!»

Lleno Polion de una santa alegría fué á referir lo que acababa de pasar á Lucia, la cual no se cansaba de oírselo contar. Quiso asegurarse del milagro mandando llamar á Ambenorix, que le confirmó la verdad, y postrándose juntos adoraron á Dios. Conducido por Polion, el galo fué llevado á las canteras y admitido por Euplio, el santo sacerdote que nombramos en otro lugar, y asistió en calidad de catecúmeno á las piadosas reuniones de los cristianos.

Aquella curacion y conversion milagrosas habian impresionado vivamente á Lucia, la cual hablaba con frecuencia de ellas á Eutiquia; «¿No crees, queridísima madre, le decia, que la bienaventurada Agueda podria darte la salud, como se la ha dado á ese esclavo? Vamos juntos á rogar sobre su sepulcro en Catania, y espero que por su intercesion alcanzarémos del Salvador la gracia de tu restablecimiento.»

Eutiquia acabó por ceder á las apremiantes instancias de su hija, y el cuarto dia de los idus de junio del año 302, se hallaban á la orilla del mar en el puerto dos mujeres seguidas de una sola esclava fiel. Aquella mañana misma debia partir una galera perteneciente á Calicles, el cual iba tambien á Catania para asistir á los juegos del circo. Las tres mujeres fueron colocadas detrás, cerca del piloto, en un sitio elevado y cubierto de una tela de púrpura. Calicles se puso á alguna distancia de ellas. La mañana estaba clara, y la pureza del cielo, de un azul igual, hacia presagiar una feliz travesía. Los esclavos encadenados en los bancos, á una señal del piloto, azotaron el agua con los remos, y la galera

partió con rapidez. El grande escudo de bronce clavado en el frontis del templo de Minerva brilló largo tiempo á los rayos del sol, y acabó por desaparecer debajo del horizonte, lo mismo que las ruínas de Tycha. Pronto estuvieron en alta mar; las olas crecieron, y desplegóse en la galera una gran vela triangular que no tardó en hinchar una suave brisa. Navegaban no léjos de la costa, que aparecia como una línea azul, cortada á trechos por enormes rocas y profundas cuevas. Las paviotas, rozando con sus alas la blanca cresta de las olas, elevaban al sol naciente sus alegres gritos. Calicles, echado sobre ricas almohadas, hablaba alegremente del espectáculo que iba á tener lugar en Catania, mientras que Eutiquia y su hija oraban en silencio. Hacia empero algunos instantes que el piloto fruncia las cejas, y se volvia con frecuencia para mirar detrás de sí.

«Señor, dijo de repente á Calicles, el viento de Africa empuja hácia nosotros una nube que nos presagia una fuerte borrasca: cree á mi vieja esperiencia; acerquémonos á la costa antes que esté encima de nosotros; á fuerza de remos podremos llegar al puerto de Augusta, donde dejarémos pasar la tempestad.»

Calicles se puso en pié y despues de haber examinado el horizonte: «Por Baco! esclamó, que bien se echa de ver que los años han oscurecido tus ojos! Jamás nos han sido mas propicios Neptuno y Anfitrite. No quisiera llegar á Catania demasiado tarde para el espectáculo: sigamos nuestro derrotero.»

El anciano piloto meneó la cabeza, y dijo á los

remeros que redoblasen sus esfuerzos. A los pocos instantes todos pudieron observar que las olas se hinchaban con fuerza, y que la nube indicada por el piloto se acercaba corriendo á manera de una gigantesca ave de rapiña, que se estendia y que habia invadido toda una region del cielo. Empezaron á caer anchas gotas de lluvia sobre la cubierta de la galera, á la vez que una furiosa ráfaga de viento la hacia casi volcar de costado, y rasgaba de un estremo á otro su vela latina. Los marineros vieron en la nube una de esas borrascas terribles y repentinas, en aquella estacion tan frecuentes, y aguardaban todos en la mayor ansiedad. No tardó la negra nube en cubrir toda la atmósfera, estendiendo su velo uniforme sobre el horizonte. Rasgóse entónces con siniestro ruído para vomitar el rayo. Relámpagos contínuos surcaban la sombría bóveda del cielo, y la galera rápidamente elevada por encima de las olas, era lanzada al mismo instante con la mayor violencia, cual si fuese á sepultarse en el fondo del abismo. Los esclavos encadenados habian soltado sus remos y hacian esfuerzos desesperados para desatarse. Calicles pálido y temblando elevaba sus manos, esclamando: «Inmortal Neptuno, sálvanos y prometo ofrecerte un sacrificio digno de tu poder.» Pero los incesantes vaivenes de la nave le hacian caer sobre sus rodillas, agarrándose para evitarlo á los costados de la galera.

«Cesa, le dijo entónces Lucia; cesa de ofender al verdadero Dios con tus palabras impías, y renacerá la calma!»

— Sea cual fuere ese Dios, replicó Calicles, creeré en él si me saca de tan horrible trance.

—Aunque tu ceguedad no merece semejante prodigio, repuso Lucia, ha llegado sin embargo el momento en que debe manifestarse el poder de Dios, á fin de que sepa todo el mundo que nada le es imposible; y espero que no me negará lo que, confiada en su poder le pida. »

Levantóse, fijó largo tiempo sus ojos en el cielo; y como todos la miraban con ansiedad, vieron de repente quedar inmóviles sus facciones, teñirse su rostro de un blanco de nieve, y pronunciar en medio de un irresistible arranque de fe las siguientes palabras: «Señor nuestro Jesucristo, tú que eres verdaderamente el Hijo de Dios, que naciste antes de los siglos de Dios Padre y que, despues de la creacion del tiempo recibiste un cuerpo en el seno de una Vírgen, deja caer desde lo alto de los resplandores del cielo una mirada sobre nosotros para confusion de tus enemigos y gloria de tu nombre; atiende á mis ruegos, y apacigua estas olas irritadas, como lo hiciste cuando habitabas en la tierra! »

Y estendiendo en seguida la mano encima del mar: «Olas tempestuosas, dijo, en nombre del que calmó la tempestad en el lago de Genesaret, sosegaos (1). »

---

(1) Este relato no es auténtico, pero está calcado sobre el del milagro obrado por S. Julian, que se encuentra en las *Actas de los mártires.*

A estas palabras desapareció la nube, el cielo se puso otra vez azul, las olas vinieron á besar suavemente la nave, y dibujóse en el horizonte la costa alumbrada por el sol. Por un movimiento espontáneo cayeron todos de rodillas, y Calicles esclamó: «Dios de Lucia, omnipotente Dios, yo me abandono á tí; condúceme á la luz eterna!» Dió órden para que sus esclavos fuesen puestos en libertad, y la galera abordó al puerto de Catania, bendiciendo todos al verdadero Dios.

Una santa mujer que Eutiquia y Lucia conocian las condujo al sepulcro de santa Agueda, donde oraron largo tiempo. Al regresar por la noche á su *cubiculum* se entretuvieron hablando de las maravillas de Dios, y se durmieron tranquilamente. Durante la noche Eutiquia fué despertada súbitamente por Lucia, que la abrazó sonriendo, y le dijo: «Madre mia, estás ya curada!»

Eutiquia reconoció con una profunda admiracion la verdad de aquellas palabras.

«Acabo de tener un sueño, continuó diciendo Lucia; he visto á la bienaventurada Agueda resplandeciente de belleza y seguida de un número infinito de ángeles vestidos de blanco: hase acercado á mí y me ha dicho con semblante risueño: «Lucia, her-«mana mia, ¿porqué pedirme lo qué podias dar tu «misma á tu madre? Tu fe le ha vuelto la salud. A «la manera que ha sido ilustrada por mí la ciudad «de Catania, ilustrarás tú la de Siracusa; porque te «has preparado en tu corazon virginal un templo «para el Espíritu Santo y una morada para Dios!»

Y ha desaparecido al decir esto y me he despertado (1).

Penetraban á la sazon en el *cubiculum* los primeros resplandores del dia, y Eutiquia, con el rostro dirigido al Oriente, y los brazos cruzados sobre el pecho, cayó de rodillas y oró diciendo:

«La patria es el cielo! aquel es el sitio donde se goza, donde se ama, por el cual se suspira. Si es necesario elegir una patria en la tierra, ella debe estar en los sitios donde eres adorado, ó Dios mio! en la cruz que recuerda tus sufrimientos! en el corazon que desea tu amor! ¡Oh! si la tierra me es desde ahora indiferente! alcanzo á ver apenas lo hermosa que la has hecho! Pláceme mirar el cielo, deslumbrarme con sus resplandores! Allí, y solo allí encontraré el perdon! Dios mio! sé en adelante mi sueño, mi pensamiento, mi amor y mi patria! Tú dijiste que eras la vida, y yo estaba muerta, porque me sentia fria cuando oraba, y la vida sin la oracion es peor que la muerte! Tu gracia me ha dado el sentimiento de tu amor. Lloro, y sin embargo soy feliz! ¡Oh! qué será el amor de los santos y de los ángeles en el cielo, ya que el que yo esperimento, que no debe ser sino una sombra del amor divino, me llena, me abrasa el corazon! Siento que no podia vivir si durase siempre. Cuando se llega al estado de que nada nos distrae de tu adoracion, se está demasiado cerca de tí para que se pueda permane-

---

(1) *Vida de los Santos*, por Rivadeneyra.

cer en la tierra: entónces se es ángel, y es preciso morir (1)!»

Las dos mujeres salieron para ir á orar otra vez ánte el sepulcro de santa Agueda; y como habia mucho bullicio en la ciudad con motivo del espectáculo que en ella se preparaba, resolvieron regresar en seguida á Siracusa. Al dirigirse al puerto por la via *Stesicorea*, encontraron á Calicles, que les dijo:

«Santas matronas, acaba de publicarse un nuevo edicto de Diocleciano, mandando que en toda la estension del imperio sean obligados los súbditos á sacrificar públicamente á los dioses, bajo pena de muerte; y he sabido que Pascasio, gobernador de Siracusa, ha enviado soldados en todas direcciones en busca de cristianos. Valerio, como tribuno militar, es el encargado de llevar á cabo estas pesquisas.

—Señor Dios! dijo Lucia, tú que conoces lo porvenir y vés de una sola mirada el presente y el pasado, que tomas en cuenta la disposicion de las almas, sin acordarte de los años pasados en el error, abre los ojos de nuestro corazon y haz que seamos dignos de perecer confesando tu santo nombre.»

Llegados á la playa postráronse los tres, y Eutiquia, haciendo la señal de la cruz en el pecho, esclamó: «Oremos.—Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, á quien enviaste para salvarnos, asegurarnos la vida eterna y librarnos de las tinieblas de

---

(1) *Roma cristiana.*

este mundo, dá á tus servidores la constancia y la fe, tú que reinas en los siglos de los siglos!»

«Así sea,» respondieron Calicles y Lucia.

Cuando estuvieron de regreso en Siracusa, Lucia dijo á su madre:

«Dulcísima madre mia, deja en adelante de hablarme de una union que me seria odiosa. Yo he edificado en el secreto de mi corazon un altar á Jesucristo, y le he consagrado mi virginidad: quiero vivir siempre en su presencia, y no verme manchada por ningun pensamiento profano. Yo me abandono toda entera y llena de confianza á Aquel á quien he elegido por esposo!

—¿Mas no te acuerdas, hija mia, dijo Eutiquia, que una promesa formal te une con Valerio?

—Hecha está mi eleccion, respondió Lucia: yo estoy ya unida por el Dios Omnipotente á su divino hijo Jesus, y lo que Dios hace es eterno (1).»

En aquel momento llegó Polion á decirles que Valerio se habia presentado varias veces durante su ausencia, y que queria hablar á Lucia, y confirmó al propio tiempo las palabras de Calicles. «Vese, dijo á Pascasio, rodeado de soldados, ir á casa de los ciudadanos para obligarles á sacrificar á los ídolos, y he observado mas de una vez en las cercanías de las canteras hombres de aspecto sospechoso ocultándose bajo sus sombrías *lacernas*, que deben de ser emisarios disfrazados para sorprender nuestras piadosas asambleas.»

---

(1) *Actas de santa Susana.*

—Cúmplase la voluntad de Dios! » respondió Lucia.

Desde aquel dia vivió en el retiro y en la oracion, dando todos sus bienes á los pobres, vendiendo sus halajas y sus adornos. Suplicó á su madre que le diera su dote, á fin de emplearlo en el alivio de los cristianos necesitados.

«¿No basta, le dijo Eutiquia, asegurarles todos tus bienes para despues de nuestra muerte?

—La época de mi muerte, respondió Lucia, no puede estar léjos, querida madre; y ¿qué mérito tendré en dar lo que no puedo llevar? ¿No es mejor dar desde luego esas inútiles riquezas para el sostenimiento de nuestros hermanos en Jesucristo (1)?

Movida por estas razones Eutiquia dejó á su hija que obrase á su voluntad, y le dió su dote, que ella convirtió al momento en limosnas piadosas. Su dote comprendia muchos esclavos, y entre ellos Polion, Ambenorix y no pocas mujeres cristianas. Lucia quiso emanciparles, mas ellos rechazaron unanimamente este favor, diciendo que querian vivir y morir en su servicio.

Una mañana, mientras estaba orando, oyó detrás de sí ruído de pasos, y volviéndose vió á Valerio con clámide (2) blanca y ceñida la espada al lado.

---

(1) Ribadeneyra.

(2) Manto por lo general de grana, guarnecido de púrpura, que llevaban los generales y los oficiales de mas graduacion. *N. del T.*

Escoltábanle muchos soldados que habian quedado en el *area*.

«He vuelto á mis funciones militares, dijo, y he recibido del gobernador el encargo de buscar á los cristianos, y hé aquí porque me ves revestido del uniforme. Pero nada temas, vengo á verte como novio.»

Y al decir esto adelantóse hácia Lucia para abrazarla, mas ella le rechazó con dignidad, diciéndole: «No manches mi boca, porque el Señor Jesucristo sabe bien que nadie ha rozado los lábios de su sierva (1).»

Admirado Valerio, se escusó diciendo que nada era mas natural que un respetuoso abrazo de parte de un desposado.

«Mas yo, le dijo Lucia, rehuso tu beso, porque tu boca ha sido profanada por las oraciones que diriges á tus ídolos.

—¿Cómo puedo purificarme para hacerme aceptó á tus ojos?

—Arrepintiéndote y haciendo penitencia. No creas sin embargo que sea jamás tu esposa, porque mi corazon es el templo del Espíritu Santo.

—Y qué! ¿desobedecerias las órdenes de tu padre moribundo, y violarias la religion del juramento?

—¿A qué hablarme de mi padre, Valerio? ¿No sabes que las rosas nacen y conservan su delicada fragancia en medio de los silvestres zarzales? Mas

---

(1) *Actas de santa Susana.*

el zarzal que engendra la rosa conserva tambien sus espinas. Deja pues que guarde mi fragancia, esto es mi pureza, tan grata á Dios! Entra en tí mismo, Valerio, y cree en fin en el verdadero Dios, que no abandona jamás á los que le sirven. ¿Qué son la gloria y las riquezas del mundo? Un odre lleno de viento. ¡Quieres ejercer tu poder, y cierras voluntariamente tu corazon al Dios que ha creado el universo! Los perros y los animales de carga conocen la voz de su amo, y saben defenderlo con mordiscos y patadas, y tú... ¡oh! tú abandonas á tu Criador para incensar ídolos de piedra y de leño! ¿No has permanecido bastante tiempo ciego? Ha llegado el momento de que puedas alcanzar el tiempo sin fin y la luz sin límites. Los años abrevian tu poder, como la muerte acortará tu vida, al paso que no tendrás jamás quien te reemplace si te conviertes en soldado de Cristo, ni tendrás que temer la muerte si te asocias á su eternidad! (1).

—Has perdido la razon atreviéndote á usar conmigo semejante lenguaje, á mí, el enviado de Pascasio, el representante del augusto emperador Diocleciano! á mí, que podria obligarte á sacrificar á los dioses del imperio!

—Un corazon puro, pensamientos rectos y palabras de verdad, hé aquí los únicos sacrificios que ofrecer podemos á nuestro Dios; y yo no creo que mi fe pueda ser vencida ó alterada!

---

(1) *Actas de san Julian.*

—¡Oh! tú te dejarás ablandar; ¿no es verdad, Lucia? dijo Valerio en tono casi suplicante: tú tendrás piedad de tí misma, de tu juventud, de tu hermosura! Las órdenes del gobernador son terminantes; ignoro si podré por mucho tiempo substraerte á ellas. No olvides ademas que soy tu prometido esposo, y que te he consagrado mi vida y mi corazon: ¡es imposible que desprecies mis ruegos, que quieras ser perjura! »

Mas Lucia le dijo con frialdad. «No esperes que tus lisonjas me ablanden, ni que me muevan tus amenazas. Si llegas á hacerte ministro de los tiranos, yo tendré el apoyo del Espíritu Santo, el cual me defenderá de las seducciones del diablo. Te resistiré viviendo, y si debo perecer te venceré muriendo.»

Valerio se alejó de Lucia, admirado de su invencible firmeza, mas sin que dejara de reiterar á menudo sus ataques. Ora procuraba deslumbrarle con brillantes promesas, ofreciendo á sus ojos un porvenir de glorias y de dichas, con tal que consintiese en ser su esposa; ora la amenazaba con los mas horribles tormentos. A veces se separaba de ella lleno de respeto y con el propósito de convertirse, mas luego, aconsejado por el despecho, juraba que nada torceria su rigor. Y trascurrian dias y dias en tales alternativas, y la persecucion se encrudelecia cada vez mas en toda la estension del imperio!

VI

LA CIUDAD SUBTERRÁNEA.

Juguete Valerio de tan encontradas pasiones, no sabia que partido tomar. Profundamente herido en su afeccion, á la vez que en su amor propio, recordaba, exagerándoselo, la frialdad de Lucia, su obstinacion en conservar una religion contraria á las leyes, y su desprecio de los mas sagrados juramentos: el despecho y la cólera lentamente acumulados, habian acabado por llenar toda su alma. No soñaba mas que con venganzas, y maldecia al Dios de los cristianos. Su pasion exaltada por la resistencia, tomaba formas nuevas y horribles.

Asustado él mismo del sesgo que tomaban sus ideas, marchaba á grandes pasos por fuera de la ciudad siguiendo la playa por la parte del cabo Plemmyrium. El cielo se cubria de nubes, agitábase á lo léjos el mar, las olas se coronaban de blanca espuma y ráfagas irregulares de un viento pesado y tibio levantaban de vez en cuando la arena de la playa. El sol habia desaparecido súbitamente del horizonte, y los objetos empezaban á tomar for-

mas vagas é indecisas, cuando Valerio llegó cerca de una masa negruzca y medio sepultada en la arena: era el torso mutilado de una gigantesca estátua de Hermes (1).

Una voz que parecia salir de debajo de la tierra le llamó dos veces por su nombre. El tribuno se paró sobrecogido.

« ¿ Quien me llama?»

---

(1) Nombre que se daba entre los griegos á Mercurio y á las estátuas de esta divinidad que acostumbraban ponerse en las encrucijadas para indicar el camino á los pasajeros. Los romanos adosaban tambien sus estátuas á las de los otros dioses, en cuyo caso tomaban distintos nombres, como por ejemplo *Hermathenes*, cuando se adosaban á las de Minerva, *Hermerotes*, cuando se las ponia de espaldas á las del Amor. Los griegos adoraban á Hermes como á dios de la palabra y de la elocuencia, y entónces le representaban bajo la figura de un hombre de cuya boca salian unas cadenitas que iban á terminar en los oidos de los oyentes.

Tanto ó mas célebre que el Hermes ó Mercurio griego, hijo de Júpiter y Maia, lo fué el Hermes trimegisto (esto es *tres veces grande*), ó sea el Thoth ó Mercurio de los egipcios, personaje fabuloso, á quien consideraban estos como el padre de todas las ciencias, el legislador y bienhechor del Egipto, y al cual se atribuia la invencion de la escritura, de la geometría, de la aritmética, de la astronomia y de la medicina y en especial de las ciencias ocultas; y esto esplica porque aun despues de la desaparicion del paganismo los alquimistas le miraban aun como su patrono. Por último el Hermes trimegisto parece haber sido á la vez para los antiguos el símbolo de la inteligencia divina (el *logos* de Platon), y la personificacion del sacerdocio egipcio, al cual pertenecia toda ciencia.

N. del T.

Mas en aquel momento dibujóse una forma humana cerca de la estátua rota, y se adelantó hácia él.

— «¿No sabes quién soy? replicó la misma voz, que era ya fácil reconocer.

— El flámen Sempronio! esclamó el tribuno reconociendo al pontífice. ¿Cómo te hallas á estas horas en este sitio solitario?

— Te aguardaba, querido Valerio, porque me inspira compasion tu estado. Mi prediccion comienza á cumplirse: quisiste enlazarte con esa cristiana y los dioses se vengan; no escuchaste las palabras del sabio, y te arrepientes ya de ello!

— Sempronio, replicó el tribuno, ves que soy desgraciado; mi alma es presa de los mas crueles tormentos, y en vez de aliviarme te complaces en exacerbar mis dolores! dime mas bien, si es que lo sabes, como terminará esa tempestad que ha suscitado en mi seno una pasion insensata.

— Ya te dije, hijo mio, que habia penetrado en los secretos todos del universo, y que la muerte no tenia para mí misterios: si poseyeses un corazon firme y un valor á toda prueba, podria interrogar por tí las cenizas de los muertos y obligar á los manes á que pronunciasen sus oráculos: nada tienes que decirme; conozco tus mas secretos pensamientos. Esa cristiana puede todavía ser tuya si te atreves á seguirme; pero son precisos una confianza absoluta en mi poder y un silencio riguroso.

— Me abandono enteramente á tí, respondió Valerio.

—Ven pues!» dijo el flámen acercándose al Hermes.

Y aplicó su mano en el costado de la estátua, que se abrió en seguida. Estaba hueca, y una puerta hábilmente practicada entre los pliegues del ropaje ocultaba un estrecho pasillo. Una larga escalera conducia debajo de tierra. Al estremo de un largo corredor bajo y húmedo habia una cavidad abierta en la roca. El flámen encendió una antorcha, é hizo sentar á Valerio en una piedra saliente en el interior de la caverna.

«Antes de pasar adelante, dijo al tribuno, exijo que jures por la laguna Estigia (1) que no revelarás á nadie lo que vas á ver. He querido ahorrarte los largos y penosos preliminares de la iniciacion, y es-

---

(1) Aunque suponemos que la mayor parte de nuestros jóvenes lectores sabrán, siquiera sea vagamente, lo terrible que era este juramento, creemos que no recibirán á mal que les digamos algo acerca aquella laguna ó rio del infierno.

El Estix era un rio de la Arcadia, que desaparecia debajo de tierra cerca de su orígen, para volver á aparecer despues y perderse por último en el Eratys. Decíase de sus aguas que mataban y que disolvian el hierro, por cuyas circunstancias la mitología hizo de él uno de los rios ó lagos del Tártaro. Algunos hacen derivar su nombre de *stygeo*, aborrecer. Los griegos hicieron de la Estigia una Occeánida, mujer del Titan Pallas, y dicen que habiendo prestado grandes servicios á Júpiter en la guerra contra los Gigantes, recibió el privilegio de que los dioses juraran por ella, y de que fuesen privados por espacio de nueve años de su divinidad si faltaban á este juramento. *N. del T.*

pero que no abusarás de mí confianza: puedes todavía volverte atrás; despues seria tarde.»

Valerio prometió de nuevo callar, y el flámen prosiguió diciendo:

«Aquí es donde se practican las operaciones de la magia superior, de la gran ciencia, y nada de lo que aquí pasa debe ser revelado á los profanos: necesito dirigirte algunas palabras para hacerte comprender lo que verás.

«Me preguntabas ¿qué es la divinidad?

«Te contestaré que es el abismo, la causa única, la unidad pura y absoluta: es el padre ignorado de todas las cosas; el *Brahma* (1) de la India, el *Piromis* (2) egipcio, el dios desconocido que Aténas adoraba en uno de sus templos. Existe, porque nada existiria sin él.

---

(1) El Ser supremo entre los indios. En los *Vedas*, que son sus libros sagrados, se le da el nombre de *Para-Brahma*, ó Brahma superior. Se le da ademas los dictados de *Avyaha*, el invisible; *Nirrihalpa*, el increado; *Svayam-bhou*, el que es por sí mismo, el absoluto. Los mitólogos le hacen proceder de un huevo de oro, y le pintan con cinco cabezas. Dase tambien el nombre de *Brahma*, á una de las divinidades que con Vischnu y Siva forma la trinidad indiana, y es entónces la primera encarnacion de Para-Brahma. *N. del T.*

(2) El dios supremo de los egipcios, superior hasta á Knef, Fta y Fre, y que contenia el gérmen de todas las divinidades. Es por escelencia el no revelado, el envuelto (*involutus Deus*), el Dios no existiendo aun en el tiempo y en el espacio. Es creible que *Hermes* fuese el mismo que Piromis.

N. del T.

«Del seno del abismo salen emanaciones que son la manifestacion y el desenvolvimiento de la unidad divina: es la inteligencia que á su vez engendra el alma, principio vivificante del universo; todo lo cual, como ves, constituye la trinidad en la unidad que los cristianos reconocen, bien que sin comprenderla.

«Mas de la divinidad, como de un sol resplandeciente, emanan de todas partes rayos luminosos, que van degradándose sin cesar hasta encontrar las tinieblas; y este es el punto ó límite en que la inteligencia y el alma, rayos divinos, se condensan en materia y le dan una forma en la cual se reflejan. La forma es el reflejo de la idea.»

Valerio escuchaba sin comprender: sentíase como avasallado por el poder sobrenatural de que decia Sempronio hallarse revestido; así que le dejó proseguir sin interrumpirle.

«Existen dos mundos: el de la perfeccion, del espíritu puro, que es el mundo superior, y el del espíritu animando la materia, que es el inferior que habitamos nosotros. Este es la representacion y el reflejo del primero. Cada punto del mundo sensible y material tiene su correspondiente en el superior, y esto te esplicará las relaciones que podemos establecer entre uno y otro. Los dioses que me ves incensar no son mas que las primeras emanaciones del abismo: son las inteligencias que pueden, á mi voz, descender á la tierra y hacerse sensibles; ó por mejor decir, soy yo que, libre de mi naturaleza terrestre, puedo, querido Valerio, elevarme hasta ellos.

«El verdadero sentido de la palabra magia, que has oído pronunciar, no es otro que el de aproximacion y armonía de los poderes de esos dos mundos. Así pues no creas que adoro un Júpiter de madera, ó una Juno de mármol, símbolos groseros que desprecio, y de los cuales necesito para mantener el respeto y el terror de una multitud ignorante. Yo creo, como los cristianos, en un Dios omnipotente y creador; creo en una alma inmortal, fraccion luminosa de la esencia divina, que irá, remontándose á su orígen, á sumergirse en el seno del Dios universal.

«Hay una luz sutil, esparcida en la creacion, incorporal é invisible á nuestros ojos groseros; pero cuando se ha alcanzado, por medio de la virtud teúrgica, emanciparse de los groseros sentidos, que son patrimonio del vulgo, esa luz se vuelve brillante y sensible. Esta luz es la que conserva la huella de las formas, y nos las hace visibles á los ojos. La naturaleza del hombre es triple. La muerte no es mas que una transicion para el alma, que se remonta al cielo; el cadáver material vuelve á la tierra, mientras que el cadáver estral y luminoso se queda en la atmósfera, solicitado por las atracciones terrestres de la vida que acaba de dejar: este es el que puedo hacer que se presente á tus ojos, si es que tienes valor para verlo: es el que puede, obedeciendo á mi voz, bajar hasta nosotros y responder á nuestras preguntas.

«Si quieres, va á aparecer ante tí Lucio; abandonó hace poco la tierra donde le llaman aun sus

afecciones: él te confirmará el abandono en que ha dejado á su hija, ya que su mayor deseo era verla esposa tuya. Obedeciendo á nuestro conjuro, descubrirá para tí los arcanos de lo que está todavía en lo porvenir. ¿Le verás sin turbarte, y sabrás arrojar de tu alma el terror?

—Seré capaz de todo, Sempronio, con tal de hallar la verdad.

—Los sículos, prosiguió diciendo el flámen, primeros moradores de esta isla, vivian en grutas; aquí, por estas regiones estaba el antro de Polifemo (1), y encuéntranse en todas partes construcciones ciclópeas, vastas acumulaciones de rocas cuyo enorme tamaño nos llena de admiracion. Abundan tambien las escavaciones subterráneas, y si se añaden á ellas las canteras en las cuales hacian trabajar á los prisioneros los tiranos de Siracusa, comprenderás que existe aquí un verdadero mundo subterráneo, desconocido para la mayor parte de los habitantes de la ciudad. La gruta en que nos hallamos no es mas

---

(1) Famoso cíclope, hijo de Neptuno y de la ninfa Thoosa que habitaba en Sicilia una cueva inmediata al mar, y hacia apacentar sus rebaños por los prados. Desdeñado por Galatea, á la cual amaba, aplastó con una roca á su rival Acis. Cuando la tempestad arrojó á Ulises y á sus compañeros á las playas de Sicilia, los encerró en su cueva para devorarlos; pero habiendo logrado aquel embriagarle, le cegó metiéndole un palo en su único ojo, y salió de la cueva.

N. del T.

que la entrada de dilatadas galerías cuya estension me es tambien desconocida, y por las cuales no me atreveria á aventurarme por temor de perderme. Aquí es donde se reunen algunos sacerdotes de Hermes; no ese dios grosero é imaginario, cuya estátua veneran los griegos, sino el gran Hermes Trismegisto, el Thot de los egipcios, el Cadmo de los fenicios y el Henoch de los hebreos, el padre de la gran ciencia. Yo podria, Valerio, evocar ante tí todos los horrores de la noche, hacer palpables las mas odiosas formas que te asaltan en tus visiones; que es lo que hacemos para probar la firmeza de los adeptos; pero tengo confianza en tus promesas, y espero que no darás entrada en tu pecho al temor. Sígueme.»

Y levantando la piedra que le servia de asiento, descubrió un segundo pasillo mas espacioso, en el cual entraron.

Al cabo de algunos instantes hirió sus ojos una luz suave, y se encontraron en una gruta mucho mas vasta que la primera. Por el pronto no pudo ver Valerio todos sus contornos. Una pequeña lámpara colocada sobre una piedra que ocupaba el centro de la gruta, derramaba en ella una luz incierta; pero sin embargo pudo descubrir muchas escavaciones bastante profundas abiertas en la pared:

«Debes saber, dijo el flámen con una voz que tomaba cada vez una entonacion mas grave, que para las operaciones de la ciencia es necesario que sean uno ó tres, á causa de la virtud mágica de la unidad y del ternario, cuyo profundo misterio es inútil es-

plicarte.» Y en seguida levantó la voz llamando: «Tertullia!»

Y en el mismo instante una voz que salia de una de las escavaciones de que acabamos de hablar contestó:

«Héme aquí, señor!»

Y presentóse en medio de la gruta una mujer de elevada estatura y que conservaba las señales de una hermosura mas que comun. Valerio reconoció en ella una de esas sacerdotisas de Isis, cuya sabiduría y virtudes eran la admiracion de todos. Llevaba una corona de verbena con una cadena de oro en la cabeza, y en la mano una varita adornada en el centro de dos anillos, uno de cobre y otro de hierro, en los cuales vió Valerio grabados muchos carácteres que no alcanzaba á leer. La sacerdotisa caminaba despacio cual si se deslizara por el suelo: sus grandes ojos fijábanse en todos los objetos sin verlos. Hubiérase dicho que una fuerza superior la empujaba, y que sus movimientos eran producidos por una accion mecánica. Adelantóse hasta la piedra, repitiendo como maquinalmente estas palabras: «Héme aquí, señor, qué quieres de mí?

—¿Está Valerio dispuesto para ver lo que quiero manifestarle, y nos hallamos en condiciones favorables para lograrlo?

—Este jóven, dijo la sacerdotisa volviendo lentamente hácia Valerio su mirada yerta é inmóvil, suportará la prueba. Me has mandado que viese, y veo: es preciso dejar la varilla y coger la espada: necesario es tambien apagar la lámpara: estamos en

el dia de las obras fúnebres. Ponte el traje negro y la corona de plomo: Hecates (1) oirá tu voz.»

Entónces el flámen tendió la mano hácia la sacerdotisa y le sopló en el rostro, con lo cual pareció como que salia repentinamente de un sueño: sus facciones recobraron su movilidad y su animacion los ojos, y dió muestras de que esperimentaba una grande admiracion.

«Un profano aquí! esclamó viendo á Valerio.

—Silencio, dijo imperiosamente el flámen; ¿no soy el gefe supremo? Es necesario que esté todo dispuesto para la hora sexta de la noche. Es la hora de los muertos. No lo olvides.»

A estas palabras la sacerdotisa pareció recordar penosamente: estremecióse y dijo con voz turbada: «Serás obedecido, señor!»

Durante este tiempo Valerio escuchaba admirado, sin comprender. Acercóse á la piedra y examinó los objetos que habia en ella. La lámpara era de una forma estraña y complicada. Entraban en su composicion cuatro metales; el pié era de hierro y representaba una serpiente, sobre la cual habia una

---

(1) Hija de Júpiter y de Latona, desempeñaba tres oficios distintos, á saber, los de *Luna* en el cielo, *Diana* en la tierra y *Proserpina*, por cuyo motivo la llamaban los poetas la *triple Hecates*. Designábase sin embargo con mas frecuencia bajo este nombre, ó el de diosa de los infiernos, la cual presidia á los encantamientos y las espiaciones. Adorábasela en las encrucijadas, de donde tomó el nombre de *Trivia*.

N. del T.

figura con dos cabezas sosteniendo una especie de urna de cobre: esta urna ensanchándose en su parte superior, formaba una copa de plata adornada de un pico triangular de oro, y por último de los dos lados de la copa salian otros dos picos ó mecheros que se prolongaban en direcciones opuestas. En una de las caras de la copa distinguió muchos signos dispuestos del modo siguiente: un círculo, una media luna, un caduceo con alas, una espada, una G, una corona y una hoz; y en la otra una estrella de seis rayos formada por dos triángulos puestos el uno sobre el otro y en direcciones encontradas. Al lado de la lámpara habia una espada de acero con puño negro y con el gabilan formado de dos medias lunas colocadas en sentido inverso, y en una plancha de oro que ocupaba su centro, Valerio observó un círculo rodeado de caracteres egipcios. Por último habia en el suelo un brasero de hierro con tres piés.

«¿Qué significan estos estraños objetos? preguntó Valerio.

—Son sagrados, respondió el flámen, y los instrumentos de mi poder. Por medio de los signos en ellos grabados, puedo mandar á los séres del mundo superior. Las inteligencias y los espíritus que no tienen forma fija, y que pueblan el aire, el fuego y el agua, se ven obligados á obedecer á la vista de los signos y de los caracteres que representan las fuerzas secretas de la naturaleza; y hasta los mismos dioses, que no son mas que espíritus, temen y se estremecen cuando pronuncio ciertas palabras sagradas.»

En esto volvió á aparecer Tertullia, arrastrando una oveja negra y llevando un afilado cuchillo en la mano.

«Hé aquí la víctima que es preciso sacrificar á Hecate» dijo el flámen: y tomando la espada de encima de la piedra, trazó un círculo en el suelo. La sacerdotisa hizo un hueco en la tierra con su cuchillo, siguiendo la línea trazada por la espada, abriendo como un pequeño foso, en cuyo fondo puso un vaso de cobre; y acercando en seguida la oveja al foso, le hundió el cuchillo en el cuello llamando tres veces á aquella divinidad. La víctima cayó sin hacer el menor movimiento, lo que se tenia como de feliz agüero, mientras caía su sangre con fuerza.

«Blandid las espadas, gritó la sacerdotisa; ¿no veis que me asaltan las larvas y los vampiros que quieren beber la sangre? me asustan y harán que no salga bien el sacrificio!

—Las sombras, dijo el flámen Sempronio haciendo lo que pedia la sacerdotisa, temen el hierro y el acero.»

Tertullia desolló en seguida con gran destreza la oveja, y estendió la piel en el suelo: luego se fué y volvió á entrar trayendo un murciélago vivo, que sumergió en el vaso de cobre, hasta ahogarlo en la sangre.

«Todo está ya dispuesto, señor, dijo la sacerdotisa.

Sempronio entró entónces en una de las cavidades de la gruta, y volvió á aparecer trayendo muchos objetos que dejó en el suelo, y entre ellos dos vestidos

negros con caracteres bordados en seda de un color amarillo; cubrió á Valerio con uno y él se puso el otro. Dióle asimismo, una espada y una corona de plomo entrelazada con ciprés, y despues le ordenó que se descalzara. Elevábase á alguna distancia de la piedra del centro otra en forma de altar, y encendiendo allí Sempronio otro brasero, arrojó á él muchas ramas de ciprés.

La piel de la oveja estaba colocada entre la piedra y el altar: el flámen trazó un gran círculo al rededor de ella con el dedo, que mojó despues en la sangre de la víctima, trazando otro en la piel. Valerio observó que en el centro de este el flámen reproducia el signo que habia visto grabado en la lámpara, á saber, la estrella de seis rayos. El murciélago fué colocado en el borde del círculo grande, mientras que Tertullia ponia al otro estremo un objeto que Valerio reconoció con horror ser un cráneo humano: iba siguiendo siempre con creciente atencion todos los pormenores de la ceremonia, cuando vió al flámen tomar el cuchillo que habia servido para el sacrificio, hacerse una larga incision en el brazo, recoger su sangre, y bajarse diciéndole:

«No mires el terrible signo que voy á trazar con mi sangre: su vista seria mortal para tí.»

Cuando se levantó el tribuno quedó atónito al observar que no quedaba ni rastro siquiera de la ancha herida que acababa de hacerse.

La sacerdotisa, levantó un velo que habia encima del altar y descubrió un gran espejo de acero bruñido. Apagóse la llama en los braseros: echó incienso so-

bre los carbones incandescentes, y aloes y ambar en la trípode, y no tardó en elevarse una espesa nube de humo.

«Va á empezar la evocacion, dijo el flámen. No la turbes con una sola palabra: ten los ojos siempre fijos en el espejo y tu espada sobre la punta de la estrella luminosa que mira al altar.»

La sacerdotisa apagó la lámpara, y los tres se encontraron envueltos en las tinieblas que rasgaba únicamente el rojizo reflejo de los braseros, permaneciendo algunos instantes de esta suerte en el mas profundo silencio. El humo embriagador de los perfumes llenó la gruta, dibujando caprichosas formas y exaltando la imaginacion de Valerio, que empezaba á arrepentirse de su curiosidad. Sus ojos estaban sin embargo fijos en el espejo que ocultaba por intervalos el humo. Sempronio, vuelto hácia el altar, estendió entónces la mano y pronunció estas palabras:

«En nombre de Hecates y de todos los poderes infernales, por el gran Hermes, por el divino Apolonio, ven! ven! ven!» Y cerró los ojos, imitándole maquinalmente Valerio.

«Lucio! Lucio! Lucio!» dijo algunos momentos despues Sempronio con voz mas fuerte.

El tribuno abrió en aquel instante los ojos. Habíase disipado el humo de los perfumes; iluminaba la gruta un débil resplandor; dibujóse ante sus ojos una forma humana, si bien indecisa y vaporosa, y parecióle que bramaba en torno de él un viento furioso, y que temblaba la tierra bajo sus piés. Entre

tanto iba avanzando la forma humana, contra la cual dirigió instintivamente la punta de su espada: desvanecióse al momento la sombra, mas Valerio sintió una impresion estraordinaria de frio en todos los miembros, y que le flaqueaban las piernas. El flámen le sostuvo, y volviendo á dirigir la espada hácia la punta de la estrella, repitió con imperioso acento:

«Lucio! Lucio! Lucio!»

Volvió á aparecer la sombra mas distintamente muy cerca del tribuno, el cual haciendo un esfuerzo de valor quiso hablar, mas sin acertar á decir nada. El semblante de Lucio era severo y profundamente triste. La sombra no abrió los labios, pero Valerio creyó oir una voz que le decia interiormente:

«Lucia continuará siendo cristiana: nuestros dioses nada pueden contra ella; pero serás tú quien causará su muerte.»

En aquel momento desapareció todo, y Valerio, sumergido en las tinieblas, fuera de sí y horrorizado empezó á correr como huyendo de sí mismo. Sempronio le llamó muchas veces, mas en vano. Huía sin atreverse á mirar atrás, creyéndose perseguido por la sombra de Lucio. La voz irónica del flámen que continuaba llamándole llegaba cada vez mas débil á sus oidos.

«Animoso tribuno, le gritaba aquel, si es que temes á los muertos, ¿porqué huyes de los vivos? Vas á perderte en las cavernas, de las cuales te será imposible salir.»

Valerio continuaba huyendo. Los acentos de Sem-

pronto le causaban un estremecimiento involuntario, y se dirigia instintivamente hácia el lado opuesto al en que se hallaba aquel hombre, cuya odiosa presencia le llenaba de horror, y con el cual no hubiera querido por nada del mundo volver á encontrarse cara á cara.

Habíase internado en una de esas escavaciones de que hemos hablado, y que no era mas que el principio de una inmensa galería en la cual se precipitó: chocaba á cada paso con obstáculos que le hacian tropezar, y marchaba con las manos tendidas hácia delante en medio de tinieblas que se hacian á cada paso mas espesas. Llevaba todavía en la mano su espada mágica, que blandia maquinalmente para arrojar la sombra de Lucio, creyendo verla levantarse delante de sus ojos. Pronto se vió obligado á aflojar el paso, porque un golpe asaz violento que recibió en la frente le dió á conocer que la galería se estrechaba: el agua que manaba por las infiltraciones subterráneas caíale gota á gota por la cabeza y las manos. Entónces aumentaron sus terrores. «¿Si será la sangre de Lucio que cae sobre mi cabeza y grita venganza?» preguntóse á sí mismo temblando, y quiso huir hácia delante, pero los frecuentes derrumbamientos del terreno ó rocas salientes le detenian á su pesar. De repente su espada tropezó con un cuerpo duro, y se torció en sus manos: sus dientes rechinaron con fuerza y sintió que le flaqueaban las piernas:

«Perdóname, Lucio, esclamó cayendo de rodillas; si es que los sacrificios pueden aplacar tus ir-

ritados manes, ¡ah·! no me entregues á los dioses infernales!»

Reconociendo empero su error y recobrando su intrepidez levantóse, y tentando con la mano el objeto que le habia detenido dió con una pared húmeda y áspera que siguió largo tiempo. Vió tambien que atravesaba aquella galería otra; y yendo á parar á muchos corredores subterráneos que se cruzaban en todas direcciones, conoció que se habia estraviado en un laberinto del cual le seria imposible salir; con lo que vinieron á asaltarle temores mas reales. Apareció ante sus ojos el horrible fantasma del hambre, acompañada de los terrores que producen las tinieblas y los remordimientos: arrepintióse de haber dejado á Sempronio y quiso llamarle; pero era tan débil su voz que la oia apenas él mismo. Quiso volver atrás, pero no se acordaba del número de galerías que habia recorrido.

Despues de una nueva marcha en sentido inverso, iba, abandonada ya toda esperanza, á dejarse caer en el húmedo suelo y aguardar allí una muerte horrible, cuando al volver una pared, vió un débil resplandor, que parecia venir de arriba y alumbraba un objeto blanco cuyas formas no pudo distinguir bien Valerio. En su terror lo tomó por Lucio; y cerrando los ojos, presa de una espantosa ansiedad, aguardó algunos instantes, rogándole en voz baja que se alejara.

Tranquilizándose poco á poco, dirigióse hácia el objeto que tanto le habia asustado, y no vió por de pronto mas que un pedazo de mármol iluminado

por un rayo de la luna. Siguiendo la direccion de aquel rayo descubrió una pequeña abertura circular abierta en la bóveda de la galería que ensanchándose en aquel sitio formaba una encrucijada. Prosiguiendo en sus investigaciones con el ausilio de las manos y de la escasa luz que entraba por arriba, hallóse con una pared baja y algo deteriorada que le separaba de una espaciosa gruta abierta en la roca. Esta gruta era bastante alta y sus paredes se inclinaban formando bóveda. Vió tambien con horror que á su lado habia un grande sima en cuyo borde le habia detenido una felíz casualidad, con lo cual comprendió que habia andado hollando las bóvedas de otras galerías subterráneas mas profundas acaso que las que recorria.

Como le era imposible llegar á la abertura superior sin escalar la pared que habia delante, debió para esto servirse del pedazo de mármol iluminado que tomara en un momento de terror por el cuerpo de Lucio. Buscando donde fijar el pié se detuvo á la vista de nuevos objetos. En una roca saliente veíase clavada una ancha baldosa de mármol cuya blancura habia contribuído á dispertar en Valerio aquella estraña ilusion, y en la cual habia grabados algunos caracteres, en los que pudo leer Valerio estas palabras escritas en latin, aunque con letras griegas:

«Saturnino duerme en paz; dia segundo de las nonas de junio.»

Encima de esta inscripcion habia una X. y una P. entrelazadas, con una *alfa* y una *omega* (1); deba-

(1) Gerbert, *Roma cristiana*.

jo veíase grabada en hueco una palma ; y por último al pié de la baldosa ó plancha de mármol habia una redomita medio incrustada en el cimiento que unia el mármol á la roca. Valerio notó que contenia sangre coagulada. Encima del mármol habia una escavacion bastante profunda y Valerio creyó que llegando á ella , podria desde allí alcanzar fácilmente la parte superior de la pared , que le separaba de la gruta donde esperaba encontrar una salida ; y ensayándolo logró , ayudándose de las asperezas de la roca , poner el pié en el mármol y penetrar en aquella cavidad oscura.

Al tender la mano para encontrar un apoyo y continuar su ascension , tropezó con un objeto bastante voluminoso , y acercándolo al único rayo que penetraba por la abertura del techo , vió que era un cráneo , que arrojó con horror.

« Que en todas partes, esclamó, tengan que perseguirme los muertos ! »

En aquel instante llegaron hasta él sonidos lejanos que parecian salir de las entrañas de la tierra.

« Lucio ! Lucio ! que puedo hacer para apaciguarte , esclamó el tribuno lleno de nuevos sobresaltos.

Y se agazapó en el nicho en medio de los huesos humanos que medio le llenaban.

Pero los sonidos llegaban hasta él cada vez mas claros y oyó muchas voces que cantaban en tono grave, y pudo distinguir estas palabras:

«Freno de potros indómitos, ala de las aves que «no se estravian, seguro gobernalle de la infancia,

«pastor de los corderos del rey, reune á tus sencillos «hijos para alabar santamente, para cantar con can- «dor é inocentes labios á Jesucristo, el amigo de la «infancia!»

Y otras voces mas apartadas contestaban á las primeras:

«Rey de los santos! Verbo que dominas todas las «cosas; tú que distribuyes la sabiduría del Padre, «del Altísimo; tú que eres el apoyo en las afliccio- «nes, eternamente bienaventurado, Salvador del gé- «nero humano, ó Jesus!»

Y las primeras, acercándose mas, continuaron diciendo:

«O Cristo! ó Jesus! nosotros, hijos tuyos que be- «bemos la leche celeste de los dulces pechos de tu «sabiduría, fuente de las gracias; pequeñuelos ali- «mentados con el rocío espiritual que mana de tu «boca, cantamos alabanzas inocentes é himnos á Je- «sus nuestro rey!»

Mientras que los cantos se hacian de cada vez mas perceptibles, Valerio descubrió una luz, al principio débil y lejana que crecia en los sombríos muros de los subterráneos, y llegaba lentamente hasta él, iluminando las paredes de la gruta; y por último vió algunos hombres vestidos con túnicas de colores oscuros que desfilaban pausadamente y de uno en uno, á lo largo de la pared que habia querido saltar. Cada uno de ellos llevaba en la mano una pequeña lámpara de cobre ó de tierra cocida. Habian llegado los primeros casi debajo de donde él, cuando respondieron:

«Cantemos juntos, cantemos con sencillez las san-«tas recompensas de la vida futura; cantemos al «Niño omnipotente! Coro pacífico, hijos de Cris-«to, pueblo inocente, cantemos todos al Dios de «paz (1)! »

Desde el fondo de la cavidad en que estaba oculto Valerio podia verlo todo por encima de la pared á cuyo nivel se hallaba, y seguia con afanosa curiosidad los detalles todos del espectáculo, para él nuevo, que se ofrecia á sus ojos. Poco á poco fué llegando á la gruta un gran número de hombres, cada uno con su lámpara y cantando, y luego vió muchas mujeres que se alinearon en el lado opuesto con el mas profundo silencio.

Gracias á la brillante luz que derramaba la multitud de lámparas que ardian en la gruta Valerio pudo ver claramente y hacerse cargo del sitio en que se hallaba.

Encima y entorno de él habia varias escavaciones semejantes á la que ocupaba, unas abiertas, otras tapadas con planchas como la que tenia debajo, la mayor parte de las cuales tenian inscripciones. Pudo ver tambien que lo que habia tomado por una simple gruta era una sala espaciosa, sostenida por dos filas de colunas groseramente cortadas en la roca, y que terminaba en un semicírculo mas elevado que la parte anterior; en la bóveda que lo cubria vió la abertura circular por la cual penetraba la luz

(1) Clemente de Alejandría.

de la luna, y muchas pinturas de colores muy vivos, que le admiraron por su estrañeza. Una de ellas representaba una serpiente entrelazada al rededor de un árbol, cuyas ramas se estendian encima de un hombre y una mujer: la serpiente tenia en la boca uno de los frutos del árbol, y la mujer alargaba la mano para cogerlo, mientras que con la otra presentaba otro fruto semejante al hombre; la mujer llevaba collar y brazaletes. Este cuadro, cuyas figuras eran muy grandes, ocupaba un ancho espacio debajo de la bóveda.

Mas léjos vió Valerio un pescado enorme que devoraba á un hombre, un personaje vestido de blanco, que llevaba en sus hombros un cordero, y por último otro, completamente ceñido con fajas, que salia al parecer de un sepulcro (1).

Bajando la vista reparó que en el centro de la parte semicircular se elevaba un pequeño monumento de mármol de forma prolongada, que reconoció ser un sepulcro, á cuyo rededor habia muchas piedras á manera de asientos. Vió tambien una balaustrada de madera que cerraba la parte semicircular, y que una gran parte de la asamblea se habia quedado detrás de ella.

Acercóse al sepulcro de mármol un hombre que se distinguia por su venerable aspecto y su larga barba blanca, mientras que otros siete se sentaban en las piedras. Encendieron multitud de cirios enci-

(1) Gerbert, *Roma cristiana*.

ma del sepulcro y toda la asamblea se arrodilló. El que se acercara al altar llevaba una corona de oro en la cabeza, y en las espaldas un pequeño palio de lana blanca ; volviéndose en seguida hácia los concurrentes que permanecian devotamente arrodillados, dijo en voz alta :

«Hermanos, el bienaventurado apóstol Pablo ha dicho: «Os conjuro por el Señor que sea leída esta «epístola á todos los hermanos en Cristo !» Y conformándonos á sus palabras, vamos á leeros algunos pasajes de los libros sagrados.»

Y desarrollando una larga tira de papiro que sostenia uno de los hombres que se habian sentado antes en torno de él, comenzó diciendo :

Quum stabitis ante reges et præsides, nolite præmeditari qualiter respondeatis. Dabitur enim vobis in illa hora quid dicatis : quia non vos loquimini, sed Spiritus Patris loquitur pro vobis.

«Hermanos: en los tiempos en que se cebe la persecucion en los hijos de Cristo, haced que no flaquee vuestro ánimo, que no sean inútiles las gracias del Espíritu Santo. Él es, dice el santo Apóstol, quien hablará por vosotros ; y si sois llamados á la gloria del martirio, tendréis la dicha de encontrar riquezas que no son las que os han dejado vuestros padres: el hombre que teme á Dios será entónces bendecido. Por la santidad de los sacramentos acumulado habeis mas tesoros que los que podríais amontonar en una dilatada existencia. Fortalecidos y llenos de confianza dirigid vuestros ojos hácia la eternidad, reuniendo esos tesoros que encontraréis en los dias de

afliccion. Los que son ricos y nos persiguen aquí bajo, serán muy pobres en el siglo de la vida futura: allí no habrá que comprar ó vender; ninguno de ellos podrá librarse de los suplicios del infierno, ni acudir al socorro de los demás: el padre no podrá rescatar á su hijo, ni la hija á su madre, ni el esclavo á su dueño, ni á su amigo el amigo.

«Mas vosotros, hermanos mios muy amados, vosotros iréis hácia Cristo para que se cumplan sus promesas: lo que el ojo no ha visto, lo que ningun oído ha percibido, Dios lo tiene preparado para los que creen en él. Marchad hácia él con seguridad; deponed todo temor, y recibiréis vuestro galardon. Permaneced en el camino que os ha señalado. Que no os detengan vuestros padres, vuestra fortuna: olvidad vuestros hijos, vuestras hijas y vuestros esclavos: en una palabra, no permitais que os aleje de Dios nada de lo terrenal y perecedero. No pongais los ojos mas que en las cosas eternas: no os dejeis ablandar por las lisonjas de vuestros amigos, ni permitais que os sea arrebatado vuestro valor por su pérfida elocuencia; detestad sus consejos impíos, y no mireis mas que á los santos que deben abriros el camino: seguidles en su constancia, imitadles en su firmeza; permaneced inalterables á las amenazas de los tiranos; que no os intimide la vista de los mas horribles tormentos; que no os asusten los potros y los garfios de hierro, el fuego y la llama (1). »

---

(1) *Actas de los mártires.*

Despues de haber hablado algun tiempo, el orador hizo una señal, y los asistentes que estaban detrás de él en la balaustrada, se retiraron en silencio. Valerio distinguió entre ellos por su elevada estatura al esclavo de Lucio, el galo Ambenorix, y creyó reconocer tambien no sin gran sorpresa, á su amigo Calicles.

Entónces todos los que habian permanecido en el emiciclo se levantaron, y dirigiendo sus ojos al sepulcro, permanecieron largo tiempo con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos abiertas, en actitud del mas profundo recogimiento. El murmullo confuso de sus voces, unidas en una oracion comun, llegaba hasta Valerio; y si bien no le era dado distinguir lo que aquellos hombres decian, el ardor de su oracion espresando un mismo deseo, la direccion de sus miradas concentradas en un solo objeto, inspirábanle, apesar suyo, un sentimiento profundo de veneracion. Estos son, decia en su interior, los cristianos que con tan odiosos colores nos pintan! y estas las brutales orgías de que se les acusa! ¿Por qué me he dejado engañar hasta ahora de un modo tan grosero?

Delante de Valerio, y al lado opuesto á la pared por encima de la cual miraba, oraban tambien algunas mujeres con los brazos cruzados. Todas llevaban anchas túnicas oscuras y la cabeza cubierta con un velo, y su mayor parte, á juzgar por lo grosero de sus vestidos y por sus piés desnudos, eran esclavas ó mujeres de la mas baja estraccion.

Una entre ellas sin embargo atrajo especialmente

la atencion de Valerio. Llevaba un velo blanco abierto por delante y bordado con una franja; cubria la parte superior de su frente una especie de banda de lana de color de púrpura; descendia desde sus espaldas hasta la parte inferior de su túnica una ancha tira de tela, y por último á los reflejos de la pequeña lámpara, que habia dejado en una piedra saliente de la pared, veíase relucir en su pecho un objeto brillante. Sin darse cuenta del sentimiento que le movia, Valerio se esforzaba en querer distinguir sus facciones; mas absorbida en sus oraciones ni una vez siquiera volvió la cabeza hácia donde él estaba.

En aquel momento se fueron los siete hombres sentados en las piedras del derredor del sepulcro, volviendo á poco rato trayendo los unos vasos de oro, los otros panes y otros en fin copas llenas de incienso. Elevóse una nube de humo al rededor del sepulcro, y estendiendo el anciano las manos sobre los vasos y los panes, pronunció algunas palabras que Valerio no pudo oir, postrándose en seguida en el suelo.

Levantáronse entónces los asistentes y se saludaron mutuamente con un ósculo fraternal. Verificóse este acto con una sencillez tan grave y tan digna, que Valerio se sintió vivamente conmovido. La mujer, cuyos movimientos con tanto interés habia seguido, volvióse de su lado para dar el ósculo santo á la que tenia cerca, y si bien Valerio no pudo verla mas que un solo instante, creyó reconocer á Lucia: su corazon latió con violencia. En aquel mo-

mento representóse con toda su fuerza en su imaginacion la escena de la gruta, que habian hecho casi olvidar las que la habian sucedido.

« Soy yo quien debe matarla! esclamaba: ¡oh! no, yo he sido víctima de algun horrible engaño. ¿Qué me importan los mentirosos oráculos? ¡Oh! aquí y solo aquí es donde se encuentran la vida y la verdad. »

Los asistentes se fueron acercando lentamente al sepulcro y el anciano, despues de haber hecho pedazos los panes, los distribuyó entre ellos. Los vasos contenian vino mezclado con agua, que fué dado á beber á todos; despues de lo cual el anciano, estendiendo majestuosamente las manos y elevando los ojos al cielo:

«Señor Dios omnipotente, dijo en alta voz, Padre de este Hijo amado y bendecido, de nuestro señor Jesucristo que nos enseñó á conocerte; Dios de los ángeles y de las virtudes, de las criaturas todas y de los justos que viven bajo tu poder, yo te doy gracias, porque acabas de permitir que mis hermanos y yo hayamos tomado parte en el sacrificio de tu hijo Jesus, en la resurreccion eterna del alma y del cuerpo, en la inmortalidad del Espíritu Santo. Yo te alabo, te bendigo y te glorifico por todos tus beneficios, con el eterno y celestial Jesus, tu Hijo muy amado: gloria á ti, y á él y al Espíritu Santo, ahora y en los siglos! »

Y uniéronse las voces todas para responder: « Amen! »

Los siete hombres que asistian al anciano recor-

rieron entónces las filas de la asamblea llevando bandejas de plata, en las cuales depusieron todos una ofrenda. Valerio vió á la mujer que habia atraído sus miradas, quitarse del cuello el objeto brillante y echarlo en la bandeja, y cuando el hombre que la llevaba pasó por cerca de él, distinguió perfectamente el rico collar que habia llevado para Lucia el dia de las saturnales (1). Despues de lo cual apagando las lámparas, retiráronse todos con el mayor silencio.

La luz del naciente dia brillaba ya al través de la abertura de la bóveda, y Valerio pudo bajar al emiciclo, saltar por encima la balaustrada de madera y seguir de léjos á los asistentes, que despues de haber recorrido varias y dilatadas galerías, fueron saliendo de uno en uno.

Valerio se encontró de repente detrás de una roca que ocultaba la entrada, y reconoció el campo desierto donde habia sido quemado el cadáver de Lucio. Veíase á lo léjos la coluna de Timoleon, y las ruínas del antiguo anfiteatro por detrás de las cuales asomaba el sol en aquel momento.

El aire fresco de la mañana reanimó su semblante, y permanecia en pié, restragándose los ojos como quien pasa súbitamente del sueño á la realidad,

---

(1) Todos los detalles de la ceremonia que acabamos de describir están sacados de las Instituciones litúrgicas de Geranguer, abad de Solesmes.

cuando sintió que le golpeaban la espalda. Volvióse y vió á Próculo.

«Noble tribuno, le dijo este, estás pálido y traes el vestido manchado; pero espero que te desquitarás con usura de esta mala noche.

—¿Qué quieres decir?

—Que Pascasio te recompensará dignamente como le refieras todo cuanto acabas de ver en las canteras.»

Valerio se alejó precipitadamente.

VII

LA SACERDOTISA DE ISIS (1).

En el momento en que huía, Sempronio habia llamado varias veces á Valerio, aunque en vano. Al quedarse solo con Tertullia, habia deplorado la debilidad de su discípulo, y echádose amargamente en cara su precipitacion en descubrir sus secretos

(1) Una de las principales divinidades de los Egipcios, hermana y mujer de Osiris. Cuéntase de ella que reinó largo tiempo en el Egipto junto con su hermano, y que hizo florecer allí la agricultura. Habiendo sido Osiris asesinado por su hermano Typhon, al volver de conquistar la India, Isis levantó un ejército para ir contra él, dió su mando á Horo, su hijo, y venció al enemigo en dos batallas campales. Despues de su muerte fué colocada en el número de los dioses. Unas veces se toma á Isis por la luna, otras por la naturaleza, y se la confunde tambien con la vaca Io. El Egipto celebraba en su honor misterios, que se generalizaron en la Grecia y la Italia, y que se cree ser los mismos que los de Cibeles.—En el museo real de Turin se conserva la llamada *tabla Isiaca*, encontrada en el saqueo de Roma de 1527, en la cual están representados esos célebres misterios. *N. del T.*

á un profano que acababa de manifestar que era indigno de ello. Habian trascurrido algunos dias cuando el jovial tribuno Murcio fué á casa de Valerio, y le dijo:

«¿Has olvidado que hoy hay espectáculo en el circo? ¿No oiste ayer á los heraldos recorrer la ciudad con sus trompetas para anunciarlo á los ciudadanos? Preciso es que vayas á ocupar tu puesto. Están invitados todos los magistrados: un pretor enviado de Roma debe representar á Diocleciano en el *podium* (1): el edil lo ha hecho preparar todo: habrá magníficos leones traídos de Africa y seis elefantes enseñados á hacer ejercicios de fuerza y de habilidad. Debo confesar que como verdadero romano soy aficionado á esos juegos y que hace dias que sueño con ellos. ¿Pero si lo sabrá nuestro amigo Calicles? No me ha sido posible encontrarle. Le gustan como á mí esos espectáculos, como lo prueba el que hace poco fué á Catania tan solo para asistir á uno de ellos. Desde entónces no le he vuelto á ver. Si naufragaria en el camino!

—Lo ignoro, dijo Valerio con frialdad.

—Pero ¿qué tienes? repuso Murcio; parece que

---

(1) Lugar próximo á la arena en que se ponian los senadores y embajadores estranjeros, y el trono del emperador, con su correspondiente dosel ó *papilio*. El podium ó balaustre que habia encima de la pared que circuía la arena, tenia unos catorce piés castellanos de alto, con su correspondiente parapeto para que no pudiesen saltarlo las fieras. *N. del T.*

te encuentro indiferente á lo que á mí tanto me alegra. Qué magnífico espectáculo! Lo malo es que no se haya podido aun echar la garra á algun cristiano para animar un poco la escena; Pascasio se impacienta y el pueblo empieza á murmurar. En nombre de Vénus; ¿cómo estás hoy tan triste? ¿no continua sonriéndote el dios del himeneo? Apostaria cien sextercios que la noble hija de Lucio te obliga á retardarlo: es natural: tendrá que mandar traer sus adornos de Roma.»

Valerio se estremeció.

«Mi querido Murcio, le dijo, no tengo el ánimo dispuesto á la alegría: hace tiempo que siento el corazon oprimido y que únicamente me encuentro bien en la soledad; una fuerza invencible me lleva á la muerte. Todas mis ideas han tomado una nueva direccion, y mi alma divaga sin cesar errante con los manes, en las sombrías regiones del Elíseo: paréceme que no soy ya dueño de mis acciones y que no puedo dirigir por mí mismo mis movimientos: mi voluntad está como paralizada, y mis miembros como embotados; yo no vivo y hay momentos en que me creo difunto.

—Por Júpiter! dijo Murcio riendo, no parece sino que alguna maga de Tesalia ó alguna horrible africana negra como el Erebo, te ha echado un sortilegio. Voy á darte un remedio escelente para librarte de él. Nuestros antepasados pretendian que bastaba frotar la puerta de la casa con sangre de hiena; puedes asimismo tomar para ello un cocimiento de pan porcino, de espino cerval y de acebo; tambien las

peonías curan los terrores nocturnos y las pesadillas; pero si quieres creer á mi amistad, el mejor remedio será que te vengas conmigo al circo, y que te ahogues esta noche en arroyos de vino de Creta.»

Valerio siguió á su cólega, que continuaba hablando alegremente, y llegaron á la plaza del anfiteatro, que estaba atestada de una innumerable multitud. A la vista de sus brillantes cascos y de sus augusticlavias abrióles todo el mundo paso, y metiéndose por un *vomitorium* (1) llegaron pronto á las gradas de mármol destinadas á la orquesta.

El sol lanzaba sus ardientes rayos al través de las aberturas del atrio. Los soldados estaban formados en los pórticos superiores, y los esclavos ataban cuerdas á los robustos postes que habia fijados en la cornisa mas elevada. El piso del circo estaba sembrado de menuda arena mezclada con vermellon; lo cual daba al suelo un tinte rojizo.

«Muy bien, dijo Murcio sentándose; que me place la invencion. No me gusta ver sangre, y cuando corra ese vermellon hará que no resalte tanto. Veo que el edil ha sabido disponer las cosas como hombre de gusto y de delicadeza.»

Los vomitorios derramaban inmensas oleadas de espectadores que se iban colocando segun su rango: el pueblo en la parte mas alta del circo, donde estaba de pié apoyándose de espaldas en los postes

(1) Dábase este nombre á cada una de las entradas de la gradería. *N. del T.*

y en las cornisas; los caballeros y los oficiales del ejército en la segunda fila de gradas, y por último los senadores y los magistrados cerca de la arena, en una plataforma circular donde habia dispuestas sillas incrustadas de oro y marfil. No tardaron en llegar el gobernador, el pretor y el edil, que fueron estrepitosamente saludados por las aclamaciones de cuarenta mil voces, y por los lictores que inclinaron sus haces, colocándose en asientos elevados cubiertos por un rico pabellon.

El circo presentaba en su conjunto un cuadro grandioso é imponente.

Un espectador que lo hubiese contemplado á vista de pájaro hubiera visto el anfiteatro abrirse á manera de una flor gigantesca de diversos colores: en el centro el suelo de la arena, despues un círculo rojo y deslumbrador formado por las togas de púrpura, las brillantes trabeas (1) y los bordados de oro de los magistrados; á este seguia un segundo círculo blanco formado por los caballeros y los militares con sus clámides de deslumbrante blancura, y por último las túnicas de color oscuro del pueblo formando el tercero mas ancho y mas imponente.

Una estátua gigantesca representando al augusto Diocleciano bajo la forma de Júpiter lanzando sus

(1) Vestidos con listas de púrpura *(virgata vel palmata)*, que segun parece era de púrpura y escarlata. Formaba parte del traje de los augures. *N. del T.*

rayos, ocupaba su lugar cerca del *Podium*, delante del dosel de los magistrados.

«Va á hacer un calor sufocante, dijo Murcio á su cólega, y á subir hasta nosotros el polvo de la arena.»

El edil levantó en aquel momento la mano hácia los pisos superiores del anfiteatro, y los esclavos, bajo la direccion de algunos soldados, llamándose en alta voz de un estremo á otro del ático, ataron cuerdas á lo largo de los postes, y tendieron anchas telas encarnadas encima de la arena formando un vasto toldo que la cubrió enteramente. En dichas telas habia bordada en oro una imágen colosal de Hércules descendiendo á los infiernos. Los rayos del sol, llegando debilitados y como en hilos destejidos al través del toldo, daban á la arena un tinte rojo que hacia mas agradable el aspecto de las sombrías gradas y de las gigantescas paredes que cerraban el circo. Vióse de repente elevarse de distancia en distancia, á lo largo de las gradas, colunas de vapor que, convirtiéndose en agua, caian sobre los espectadores, como un rocío fresco y embalsamado.

«Bravo!» esclamó Murcio aspirando con afan el aire impregnado de perfumes, «el edil y los procuradores nada han olvidado para que nuestros juegos igualen los de la misma Roma. Hánse abierto muchos hornillos en el espesor de las gradas para hacer hervir en ellas plantas aromáticas y azafran con vino. No parece sino que uno se encuentra en un jardin á la salida del sol.»

En la parte superior del anfiteatro, y debajo de la

cornisa en que estaban fijos los postes, habia una estensa plataforma circular cuya parte anterior ocupaban los músicos.

Habiéndose levantado el edil, el pretor hizo una señal con el cetro de marfil que remataba en una cabeza de águila, y apaciguóse súbitamente el inmenso murmullo, que semejante al ruído sordo de un mar agitado, se elevaba del anfiteatro. Iba á empezar el espectáculo. Resonaron los clarines de los músicos, y los ojos todos dirigiéronse hácia las verjas que guarnecian la pared de la plaza.

Salieron de los subterráneos algunos elefantes, magníficamente cubiertos con trozos de púrpura cortados á la manera de las togas romanas. Uno de ellos subia y bajaba por una tabla muy inclinada, conservando diestramente el equilibrio; otro bailaba á compás al sonido de la flauta; otros sentados sobre las piernas traseras comian en torno de una mesa esplendidamente servida. La paciencia y la destreza de aquellos monstruosos animales, tan perfectamente enseñados, divirtieron por algun tiempo á los espectadores, que aplaudieron con las manos y sacudiendo las faldas de sus vestidos; pero aquello no era mas que el preludio del sangriento drama que se aguardaba, y un sordo murmullo vino pronto á manifestar la impaciencia del público.

«Las fieras, los gladiadores! gritaron algunas voces dominando todas las demas.

A una segunda señal de los clarines, dada desde lo alto del *podium* popular, restablecióse el silencio y fijáronse todas las miradas en la arena esperando

un nuevo espectáculo. Vióse en aquel momento temblar y abrirse el suelo con siniestros chasquidos. Algunos de los espectadores palidecieron sobrecogidos de espanto, al paso que otros, mas al corriente de los secretos del anfiteatro, tenian los ojos fijamente clavados en la arena llenos de admiracion y ansiedad.

Cerráronse los boquetes abiertos vomitando árboles de fantásticas formas, cargados de frutos desconocidos. Viéronse saltar en medio de aquel bosque mágico leones de erizada melena y encendidos ojos, azotándose los costados con su rubusta cola; osos de la Libia trepando por los árboles; panteras negras de amarillentos ojos, aguzando sus dientes en las piedras y lanzando sordos rugidos; leopardos parándose inmóviles, y arqueando la espalda como para lanzarse sobre algun objeto, y toros furiosos recorriendo la arena que escarbaban con su hueca pezuña. Oyóse un horrible concierto de salvajes berridos y rugidos espantosos, que fueron en breve sufocados por los frenéticos y prolongados aplausos de los espectadores.

Calmóse poco á poco el ruído y pudiéronse ver mejor los detalles de aquella imponente escena. Aquijoneadas las fieras por las quemaduras y las picadas corrian sin poder desfogar su estéril furor. Vióse pronto que desde lo alto de los árboles, algunos hombres ocultos entre las ramas les disparaban flechas y hojas de puñales de hierro candente.

Murcio pataleaba de alegría y llamaba la atencion de su cólega hácia una pantera que se habia lanzado

de un salto en un árbol en el cual viera á un hombre lanzarle un venablo. «Ves, decia, no se le escapará. La pantera alarga su garra hasta la rama donde el otro se afianza; se le acerca rechinando los dientes y va á cogerle la pierna... El hombre lo evita con un movimiento rápido y se tira al suelo. Bravo!... Pero cae delante de un leon que sin turbarse lo derriba de una patada. Qué fuerza, vive Hércules! Ves los pedazos de carne que se le han quedado entre las uñas: el infeliz ha ido á caer á diez pasos de distancia, mientras que el leon continua majestuosamente su marcha! Por Júpiter, que el espectáculo va animándose! Mira aquel oso que se dirige á aquel hombre que huye para ocultarse detrás de aquel corpulento tronco! Da vueltas al rededor, mas el oso le sigue: levántase sobre sus patas traseras para cogerle y ahogarle con las de delante!... ¿Pero qué es lo que estás haciendo Valerio? No me atiendes y veo que tienes la vista fija en otra parte! ¿Has perdido el juicio?»

Y en efecto el tribuno, indiferente al sangriento espectáculo cuyos episodios le indicaba Murcio, dirigia sus miradas hácia una grada inferior, un poco mas arriba del podium de los patricios, en el sitio donde estaban los sacerdotes y sacerdotisas.

Habiendo una de estas levantado los ojos á las gradas de mármol reservadas al órden ecuestre, habia reconocido á Valerio y procuraba atraer su atencion indicándole la entrada de un *vomitorium* bastante inmediato al sitio que ocupaba el tribuno: este habia á su vez reconocido á Tertullia, la sa-

cerdotisa de Isis que tan importante papel habia desempeñado en la escena de la caverna. Los gestos de Tertullia eran enérgicos y significativos. Valerio, recordando aquella fúnebre escena, sintió aumentar sus inquietudes; mas sin embargo y movido por la curiosidad dejó su asiento y se desapareció por el *vomitorium*.

Habia dado apenas algunos pasos cuando vió delante de sí á Tertullia ricamente vestida con una *patagiata*, túnica sembrada de flores de oro, y con la cabeza cubierta de una *rica* ó benda bordada. Sus movimientos comprimidos y la medrosa espresion de su mirada revelaban en ella una violenta agitacion.

«Señor, dijo, alejémonos de aquí ántes que pueda vernos!

—¿Quién? preguntó Valerio admirado.

—Mi amo, tu enemigo y mio. Me atrevo apenas á pronunciar su nombre: me parece siempre que me está escuchando: huyamos!»

Valerio se dejó arrastrar por la sacerdotisa que le condujo á través de calles estrechas y poco frecuentadas á una puerta baja á la cual llamó suavemente tres veces. A esta señal una vieja esclava negra entreabrió la puerta, lanzando sobre Valerio una mirada escudriñadora.

«No temas, Poria, dijo la sacerdotisa, es un *epote* (1) de elevada gerarquía.

---

(1) Iniciado en los misterios.

La vieja negra abrió y Valerio y Tertullia penetraron en un largo corredor, en cuyo estremo habia una sala baja rodeada de asientos. Valerio pudo ver un gran número de trampas abiertas en el suelo y puertas secretas en las paredes.

Despues de haberle hecho tomar asiento Tertullia procuró calmar su ansiedad.

«Estamos, le dijo, debajo del *sacellum* (1) de la buena diosa: aquí en estas salas subterráneas cuya existencia procuramos ocultar al conocimiento del vulgo, es donde preparamos los espectáculos de fantasmagoría destinados á herir la imaginacion de los iniciados. He querido conducirte aquí, aprovechando la ausencia de los sacerdotes y de mis compañeras, que están en los juegos, segura de que nadie turbaria nuestra conversacion. Pero es preciso no perder tiempo porque van á volver para celebrar los misterios.

—¿Qué quieres de mí? dijo Valerio sin poder evitar un sentimiento de desconfianza: y ¿á qué todo ese misterio para hablarme?

—Vas á saberlo. Sempronio creyó que no saldrias vivo de la gruta de Hermes, y se arrepiente de haberte dado á conocer nuestros secretos; ha visto que flaqueabas; sabe que huyes de él con horror y recela que divulgues lo que viste. Teme su venganza sino te abandonas á él: pesa sobre tu cabeza una amenaza de muerte.

---

(1) Lugar consagrado á alguna divinidad con ara y sin techo. *N. del T.*

—Por Júpiter! creo que quieres burlarte de mí! ¿Piensas que el flámen osaria atentar á los dias de un ciudadano romano, de un oficial de mi graduacion? ¿No temeria la cólera del gobernador, la indignacion del pueblo y el rigor de las leyes? No presumas turbar mi valor con las pueriles visiones de tu delirante espíritu, y deja que me retire!

—Sempronio, repuso la sacerdotisa, está sobre el pueblo, el gobernador y la ley! No saldrás de aquí sin reconocer ántes la realidad de lo que llamas pueriles visiones!»

Y al decir esto levantó una piedra del suelo que ocultaba una profunda sima.

«Mira, le dijo.

Valerio se acercó al borde del abismo.

—¿Qué ves? le preguntó la sacerdotisa.

—Un abismo tan profundo que me da vértigos mirar en él; pero creo descubrir un objeto blanquecino en el fondo.

—¿Puedes distinguir lo que es?

—No.

—Pues bien, es el cadáver de un hombre de cuyo silencio ha querido Sempronio asegurarse. Ya lo ves, mis temores no son quiméricos. La venganza es tan pronto como segura, y las leyes, cuya salvaguardia invocas, no estienden su poder mas allá de los umbrales de nuestros templos sagrados.

—Dime en fin lo que quieres de mí, preguntó Valerio reprimiendo un movimiento de terror.

—Temo por tí al verte bajo el dominio de ese hombre: se apoderará de tus facultades, de toda tu

alma y acabarás por no ser mas que un instrumento inerte entre sus manos. Cómplice de sus negras acciones, le estarás unido como yo por el horrible lazo del crímen! Hé aquí por consiguiente lo que vengo á decirte: si quieres evitar este peligro, huye léjos, Valerio: rompe esa odiosa cadena que pesa sobre tí. Huyamos juntos, volvamos á Roma, vamos á Aténas, á Cartago: corramos á buscar el abrigo de un cielo estranjero, con tal que pongamos dilatados espacios entre nuestro tirano y nosotros. En este mismo instante en que te hablo, estoy temblando Valerio: creo ver sus terribles ojos fijos en mí; paréceme que mis palabras llegan á su oído llevadas en alas de invisibles mensajeros. Valerio, huyamos!

—Creo, respondió el tribuno, que exageras su poder, y la misma exaltacion de tu espíritu hace que te escuche con desconfianza. Te confesaré sin embargo que despues de la impía evocacion en que tomé parte, turban mi ánimo estrañas visiones: el fantasma de Lucio se cierne sin cesar sobre mi cabeza, y veo levantarse delante de mí la imágen del flámen, sin que nada sea poderoso á librarme de esa aparicion que me fatiga: yo encontraré empero en mi alma la energía necesaria para desvanecer esos fantasmas...

—Sí, Valerio; tú podrás en el campo de batalla abrirte un camino sangriento al través de las cohortes enemigas; mas ¿de qué te servirá tu valor contra un poder oculto? Has esperimentado ya hasta donde llega, y te lo repito, es necesario huir ántes que el

pacto quede consumado. Una corriente invencible te arrastrará al círculo fatal de su atraccion, y una vez en su poder, lucharás en vano para escapar de sus ataduras! ¿No has visto en los agrestes bosques que cubren el Etna una gran serpiente negra alargarse en espiral al rededor de un tronco de árbol, y mirar fijamente el pájaro que se columpia en una rama elevada? El pájaro, aleteando quiere volar, pero no puede evitar la mirada de la serpiente, hasta que fascinado acaba por caer revoloteando en la boca del monstruo. De la misma suerte atrae Sempronio á sus víctimas. Si rehusas dar crédito á mis profecías escucha mi propia historia.»

Valerio dudó, pero estaba escitada su curiosidad, y se resignó á quedarse apesar de sus temores.

«Siendo aun niña, retozaba cierto dia libre y alegre por las márgenes del Tiber, cuando pasó cerca de mi Sempronio. Estuvo mirándome algun tiempo, y alejóse sin decirme nada. Sentíme turbada, y volví á casa de mis padres, que eran pobres y habitaban en un barrio despoblado al pié del Janículo.

«Queria hablar de aquel encuentro, mas no me atrevia, y hasta me pareció que mis labios se negaban á dejar pasar mis palabras.

«Algunos dias despues estando jugando con algunas niñas de mi edad en el puente de Cestio, que une el Janículo con la isla Tiberina, ví salir del templo de Esculapio, edificado en el centro de la isla, á aquel mismo hombre cuya mirada tanto me habia impresionado. Esta vez se paró tambien á contem-

plarme, atravesó en seguida la isla y el puente Fabricio, y yo, dejando mis juegos y mis compañeras, le seguí de léjos. Él se volvia á menudo y continuaba mirándome; yo marchaba detrás de él, atraída por una fuerza irresistible.

«Pasamos cerca del teatro de Marcelo y no tardamos en llegar al pié del Capitolio, y al gran Foro cerca del templo de la Concordia. Tomando entónces la via sagrada, fuímos siguiendo los Rostros, el templo de Antonino y Faustina, con su pórtico adornado de grandes colunas, y el de Rómulo y Remo con su *cella* ó nave de forma circular (1).

«Hasta entónces no me habia alejado nunca de las inmediaciones del Janículo, y todo lo que se estendia mas allá del Tiber era un mundo para mí nuevo. La vista de esos numerosos edificios, me llenaba de admiracion; pero mi guia no me dejaba satisfacer mi curiosidad infantil, y pronto llegamos al arco de Tito, donde ví en un bajo relieve á este emperador en un carro con cuatro caballos conducidos por la Victoria, y en otros prisioneros llevando vasos y el candelabro de siete mecheros.

«En aquel instante el flámen me cogió por la mano y, cambiando de direccion, me hizo pasar por cerca del gran circo, de las termas de Caracallas, y nos

---

(1) Consérvanse todavía en la moderna Roma, unos casi enteros, otros en fragmentos mas ó menos grandiosos la mayor parte de los monumentos que cita en este pasage el autor. *N. del T.*

hallamos fuera de Roma, en la via Apia. Entónces empecé á asustarme de verme tan léjos de mis padres y de los lugares que me eran familiares, y revistiéndome de valor, le dije:

«Señor, ¿vas á volverme al Janículo? temo que mi padre me azote para castigarme por tan larga ausencia.»

«No volverás á ver jamás el Janículo, respondió aquel hombre; yo seré en adelante para tí tu padre y tu madre.»

«Entónces me eché á llorar y miré atrás, pensando como podria huir; pero el flámen me tenia cogida de la mano, y cuando me encontraba con su mirada severa, me detenia viendo que habia adivinado mi pensamiento. De esta suerte seguimos la via Apia, cerrada con dos líneas de sepulcros plantados de tejos y cipreses; y á cada paso que daba por aquel fúnebre camino me parecia que me iban á sepultar viva como á las vestales, cuya trágica historia habia oído referir.

«Llamó de repente mi atencion la vista de un monumento gigantesco. Era circular y estaba decorado de un ancho friso de mármol blanco, del cual salian grandes cabezas de buey: encima de la torre habia una espaciosa cúpula sostenida por un gran número de colunas. Era el sepulcro de Cecilia Metella, esposa del triunviro Craso.

«El flámen se detuvo y miró al rededor como para asegurarse de que nadie nos veía; luego, arrastrándome siempre, se deslizó por detrás de las enormes paredes del sepulcro, y me condujo á una sala

baja, casi semejante á esta, y cuya entrada estaba oculta entre matorrales. Allí encontramos á la vieja esclava negra que acabas de ver en la puerta, ocupada á la sazon en hacer cocer yerbas en una grande hoguera. Al verme la vieja negra se levantó estremeciéndose de gozo.

«Señor, dijo á Sempronio, necesito el corazon y «tuétano de un niño para preparar mi filtro: gracias «sean dadas á Tisifon; voy á coger esta y enterrarla «hasta el cuello; la dejaré morir de hambre...»

—La reservo para otros destinos, dijo Sempronio interrumpiéndola con tono severo: me respondes de ella con tu vida; que no se le haga el menor daño.....»

«Y á estas palabras desapareció, dejándome sola con aquella vieja, cuyas repugnantes facciones negras y largas uñas me llenaban de terror. Algun tiempo despues Sempronio nos llevó á las dos á Siracusa.»

Valerio que habia escuchado con interés el relato de la sacerdotisa, le preguntó entónces porque no habia vuelto á Roma despues que hubo salido de la infancia.

«Por Jupiter! ¿y he podido acaso? ¿Soy por ventura dueña de mis acciones, de mis movimientos? Crees que á haber estado en mi mano hacerlo no hubiera roto hace tiempo las puertas de mi horrible prision? Conoce, Valerio, toda la estension de ese poder del cual te encargo que huyas. A una mirada, á un gesto de ese hombre estraordinario, pasa en mí algo de indefinible que me trastorna y me

arrastra; noto que mis miembros se contraen; cubre un velo mis ojos; siéntome desfallecer; parece como que se desgarra todo mi ser de una manera penosa, y como que me arrancan la vida. Impotente entónces y privada de la voluntad, ceso de ser árbitra de mis palabras y de mis movimientos.

«Me ha iniciado en los misterios de Isis, y bajo su oculta influencia doy oráculos sentada en la sagrada trípode. Descúbrense á mi espíritu horizontes sin fin; bórranse el espacio y el tiempo, y veo los objetos mas lejanos y puedo contestar á todas las preguntas.

«Entónces siento herizárseme los cabellos en la cabeza, y recorrer todo mi cuerpo un temblor glacial, hasta que volviendo en mí creo dispertar de una pesadilla, y no conservo mas que un vago recuerdo de lo que ha pasado. Otras veces quiero obrar, pensar y hablar por mí mismo, y siento que otro se ha apoderado de mi ser; y ese otro quiere con mi voluntad, piensa con mi pensamiento, sus deseos, y no los mios hacen latir mi corazon, y sufro de un sufrimiento que me es estraño.

«Yo no puedo esplicar esos horribles misterios, pero se que Sempronio es el autor de mi mal: le detesto; le temo como á un tirano, y sin embargo no puedo desobedecerle. Si quiero escaparme, siento que hay á su rededor una valla que no puedo trasponer. Veo siempre á ese hombre mirándome cara á cara y dirigiendo su mano contra mi pecho: salen de sus ojos y sus manos rayos de una llama azulada que me penetran y embotan todo mi ser. A menudo, por me-

dio de horribles prácticas, me pone en comunicacion con los manes de aquellos á quienes hemos conocido cuando vivos, y entónces hiela mis miembros el aliento frio del sepulcro, y veo formas de una realidad espantosa: me cercan y persiguen los vampiros de mirar siniestro; los manes me asedian sonriendo con gestos repugnantes, y los sueños producidos por el delirio parece como que toman cuerpo para perseguirme (1).

«Tal es el horrible estado de que quiero salir con tu ausilio Valerio: ahora comprenderás que te repita aun: Huyamos!»

En aquel instante la sacerdotisa tembló y cayó postrada sobre sí misma cual si hubiese esperimentado una sacudida violenta.

«Que viene! que viene! huye! dijo en voz baja en el momento en que Sempronio, saliendo por una de las puertas secretas de la pared se dejaba ver con la cabeza erguida, contraidas las facciones y pálido el semblante.»

Tertullia, de rodillas, tendria las manos en actitud suplicante; mas á un gesto imperioso del flámen desapareció temblando por la puerta que habia quedado abierta.

«¿Qué haces aqui? dijo Sempronio al tribuno frunciendo las cejas.

---

(1) Recuérdese lo que dice el autor en la advertencia que precede á esta historia acerca el magnetismo, al cual como adivinará el lector, debe atribuirse el estado de fascinacion que descubre Tertullia.—*N. de los E.*

—No soy, respondió Valerio, ninguna mujer á quien pueda intimidar tu mirada.»

Y empuñando la espada con una mano y señalando con la piedra que cubria el abismo:

«Crees sin duda, añadió, que iré allí á aumentar el número de tus víctimas; mas yo sabré ganarte por mano.»

Y se adelantó hácia el flámen apretando el puño de su acero.

Sempronio no dió ni un paso atrás: cruzóse de brazos y miró fijamente á Valerio. Este se detuvo apesar de haber hecho un esfuerzo para avanzar. Apoderóse de todo su cuerpo un temblor involuntario, y dejó caer la espada en el suelo.

Asomó una sonrisa de desden en los labios del flámen, el cual le dijo:

«Deja esa arma inútil que se romperia entre tus manos como el juguete de un niño: siéntate y no temas: necesito hablarte.»

Dominado por el ascendiente de Sempronio el tribuno obedeció. Al cabo de algunos instantes, cuando hubo pasado su agitacion el flámen que habia tomado un aire risueño y dado una espresion benévola á su semblante, dijo á su compañero.

«Tú no puedes figurarte, mi querido Valerio, el pesar que me causa ver el desvío y la desconfianza que manifiestas respecto de mí. ¿No recibiste pruebas sobradas del afecto verdaderamente paternal que te tengo? Tu inteligencia cuyo alcance es superior á la del vulgo; tu saber, la ardiente curiosidad de tu espíritu me habian hecho esperar que sabrias eman-

ciparte de las pueriles preocupaciones ante las cuales se inclina la muchedumbre servil; pensé poder iniciarte en mis secretos, depositar en tí mis mas elevados pensamientos, hacer de tí el socio y mas tarde hasta el heredero de mi gran poder y de mi sabiduría.

—Es decir que abusando de una fuerza infernal pensabas hacerme cómplice de tus crímenes? respondió Valerio con altivez. Puedes, lo veo, Sempronio, hacerte dueño de mi cuerpo por medio de operaciones mágicas; pero no esperes encadenar mi voluntad.

—Yo no he deseado mas que tu felicidad y tu gloria: ¿á qué huir de mí? Quiero abrir tus ojos á la luz y tú te sumerges de nuevo en las tinieblas; pretendo enseñarte la sabiduría, y tú vuelves á la ignorancia: aprende pues, ó niño, á conocer quienes son tus verdaderos amigos. En el momento mismo en que te asociabas á los proyectos insensatos de una mujer cuya razon está perturbada, ó en que meditabas interiormente contra mí una delacion tan cobarde, como inútil, yo me ocupaba tan sólo en tu porvenir.

—¿Qué quieres decir, Sempronio?

—Que los cristianos son magos tan hábiles y mas peligrosos que yo; que una vez envuelto en sus redes no podrás escaparles, y que á causa de tu posicion elevada, de tu nombre ilustre tienen puestos en tí los ojos, cual sobre una rica presa, y están dispuestos á intentarlo todo para alistarte entre ellos. Háblame con sinceridad: ¿no te has sentido ya ava-

sallado por su elocuencia engañosa y seducido por su falsa apariencia de virtud? ¿no has concebido en el secreto de tu pensamiento el designio de asociarte á ellos? ¿Qué triunfo no seria para esa secta impía, y qué deshonra y vergüenza para el ejército, para los patricios y para todo verdadero romano adicto al emperador y á las leyes del país el que abrazases sus errores?

—Hubo un tiempo, Sempronio, ya te lo dije, en que sus virtudes, su valor, su humildad me causaron profundo asombro mezclado de admiracion; pero ¿no se puede esperimentar este sentimiento sin profesar su doctrina?

—Te creo suficientemente desprendido de toda supersticion, querido Valerio, para no dar alguna importancia á una religion con preferencia á otra: pero una flaqueza que te ocultas á tí mismo acabaria por hacerte transigir con tu deber, desobedecer al emperador, desconocer las obligaciones de tu destino y renegar de las sagradas tradiciones de tus nobles abuelos! Sí, Valerio, lo harias para satisfacer la indigna pasion que te inspira esa astuta y pérfida cristiana, y veríase á un tribuno humillar las águilas de la legion romana ante el innoble instrumento de suplicio de un reo, y deshonrar un nombre que ilustran tan gloriosos recuerdos para satisfacer un capricho pasajero.

—Estoy muy distante, Sempronio, de abrigar los proyectos que pareces atribuirme: el divino Diocleciano no tiene, te lo juro, un servidor mas fiel que yo!

—Por Hércules! dijo el flámen con calor levantándose de su asiento, ¿porqué pues, encargado por Pascasio de llevar los cristianos á su tribunal no has encontrado aun ni uno solo? ¿No les conoces acaso? ¿No sabes el sitio donde se reunen, y no asistes tú mismo clandestinamente á sus sacrificios?»

Y como Valerio no contestase, el flámen, paseándose en la mayor agitacion y fijando en su semblante su mirada severa:

«Tu silencio, añadió, es una confesion, y yo podria declararte traidor al emperador y á la patria... Tú no ignoras sin embargo que los heraldos han paseado la ciudad proclamando el edicto imperial, y que los que encubren á los cristianos serán quemados vivos. Si no vas á encontrar el gobernador para entregárselos te aguarda á la par que la ignominia una muerte horrible: piensa bien en ello.

—La muerte! esclamó Valerio poniéndose á su vez en pié, la he visto con harta frecuencia cara á cara en los campos de batalla para que hoy la tema. Te engañas, noble flámen, si crees intimidarme: desde el dia fatal en que te conocí, he llamado muchas veces esa muerte con que me amenazas, y créelo, nada haré para evitarla.

—Estos votos podrán quedar fácilmente satisfechos, dijo Sempronio acercándose al tribuno. Ves, añadió levantando la piedra y señalando con el dedo la sima de que hemos hablado antes, no tendria que hacer mas que un gesto para enviarte á reunirte con tu amigo Calicles!

—Calicles ! dices.

—Sí, Calicles. Tambien él se habia dado á mí, y despues se hizo cristiano. Ya te lo he dicho : hay guerra á muerte entre ellos y yo ; pero tú , Valerio, tú me perteneces ; tú eres el hijo de mi cariño, y no podrás huir de mis beneficios : serás rico, poderoso y felíz á pesar tuyo. Escúchame : tú gozas del favor de Pascasio : vá á espirar pronto el tiempo de su magistratura suprema en Sicilia : es el favorito de Maximiano Augusto y podrás , si él quiere , sucederle. Para esto no tienes mas que dar un paso, y por cierto muy fácil : ve á encontrarle y denúnciale los cristianos.

—Vil asesino : tus consejos me dan horror , retírate !

—¿Con qué prefieres ser quemado vivo ? Anda pues ! Así se logrará el objeto que se proponia tu desposada Lucia.

—No hables de Lucia ; no profanes su nombre; no eres digno de pronunciarlo !

—Pobre Valerio ! hé aquí hasta donde puede estraviar á un hombre la pasion ! ¿No ves que eres el juguete de su orgullo ? Despues de haberte visto humillarte hasta ella , la hija de un griego, la vil cristiana , quiere gozar hasta al fin de tu pasion insensata, para no ver en tu muerte mas que un triunfo de la vanidad !

—Tú blasfemas, Sempronio ! si fuesen verdad tus palabras...

— ¿Querrias vengarte, no es cierto ? nada mas natural, nada mas fácil, querido Valerio. Te lo repito,

ve á denunciar á los cristianos: presa con ellos, encerrada en una cárcel la verás á su vez arrojarse suplicante á tus rodillas... Y tú serás entónces el árbitro de sus destinos!

—Tus consejos, Sempronio, están llenos de perfidia! ¿No tendria que avergonzarme ante mí mismo, si consintiese en hacer lo que exiges de mí? ¿No es una cobardía abusar así de mi autoridad?

—Haz lo que te dicte tu prudencia: en todo caso, de no cumplir tu mision, ya sabes la suerte que te aguarda!

—Tus amenazas, te lo repito, no me espantan: no hacen mas que estimular en mí el deseo de arrostrarlas. Por otra parte ¿quién puede saber si he asistido al sacrificio de los cristianos?»

Apenas acababa Valerio esta frase cuando el flámen dió una palmada, y abriéndose de repente una puerta, dió paso á Próculo.

«Miserable! me has vendido! dijo Valerio empuñando de nuevo la espada.

Pero Próculo contestó:

«Yo te he servido siempre, señor, con toda mi alma. Hace tiempo que queria vengarme de Polion, de este insolente esclavo que me habia arrebatado tu confianza. Seguíle una noche, y he visto que reuniéndose con otros hombres penetraban juntos en las canteras; ví la asamblea de los cristianos, y estrañé no poco encontrarte en ella. Creí que habias sido mas diestro que yo, y sabiendo que el gobernador te habia dado el encargo de prender á los cristianos, no he querido dar parte de mi descubrimiento á Pascasio...

—Y en la actualidad, le interrumpió el flámen, estás dispuesto á afirmar delante de él con juramento lo que acabas de decir.

—Sí, por la laguna Estigia! lo juro, dijo Próculo.

—Dioses vengadores!» esclamó Valerio con abatimiento.

VIII

LAS TESMOFORIAS Y EL PROCÓNSUL.

Como la vida de los individuos en la creacion, así la de un pueblo está sujeta á ciertas leyes divinas, generales y absolutas. El pueblo, lo mismo que el hombre debe necesariamente pasar por varias vicisitudes antes de llegar á su anonadamiento, término fatal á donde van á parar los hombres y las cosas. Esas vicisitudes son para todos, el crecimiento, el apogeo y la decadencia.

Largas y brillantes habian sido las dos primeras épocas para el pueblo romano que desde su orígen habia sacado de los opuestos elementos y de las razas distintas que lo habian constituído, el gérmen de una vitalidad robustísima. Habian crecido rápidamente su poder y su fuerza, que dominaron el mundo en el momento de su apogeo; mas hacia tiempo que habia comenzado para él el trabajo de la desorganizacion. Multiplicadas causas de decadencia, obrando lentamente á manera de infiltraciones subterráneas, habian minado gradualmente los cimientos del colosal edificio, y el imperio romano, como un gigante que

los años han debilitado, cedia al peso de su colosal estatura.

El lenguaje empezaba á corromperse bajo la influencia del elemento bárbaro, y los ociosos romanos, abandonados los bellos modelos que la antigüedad les legara, no leían mas que las sátiras licenciosas de algunos poetas medianos. Los artistas del siglo IV, olvidando la armoniosa sencillez de las líneas, no pensaban mas que en recargar los edificios de adornos complicados y substituir lo rico á lo bello. La religion del juramento habia dejado de ser respetada, y tan solo de tarde en tarde se encontraba el noble carácter de ciudadano romano entre los degenerados descendientes de la antigua república, como solo de vez en cuando aparecen algunas brasas bajo la mal apagada ceniza. Los romanos en fin, faltos de una sola creencia, las admitian todas.

Y en efecto, Roma en el curso de sus conquistas habia encontrado en su camino multitud de deidades estranjeras. Como su culto era esencialmente político y su teología civil, y por decirlo así gubernamental, á fin de atraerse los pueblos vencidos habia abierto el capitolio á los dioses que adoraban, y al lado de los representantes de las religiones etrusca, sabina, osca ó pelásgica (1) habia admitido los ídolos de la Grecia y del Oriente; pero al propio tiempo rompia sin piedad en sus pedestales á los dioses

(1) Nombres de las antiguas razas pobladoras de la Italia. *N. del T.*

cuya nacionalidad demasiado tenaz se resistia á la espatriacion.

Por una singular aberracion, el Oriente confundiendo los efectos con la causa, habia abandonado á Dios para divinizar la naturaleza, y sus misterios sagrados no encerraban mas que un inmenso panteísmo.

Bajo la influencia enervadora de un clima suave y de un cielo siempre risueño, la Grecia habia materializado todavía mas la idea de la Divinidad y colocado al hombre mismo en los altares atribuyendo á los habitantes del Olimpo sus vicios y las debilidades humanas.

Roma habia edificado indistintamente templos á Osiris y á Venus, resultando de ello una confusion estremada de cultos contradictorios, y por último la incredulidad. Hacia tiempo que un escritor famoso (1) se habia atrevido á decir «que los augures no podian mirarse unos á otros sin reirse.»

Mas el alma tiene necesidad de creencias, como el cuerpo de alimentos, y las clases ilustradas acogieron con afan la filosofía que les traía, buena ó mala, una religion. Esta filosofía, múltiple en sus formas, fué epicúrea, estóica, neoplatónica ó gnóstica. Las masas tuvieron una idea vaga de la Divinidad, y no habia hombre que en sus juramentos no tomase por testigo á ese Dios único. Creíase en su espiritualidad, en su omnipotencia, en la espiritualidad del al-

(1) Ciceron.

ma, y todo el mundo poseía algun fragmento, por decirlo así, de verdad, y habia entrevisto un pálido vislumbre de la luz eterna.

Arrastrados por la fascinacion de lo desconocido, los romanos se dieron ademas á las ciencias ocultas, y la mágia fué un verdadero poder bajo el imperio. Vióse á los mas graves pensadores y á los personajes mas eminentes dedicarse con afan á su estudio. El célebre emperador Adriano evocaba los espíritus malignos; los santos Luciano y Marciano fueron magos convertidos.

Hacia empero tiempo que el cristianismo que habia empezado su obra de regeneracion, se propagaba lentamente en medio de ese choque de opiniones diversas. Diezmado por las persecuciones levantábase de nuevo mas robusto: la sangre de los mártires era fecunda, y el mundo cristiano, todavía oculto en las catacumbas, crecia bajo tierra como el nuevo gérmen que va á reemplazar al tronco secular y carcomido. Los hombres de talento podian preveer ya el completo derrumbamiento de todo el sistema antiguo; y hé ahí la causa y el secreto de esa guerra de esterminio declarada á los cristianos.

Sempronio conocia demasiado la verdad para no temerla y combatirla. Valerio, personificacion del espíritu de su época, se hallaba combatido por mil ideas contrarias, sin saber en qué creencia fijarse. Fascinado por el poder del flámen, vacilaba todavía, y fatigado de una lucha en la cual era siempre vencido, habia resuelto por fin denunciar á los cristianos. Despues de haber tomado esta resolucion salió

acompañado de Sempronio, que le hizo subir por una escalera tortuosa abierta en el espesor de la pared.

Despues de haber recorrido algunos pasillos oscuros, Valerio descubrió en medio de una luz dudosa y como al traves de un velo de gasa un anciano sentado en un trono de oro. Llevaba la cabeza afeitada, de suerte que no le quedaba mas que una corona de cabellos blancos, ceñidos con una diadema. Muchos hombres vestidos de blanco llevando los unos lámparas, otros copas estaban formados detrás de él con algunas mujeres que llevaban al brazo *cistos*, especie de cestas de mimbre cubiertas y rodeadas de tiras de púrpura. Veíanse inclinados ante el anciano algunos individuos de uno y otro sexo, revestidos de sus mas ricas túnicas y coronados de mirto.

Sempronio detuvo al tribuno, y poniéndole la mano en la espalda:

«Están celebrando, le dijo, las tesmoforias, instituídas en Grecia en honor de Ceres, diosa de las cosechas: su culto se ha confundido despues con el de Isis y Cibéles, divinidades egipcias, y hoy se vá á descubrir los misterios sagrados á los *mystos* ó candidatos, que ves inclinados ante ese sacerdote coronado. Ese es el *hierofanto* ó gran iniciador, y representa el Demiurgos ó criador del universo; los demas son el *daduque*, los *lampadofores* y el asistente del altar. Las mujeres que llevan los *cistos* son las *caneforas*, que en las procesiones siguen al *calathus*, cuya significacion te esplicaré mas adelante. Hé allí al *hierocerso* con el *petaso* alado en la cabeza y el ca-

duceo en la mano; representa á Mercurio y hace las funciones de heraldo. ¿Ves como se adelanta hácia la asamblea gritando: « Fuera los profanos y los impuros?»

En este momento y á una señal del Demiurgos acercóse á él un *mysto*, arrodillándose en las gradas del trono: « Qué has hecho? » le preguntó aquel. « Héme purificado en el mar, » respondió el segundo.— ¿Qué has hecho mas?—*He ayunado, he bebido el cyceon, he recibido lo que han sacado del cisto, lo he depositado en el calathus, y lo he devuelto otra vez al cisto.*—Y ahora ¿qué deseas?—La *autopsia* (contemplacion de la Divinidad).

Cada uno de los candidatos fué interrogado á su vez y contestó en los mismos términos. Cuando estuvo todo concluído, *el hierocerys* levantó su caduceo gritando «Isis! Isis! Isis!» y las caneforas cantaron en coro:

«Salud! salud! salud! ó diosa! Haz que reine la «abundancia y la concordia! que llegue todo á sazon «en los campos! engorda nuestros rebaños! ferlitiza «nuestros prados! que florezca la paz y que la ma-«no que siembra pueda recoger (1)! Ven con tu « *calathus!*»

De repente el suelo tembló, se desplomaron las paredes de la sala, y desaparecieron el hierofanto, los sacerdotes y las caneforas: cubrióse todo de espesas tinieblas y los candidatos, únicos que se habian que-

(1) Himno de Calimaco á Céres.

dado, se abrazaron unos ó otros temblando. Sopló un viento furioso con lúgubre silbido; algunos relámpagos atravesando rápidamente el aire hacian aparecer formas repugnantes y desconocidas; veían abrirse á sus piés profundas simas de donde salian llamas azuladas, y de vez en cuando oíase mugir una voz cavernosa, que decia: «Maldicion á los profanos! muerte á los sacrílegos!»

Deslizábanse por la sombra animales fantásticos, muchos de los cuales tropezaban contra las bóvedas dando ahullidos salvages, y al incierto resplandor de algun fugaz relámpago se podia entrever su espalda escamosa ó su pelo herizado, y sus siniestras miradas brillando en la oscuridad.

El tribuno dió algunos pasos hácia atrás, pero Sempronio le detuvo por el brazo, diciéndole:

«No temas esa vana fantasmagoría: si te descubriese los resortes que se ponen en movimiento para intimidar á esa estúpida plebe, serias el primero en reirte de ello. Conviene sin embargo obrar sobre la imaginacion de los débiles á fin de que vean la verdad rodeada de mayor prestigio: ese ridículo espectáculo encierra por otra parte una enseñanza elevada: es preciso que el hombre sea fuerte contra el peligro, y que se acostumbre á contemplar la luz sin dejarse deslumbrar.

Ahora va á descorrerse ante tí parte del velo; los misterios de Isis no son mas que un escalon para elevarse el hombre á las regiones de la ciencia absoluta, en la cual deseo iniciarte.

Bajo la forma de alegorías místicas los hierofantes

enseñan á los adeptos algunos de los secretos de la naturaleza, y establecen parte de las relaciones que unen el hombre á la divinidad. Mas para mí, como para los verdaderos sabios la naturaleza no tiene misterios ni secretos, sino leyes y fenómenos. El vulgo ignora esas leyes y se asusta á la vista de los fenómenos que no le es dado esplicar. Únicamente el sabio puede saber que los hechos que parecen maravillosos al ignorante, son la consecuencia rigurosa de las leyes, cuyo secreto oculta aun á este la naturaleza. No hay ni escepcion ni derogacion á los principios eternos que de la divinidad emanan, y un exámen atento nos hace ver que el hecho nace del principio, como se desprende la conclusion de las premisas.»

Mientras que Sempronio estaba hablando, Valerio vió un resplandor lejano bajar de la bóveda, crecer, adelantarse, aumentar en brillo iluminando la sala, que se encontró de repente transformada en un templo adornado de ricas colunas corintias con capiteles dorados. Al estremo del templo, en el santuario, dibujóse sobre un fondo luminoso una forma vaga y temblorosa, la cual se adelantó, apareciendo de cada vez mas grande, y dibujándose con mas limpieza sus contornos. Valerio pudo reconocer entónces una figura colosal de la diosa Isis.

Llevaba en la cabeza el *calathus* sagrado; dos serpientes enlazaban retozando sus anillos á las trenzas de su cabellera; tenia el semblante cubierto con un velo, mas en el tejido que la ocultaba se leían en caractéres egípcios estas palabras:

YO SOY TODO LO QUE HA SIDO Y SERÁ, Y NINGUN MORTAL HA LEVANTADO MI VELO.

Tenia dos grandes alas negras en sus espaldas, y en una mano llevaba una cortante espada y una varilla mágica en la otra.

Un coro de mujeres cantaba á lo léjos:

«Salud, reina! Gran diosa Isis, protéjenos! tú eres única! tú eres madre de todas las cosas!»

En este momento pareció que se animaba el semblante de la estátua, y que movia los ojos.

Los asistentes se postraron.

«Esa estátua, dijo Sempronio al tribuno, que por medio de un ingenioso artificio parece estar dotada de vida y de movimiento, representa á Isis, personificacion entre los egipcios de las fuerzas activas de la naturaleza. El *calathus* que lleva en la cabeza encierra semillas de plantas, trigo, lentejas, habas, avena, frutos, miel, aceite, vino, leche, lana de oveja, en una palabra todos los símbolos de la fertilidad de la tierra; y las caneforas llevan en sus *cistos* tortas de harina y lana tejida para representar los productos de la naturaleza transformada por el trabajo del hombre, gracias á la inteligencia de que le ha dotado la divinidad. Está velada como la luna cuya influencia se deja sentir en las estaciones: su espada indica que preside así á la muerte como á la vida de los hombres; y sus alas y su varilla que es, bajo el nombre de Hecates, la diosa de los encantos y que enciera los ocultos poderes del mundo. Mas ella vá á hablar: escucha sus palabras.»

Y en efecto la estátua pareció agitarse en su pe-

destal, y una voz lejana pronunció estas palabras:

«Yo soy la única diosa; yo soy la naturaleza ma-
« dre de todas las cosas, la señora de los elementos,
« el principio de los siglos, la soberana de los dioses
« y de las diosas y la reina de los manes: yo soy la
« que gobierna la sublimidad de los cielos, el viento
« saludable de los mares, el lúgubre silencio de los
« infiernos! Mi divinidad es honrada en todo el uni-
« verso, bajo diferentes formas, distintos nombres y
« con diversas ceremonias, mas yo soy sola (1).»

Como á estas palabras guardaban los asistentes un religioso silencio, Sempronio dijo á su compañero:

«No se limitan á esto los misterios. Los *mystos* deben contemplar á la misma divinidad y esto es lo que se llama la *autopsia*.

—¿Y va la diosa á encarnarse realmente á sus ojos?

—No. Ya te lo dije, únicamente los sabios pueden por medio de la mágia ver la divinidad cara á cara: esto no es mas que una representacion grosera para impresionar los torpes sentidos del vulgo. Un gesto mio puede destruir la ilusion: á tanto llega el poder del hombre que posee la ciencia!

—Mas como se puede hacer hablar la estátua?

—Vas á verlo,» dijo Sempronio.

Y luego añadió con una sonrisa de desden:

---

(1) Apuleyo.

«En mi poderosa mano está el hacer y deshacer los dioses.»

Al decir esto estendió el brazo en la direccion de la estátua mirándola fijamente, y al cabo de algunos instantes pareció esta agitada de un fuerte temblor, y cayó al suelo, hízose trozos, y vióse salir una mujer de entre sus restos.

Valerio reconoció á Tertullia.

«La estátua está hueca, dijo Sempronio, y esa mujer no hace mas que repetir lo que se le ha enseñado: ahora vas á verla caer sin movimiento y sin vida.»

Tertullia, que se adelantaba en la mayor agitacion, con los ojos fijos y los brazos abiertos, retrocedió de repente y cayó de espaldas, cual herida de un rayo. Los mystos prorumpieron en gritos de terror, mientras que Sempronio arrastraba rápidamente al tribuno por ocultos y desconocidos senderos fuera del templo.

«Ya lo ves, le dijo: para mí no existen el tiempo y el espacio: cuando quiero veo é hiero de léjos; tú no puedes ocultarme tus pensamientos ni tus acciones. Ve á encontrar á Pascasio, y no olvides que mi mirada te sigue á todas partes.»

Subyugado, fascinado enteramente, privado de voluntad, de todo pensamiento propio, Valerio se fué dando traspiés como un hombre ébrio. Reconoció la verdad de las palabras de la sacerdotisa; sentíase incapaz de dirigir sus movimientos, y andaba cual si obedeciese á un impulso exterior. Volvió á su casa, pidió su litera y dijo á los esclavos que la llevaban:

«A los Epipolos!»

Era allí en efecto, en el monte en que se elevaba la ciudadela y pegado á sus muros, donde estaba edificado el palacio de Pascasio, desde el cual dominaba este la ciudad sometida á su autoridad suprema.

Pascasio, al cual hemos dado hasta ahora el nombre genérico de gobernador, era procónsul de la provincia de Sicilia.

En tiempo de la república se habian creado cuatro *pretores*; dos de ellos administraban la justicia en Roma, y los otros dos eran enviados á Cerdeña y Sicilia, que habian sido arrebatadas á los cartagineses y convertidas en provincias romanas; mas fuése aumentando su número á medida que la victoria ensanchaba los límites del territorio. Mas adelante fueron creados los *procónsules*, magistrados civiles, pero revestidos del poder militar en virtud de una ley especial, para administrar los paises que no estaban aun completamente sometidos.

Augusto dividió el imperio en dos grandes porciones; á saber en provincias del César y en provincias del pueblo. Reservóse en la primera todos los países turbulentos é incompletamente domados, que exigian la presencia de fuerzas militares. Esta combinacion aseguró á los emperadores su omnipotencia, por cuanto ponia en sus manos el ejército, del cual disponian á su voluntad.

Las provincias del César comprendian las Galias, la Germania, la España, la Fenicia y el Egipto. Los emperadores las hacian administrar por magistrados

investidos del doble poder civil y militar. Esos magistrados, elegidos entre los senadores, fueron, segun los países y los tiempos, *legados*, *propretores*, *prefectos y procuradores* (1).

La otra porcion reservada al pueblo, abrazaba parte de Africa y Asia, la Grecia, Cerdeña, Creta y Sicilia. Los gobernadores de estas provincias fueron procónsules que no gozaban mas que del poder civil, si bien en casos de insurreccion añadian á él la autoridad militar (2).

La Sicilia, una de las primeras conquistas de Roma, habia sido administrada durante mucho tiempo como el resto de Italia, y gozaba de todas sus prerogativas; mas despues de los diferentes levantamientos de los esclavos y de los desórdenes que habian tenido en ella lugar, habíase creído deber apoyar la autoridad civil en la fuerza militar, y por esto habia constantemente una legion en Siracusa.

Esta desgraciada provincia, célebre por su fertilidad, su clima benigno, la belleza grandiosa de su paisage, habia tenido que sufrir todos los escesos del pillaje y de la tiranía establecidas permanentemente en ella por la metrópoli. Despues de las célebres depredaciones de Verres (3), sus gobernado-

---

(1) Dezobry, *Roma en tiempo de Augusto.*

(2) Tácito.

(3) C. Liciano Verres, nacido por los años 119 ántes de J. C., el cual se hizo famoso por sus robos y saqueos en Sicilia, que gobernó tres años como pretor, y á la cual despojó de

res habíanse constantemente enriquecido con el fruto de sus rapiñas.

« Enviamos á las provincias, habia dicho Ciceron, « hombres capaces de rechazar al enemigo, pero cu- « ya entrada en las ciudades aliadas se diferencia « muy poco de la de los contrarios en una ciudad to- « mada por asalto.

« Las provincias gimen, los reinos todos levantan « la voz contra nuestra codicia y nuestras violacio- « nes; no hay hasta el océano lugar alguno, por « apartado que esté, donde no haya penetrado la ini- « quidad y la tiranía de nuestros conciudadanos. « El pueblo romano no puede soportar por mas « tiempo, no las revueltas y la guerra, sino los ge- « midos, las quejas y las lágrimas de todos los pue- « blos. »

Si bien estas enérgicas palabras no podian aplicarse á los tiempos del imperio, es lo cierto que los gobernadores estaban revestidos todavía de la mayor autoridad. El procónsul llegaba á su provincia seguido de su cohorte, cual de una bandada de buitres. La cohorte se componia del cuestor, encargado de recaudar las contribuciones, de los legados ó lugartenientes del procónsul, de los prefectos, de los

---

sus riquezas y de una grandísima parte de sus objetos preciosos en estátuas, cuadros, vasos, etc.—Denunciados sus escandalosos latrocinios por Ciceron en sus famosas Verrines, se alejó de Roma sin aguardar el resultado de su proceso, habiendo sido condenado á restituir muchos millones.—*N. del T.*

contubernales (1), y ademas de un ejército de amanuenses, lictores, heraldos y esclavos. La autoridad del procónsul era la de un rey, promulgando edictos é imponiendo contribuciones arbitrarias.

Al principio la magistratura de los gobernadores era anual; pero los emperadores, no sabiendo ya como poner coto á sus exacciones, habian alargado la duracion de su poder, con la esperanza de que una vez saciada su rapacidad darian algun respiro á sus administrados.

Tiberio habia dicho riéndose á un procónsul: « Conviene esquilar las ovejas, mas no desollarlas. »

Despues de la promulgacion del edicto contra los cristianos, el emperador Maximiano Hércules, cólega de Diocleciano (2) y el mas feroz perseguidor

---

(1) Dábase este nombre á causa de las íntimas relaciones que con los procónsules tenian, á los jóvenes patricios á quienes enviaban sus padres al lado de aquellos para que aprendiesen bajo sus órdenes el arte de la guerra ó el manejo de los negocios públicos.—*N. del T.*

(2) Cayo Valerio Jovio Aurelio Diocleciano se habia hecho proclamar emperador en 284.—Dos años despues se asoció al imperio Maximiano, á quien confió el gobierno de Occidente, reservándose para sí el Oriente. Ademas de este su cólega, á quien dió el nombre de *Augusto*, Diocleciano se asoció otros dos compañeros, con el título de *Césares*, que fueron Constancio Cloro y Galerio. En el 303, y á instigacion, segun se cree de este último, empezó una persecucion contra los cristianos que duró diez años. Fué la décima que sufrió la Iglesia, y tan considerable el número de los que entónces sucumbieron, que se dió á aquella época la denominacion de *éra de los mártires*.—*N. del T.*

de aquellos, habia enviado á Siracusa un pretor á fin de ayudar á Pascasio en sus funciones y activar sus pesquisas.

Al entrar Valerio en el palacio del gobernador encontró una decuria de soldados formados en el *área*, y doce lictores coronados de laurel en el atrio, los cuales con el *sagum* abrochado sobre el pecho y llevando las hachas envueltas en haces de varillas, estaban preparados como para una expedicion importante. Inclinaron respetuosamente sus haces al pasar Valerio, á quien precedió un heraldo en la sala donde reuniera Pascasio á los miembros de su consejo.

Sentado este en un trono elevado incrustado de marfil, llevaba, contra su costumbre, la espada y el *paludamentum* (1) adornado de púrpura sujeto al hombro con un broche de oro. Además de estos atributos de guerra, tenia un cetro de marfil en la mano, y veíanse alineados á su rededor el pretor llegado de Roma, los legados, los prefectos y los contubernales.

Al entrar Valerio levantáronse todos, escepto Pascasio, que le dijo con tono severo:

« Has burlado mi confianza, y tu incuria me ha espuesto á las justas quejas del emperador Maximiano. Revestido por él del poder supremo, abrumado con el cuidado de los negocios públicos, creí poder confiarte parte de mi autoridad, darte el encargo de buscar á los culpables para presentarlos á mi tribu-

(1) Lo mismo que palio ó clámide. *V. la nota de la pag.* 33.

nal, de descubrir á los cristianos, esos eternos enemigos del imperio, para que cayese sobre ellos mi justicia. ¿Qué has hecho empero para justificar mi eleccion? Hace dos meses que tus pesquisas son infructuosas, y nuestros enemigos, á cubierto de nuestros golpes, se rien de nuestra impotencia, violando impunemente las sagradas leyes del imperio.»

Y como Valerio permaneciese en pié con los brazos cruzados y sin contestar á esta interpelacion, el pretor dijo á su vez:

«Puedo confirmar las palabras del ilustre procónsul: he visto al augusto Maximiano temblando de cólera en su trono sagrado, esclamando: «Así se «desprecian mis órdenes! Si Pascasio no descubre «el sitio donde se ocultan los cristianos, sea degra- «dado y conducido preso á Roma entre cuatro lic- «tores.»

El procónsul le interrumpió frunciendo las cejas y dirigiéndose á Valerio:

«Comprendo, dijo, la justa indignacion del emperador, mas ella caerá sobre tu cabeza!

—Respeto á nuestros emperadores tanto como tú mismo, noble procónsul, respondió por fin Valerio; mas cúlpese á la fortuna si mis investigaciones no han producido hasta hoy ningun resultado.

—Mientes, tribuno! esclamó Pascasio. Y sino, ¿qué significan esos vagos rumores, que llenando la ciudad, han llegado hasta mi trono? ¿No es voz comun que, enamorado de una jóven de esa secta, la favoreces en secreto; que asistes á sus reuniones clandestinas y hasta que osas formar el proyecto de

aliarte con ellos contra nosotros? Sabe pues que desobedeciendo á mis órdenes has ultrajado la santidad de nuestras leyes, la majestad del senado romano y la divinidad de nuestros augustos emperadores.

—Calumnias de cobardes delatores, dijo Valerio vacilando y turbado. No negaré que la casualidad me llevó una noche entre los cristianos...

—¿Dónde? ¿Dónde están pues? En nombre de Hércules! esclamó Pascasio..... Por el Erebo! te mando que hables! »

Despues de algunos momentos de vacilacion y al ver clavadas en él todas las miradas, Valerio, haciendo un esfuerzo, esclamó:

« En las canteras. »

Y se dejó caer en un asiento cubriéndose el semblante con las manos.

« Vuelve á Roma, dijo Pascasio al pretor, levantándose de repente y con aire provocador y triunfante: es ya inútil tu presencia. Podrás decir al emperador que sus órdenes serán fielmente cumplidas. »

A estas palabras mandó llamar á uno de los licto-res que aguardaban, como queda dicho, en el atrio, y le dijo:

«Corre á la ciudadela y ordena que esté dispuesto á partir cuando yo lo mande un manípulo de tres centurias. Hé aquí mi anillo, que enseñarás, para que te obedezcan como á mí mismo!»

Acercándose en seguida á Valerio, que permanecia inmóvil y ocultando el semblante, le golpeó ligeramente en el hombro diciendo:

«Acuérdate que tienes una falta gravísima que reparar: solo tu celo y tu obediencia podrán merecerte mi perdon. La noche se acerca: toma el mando de los soldados y llévalos á las canteras: que á la hora nona de la noche queden cercadas, y que mañana por la mañana sean los culpables llevados á mi tribunal en el foro. Anda!»

Pronto se dejó oir en el *área* el paso de los soldados pesadamente armados, y Valerio salió en silencio. Despidió á sus esclavos, que le aguardaban en la puerta con su litera, púsose á la cabeza del destacamento que acababa de llegar, y siguió el camino abierto en los costados de la montaña para llegar á la ciudad, y desde allí marchar á las canteras, que estaban en el estremo opuesto. Habia á la sazon cerrado ya la noche y la oscuridad era profunda. Unicamente turbaba el silencio de las calles la cadencia monótona del acompasado andar de los soldados. Pronto llegaron á la ciudad.

Entregado Valerio á sus reflexiones habia aflojado insensiblemente el paso, dejando á Próculo, que mandaba una de las tres centurias que habian salido de la ciudadela, marchar solo á su cabeza.

«Dioses inmortales! esclamaba en su interior el tribuno, ¿permitiréis que se cumpla hasta el fin el oráculo? ¿Cuál es esa fuerza misteriosa y terrible que me empuja, mal mi grado, á cometer los mas horribles crímenes? ¿Será posible que yo mismo entregue Lucia á la muerte? Lucia, mi desposada, á la que amo mas que á mi vida! Mi deber, mi honor

me obligan á ello, pero ¿no es ella para mí mas que el deber, el honor y la existencia?

«Todavía es tiempo; puedo salvarla; sí; iré á encontrarla, mientras que mis soldados se adelantan; me echaré á sus piés, abrazaré sus rodillas. «Lucia, le diré, soy un infame; te he sido traidor, te he denunciado á los tiranos; mas puedo librarte aun de sus venganzas. Renuncia en fin á tu religion para seguirme. ¿No sacrificarás por mí á esa vana superstícion; por mí que no tengo mas deseo que sacrificarlo todo en obsequio tuyo? Y ya que no quieras consentir en ello, huye al menos de tus perseguidores; huye conmigo que soy tu prometido esposo y tu amigo; ten piedad de tí; ten piedad de mí, no me obligues á ser tu verdugo.»

Mientras que forjaba en su mente estos proyectos habia dejado poco á poco que sus soldados se le adelantasen: el manípulo habia llegado á la esquina de una calle oscura, y apenas el último de los *triarios*, ó soldados de la tercera fila, hubo desaparecido en la oscuridad, cuando el tribuno volvió atrás para ir corriendo á casa de Lucio, á donde llegó en muy poco tiempo. Iba á poner ya la mano en la puerta de bronce, cuando le pareció que un hombre vestido de blanco salia de la pared de enfrente de la casa, acercándose lentamente hácia él. Al principio Valerio no pudo reconocerle á causa de la oscuridad, mas su oido pudo percibir muy pronto la voz burlona del flámen Sempronio.

«Cuidado, querido Valerio; mira que tus soldados van á perderse no teniendo quien les mande. ¿No

tienes que conducirles á las canteras, que tan perfectamente conoces?

—Por Júpiter! ¿cuándo cesarás de perseguirme? ¿no soy por fin libre?

—No, no lo eres, repuso Sempronio; me perteneces. Ya ves que sé velar en la ejecucion de mis órdenes: ve á reunirte con tu manípulo.»

Y luego añadió:

«Es ya tarde! Lucia está en la asamblea de los cristianos.

—O fatalidad! esclamó el tribuno; y alejóse en seguida como impelido por una fuerza irresistible. No tardó en hallarse al lado de sus soldados, á quienes siguió maquinalmente. Próculo no habia notado su ausencia, y continuaba guiándoles hácia las canteras.

Al llegar la compañía cerca de la abertura que ocultaba la roca, Próculo fué á recibir las órdenes del tribuno.

«Haz lo que quieras,» dijo con brusco acento Valerio.

Entónces el centurion distribuyó los soldados al rededor de las canteras, segun el órden de batalla seguido antiguamente por los romanos. Tomó dos centurias que formó en tres líneas: en la primera colocó los *hastati*, armados de dos venablos, de una espada de ancha hoja, que colgaba en el muslo derecho, de una cota de mallas de tejido espeso, y de un casco de cobre adornado con tres grandes plumas encarnadas: detrás de ellos puso los príncipes, soldados mas robustos y de mas edad, que llevaban un ve-

nablo corto, escudo ancho y una larga espada : formaron la última fila los *triarios*, veteranos bien probados, que llevaban dos espadas de desigual tamaño, y balas de plomo, de que podian servirse como de armas arrojadizas. Las dos centurias se estendian en triple fila al rededor de las rocas, á cuyo pié estaban abiertas las canteras. Por último la tercera centuria, cuyo mando tomó el mismo Próculo, fué formada en una sola fila que debia, dando vuelta á la roca, penetrar en las canteras.

Los cristianos tenian la costumbre de hacer vigilar las avenidas de los sitios donde celebraban sus asambleas por algunos de ellos que, disfrazados de mendigos, vagaban por las cercanías. Así cuando Próculo dió la voz, de: «Adelante!» los soldados encontraron detrás de las rocas un hombre de elevada estatura que, sacando de debajo de su túnica una espada corta y afilada, se adelantó hácia ellos gritando:

«Por Teutates! no entraréis!»

A este inesperado encuentro los soldados retrocedieron asustados, pero mientras que aquel hombre se adelantaba hácia ellos blandiendo su arma, oyó detrás de sí una voz que le decia:

«Hermano mio Ambenorix, acuérdate que el que mata á hierro, á hierro muere!»

A estas palabras Ambenorix dejó caer su espada, y cruzándose de brazos, permaneció firme como una roca cerrando el paso á los soldados.

«Adelante!» gritó de nuevo Próculo con imperiosa voz, y Ambenorix cayó de espaldas atravesado

por muchos venablos. Polion se arrodilló detras de él murmurando:

« Perdonadles, Señor!.... » mas no pudo acabar: Próculo le hundió la espada en el pecho y el esclavo cayó lentamente al lado del cadáver de su compañero.

Penetraron los soldados en las bóvedas, y pronto vióse salir á los cristianos de uno en uno, encadenados y conducidos entre dos filas de soldados.

Valerio se ocultaba detrás de ellos como para evitar que Lucia le viese; mas cuando salió por la abertura de las cuevas, los ojos de la vírgen en los cuales, se veía pintada una santa alegría, estaban fijos en el cielo.

IX

EL TRIBUNAL EN EL FORO.

Insiguiendo una antigua costumbre romana Pascasio mandó levantar su tribunal al aire libre en el foro (1). Componíase de un estrado muy alto, en el cual estaba sentado el gobernador con su cohorte, en una silla curul, rodeado de lictores, amanuenses y heraldos. Veíanse al pié del estrado sentados en bancos formando hemiciclo, cierto número de jueces elegidos entre los ciudadanos mas distinguidos de la ciudad; y por último fuera del tribunal habia á diestra é izquierda los bancos destinados para los acusados.

En época mas remota la justicia era administrada por el *cuestor*, que llenaba las funciones de presidente, elegido por el pueblo reunido en centurias; el *pretor urbano* fiscalizaba los actos del tribunal, y por último los jueces eran elegidos tambien por el pueblo de entre los ciudadanos. Mas bajo el imperio esas

(1) La plaza pública.

prerogativas habian sido devueltas al senado, y los mismos emperadores elegian de su seno á los magistrados que tenian á bien nombrar.

En las provincias, como queda dicho, la autoridad de los gobernadores, procónsules ó pretores era ilimitada; representaban al emperador y por lo tanto reunian en sí todos los cargos. Así Pascasio habia constituido su tribunal á su gusto, habiendo tenido buen cuidado de no admitir en él mas que allegados suyos.

Desembarazada la justicia de las numerosas formalidades que traía consigo la reunion de los *comicios* por centurias, era á la par que mas espedita, arbitraria.

Rodeaba al tribunal una larga fila de soldados. Detrás de la triple línea de los *hastati*, *príncipes* y *triarios* de que se formaba la legion romana, veíanse escalonados los *velites*, tropas lijeras y ausiliares, flanqueados por algunos arqueros cretenses.

La línea de conducta trazada á los gobernadores por el mismo Diocleciano era harto difícil de seguir. Se queria aterrorizar á los pueblos con escarmientos terribles y esterminar la secta de los cristianos, evitando sin embargo exasperar la opinion pública con actos evidentemente injustos: era necesario cubrir las crueldades con el manto de la mas estricta legalidad: el mismo Diocleciano habia dicho:

«Obligadles á sacrificar á los dioses, pero que sea en secreto, á fin de que no sufra menoscabo ante la

opinion nuestra reputacion de mansedumbre (1).»

Los cristianos sorprendidos en las canteras por los soldados eran en su mayor parte esclavos ó pertenecian á la mas ínfima clase de la sociedad. Pascasio mandó que fuesen presentados á su tribunal; mas á fin de conformarse á las prudentes recomendaciones de su señor, habia hecho llevar á sus casas á los que gozaban de la estimacion pública por sus riquezas, ó por su elevado rango. Contábanse entre estos últimos Lucia y su madre. Habian sido en su consecuencia llevadas á su casa, escoltadas por algunos soldados, pero no sin que hubiesen tenido que pasar por delante de los cadáveres de Ambenorix y de Polion.

Despues de haber pagado un tributo de lágrimas y de oraciones á esas nobles víctimas de su amor á sus hermanos de religion, Lucia se habia detenido á su lado, diciendo: «Generosos servidores, trazadnos el camino y abridnos las puertas del cielo! Por poco que podamos no dejarémos vuestros cuerpos espuestos á los ultrages de los paganos.»

Despues de lo cual habíanse retirado á su aposento entregándose al recogimiento y al silencio.

Hallábanse abismadas en la mas fervorosa oracion, cuando hácia la tercera hora del dia fueron visitadas por tres emisarios de Pascasio; á saber, su

---

(1) *Occultè tamen, ne mansuetudo nostra invidia laboret.*—Actas de santa Susana.

asesor, el primer magistrado municipal, gefe de los decuriones y un *cornicularío*.

Este era al principio un funcionario militar que presidia las ejecuciones capitales, y debia su nombre al penacho que coronaba su casco, llamado *cornicularío;* insignia que era concedida como recompensa á los caballeros que se habian distinguido en el servicio. En la época en que pasa nuestro relato el *cornicularío* era un empleado civil ejerciendo funciones análogas, y como el hombre de confianza del gobernador.

« Roguemos, madre mia, esclamó Lucia cuando les fué anunciada esta visita; porque he aquí llegan nuestros perseguidores que, á manera de torrente desbordado, quieren tragarnos: que el Espíritu Santo dicte nuestras respuestas (1). »

Al decir esto, arma su frente y su pecho con el signo de la redencion y manda que sean introducidos los magistrados.

Una vez en presencia de las santas mujeres, tomó la palabra el gefe de los decuriones diciendo:

« Supongo, noble Lucia, que no ignoras los decretos de los divinos emperadores, que quieren que se establezca en todas las provincias el culto único de los dioses; y mi amo Pascasio, el procónsul, que conoce lo elevado de tu clase, ha dispuesto en su sabiduría que, ejecutando las leyes con dulzura y moderacion, viniésemos á encontrarte. Traigo este

---

(1) *Actas de los mártires.*

decreto de los emperadores, nuestros señores soberanos, para que lo leas, á fin de que movida de nuestras palabras, reconozcas la verdad, con lo cual serás restituída á tu familia, á tus riquezas, y gozarás además de la amistad de nuestros príncipes.

—Señor, le respondió al instante Lucia, tú no ignoras que en nuestras comarcas las serpientes no salen de su guarida sino en cuanto oyen en la boca del que quiere atraerles los cantos y las palabras á que están acostumbradas; el que ignora ese modo de atraerlas, se esfuerza en vano para alcanzarlo. De la misma manera el decreto de los emperadores y tus melosas palabras no producirán en mí el menor efecto, y serán ineficaces para hacer descender un corazon cristiano hasta el culto de los ídolos.

—¿Con qué desprecias las órdenes sagradas de nuestros príncipes? respondió el asesor.

—Los emperadores pueden ser obedecidos por los que combaten por ellos: en cuanto á nosotros, los cristianos, nuestro rey está en el cielo, y no podemos inclinar nuestra cabeza delante de un monarca terrestre.

—Veo con harto sentimiento, repuso el asesor, que quieres el sacrificio de tu propia existencia.

—Ella depende de la voluntad de Dios. Yo no hago mas que confesar un Señor y Maestro, que es Jesucristo, el Hijo de Dios!

Dirigiéndose entónces hácia sus compañeros el asesor les dijo:

« Tomad acta de estas palabras, á fin de que pueda trasladarlas al noble procónsul Pascasio.

—No es tiempo todavía, dijo entónces el cornicularío, de que nos retirémos: no queda terminada aun nuestra mision: quizás la noble Lucia, movida en fin por nuestra mansedumbre y convencida por nuestras palabras se decida á obedecer la órden del procónsul.»

Llamó, al decir esto, y los esclavos que estaban aguardando en el atrio trajeron una estatuita de oro representando á Júpiter sentado en su trono empuñando sus rayos, un braserillo de plata sostenido por una trípode de hierro, y una cajita de incienso. Encendieron algunos carbones en el braserillo, pusieron la estátua encima de un mueble, y el cornicularío dijo á Lucia, siempre con la misma dulzura.

«Para librarte de los crueles tormentos que te aguardan, no tienes mas que poner algunos granos de incienso en esas brasas en signo de adoracion: este sencillo acto, con el cual quedará satisfecha la clemente justicia de nuestros emperadores, te asegurará su perdon y su benevolencia.»

Mas al ver aquellos objetos Lucia se habia postrado apartando los ojos y esclamando:

«Haz, Señor, que no se manche mi vista con este impío espectáculo!

—Levántate, le dijo el asesor, y adora al Dios de nuestros Césares!»

En este momento sopló sobre la estátua, que desapareció de repente, mientras que los magistrados se miraban unos á otros atónitos.

«Si has hecho que desapareciese la estátua, dijo por fin el asesor sonriendo, es únicamente por arte

de encantamiento: vemos que el oro ejerce sobre tí un poderoso atractivo; de todas maneras si no amases á nuestros dioses no procurarias robarnos sus imágenes (1).

—El Señor ha enviado uno de sus ángeles, respondió Lucia, haciendo la señal de la cruz, el cual ha hecho desaparecer ese ídolo á fin de que no se manchasen con su vista mis ojos!»

En el mismo instante uno de los soldados que estaban en el *área*, delante de la puerta, vino á anunciar á los magistrados que habia visto caer la estátua á sus piés, cual si hubiese sido lanzada violentamente contra el suelo.

El mas furioso despecho sucedió entónces á la fingida dulzura de los magistrados, y el gefe de los decuriones, elevando la voz, dijo á Lucia:

«Esto es ya abusar demasiado de nuestra moderacion: síguenos al tribunal donde serás juzgada en público por el procónsul.

—Estoy dispuesta, respondió Lucia: ejecutad vuestras órdenes: hacedme morir pronto á fin de que entre sin tardanza en posesion de la eterna felicidad.»

Como Eutiquia llorase, los magistrados enternecidos á pesar suyo, parecian vacilar.

«Ay! ay! esclamaba agarrándose de los vestidos de su hija: infeliz de mí! oh Lucia no me respondes! apartas de mí los ojos! Ten piedad de tu madre; no

---

(1) Este rasgo está sacado de las Actas de santa Susana.

rechaces mi dolor, tú que eres mi único cariño! ¿A dónde vas, de esta manera? ¿No ves que te arrastran á la muerte, como un cordero destinado á un sacrificio sangriento?»

Mas Lucia, mirándola con aire afectuoso y digno á la vez:

«Madre mia, le dijo; habria Satanás ofuscado por desgracia tu corazon! ¿Porqué intentas quebrantar mi valor? Permíteme que marche al glorioso martirio á que el Señor me llama!»

Estrechándola entónces amorosamente entre sus brazos:

«Déjame, hija mia, que te abrace por última vez! esclamó Eutiquia con voz entrecortada por los suspiros. El Espíritu Santo me ha convencido; sí, marcha con valor, levanta los ojos al cielo y en él verás á Aquel en quien reposan tu espíritu, tu fortaleza y tu fe!

—Madre cruel, le dijo el gefe de los decuriones dando una patada en el suelo; y qué! ¿permitirás que muera tu hija?

—Sí, replicó Eutiquia con sublime exaltacion, á fin de que renazca en la felicidad del Dios vivo.»

Y al decir esto cayó cual quebrantada por aquel esfuerzo supremo.

Temorosa Lucia de que se debilitase su resolucion, le dirigió una postrera mirada llena de ternura, y dijo á los magistrados:

«Estoy pronta, haced de mí lo que querais!»

Lleváronla, y los soldados y los esclavos siguieron en silencio aquel pequeño grupo que no tardó en

llegar al foro, donde Pascasio hacia dar tormentos á los acusados.

Entre el tribunal y la línea de los soldados habia un pequeño espacio ocupado por los verdugos y los instrumentos de los suplicios, tales como potros, garfios de hierro cuyos dientes agudos, teñidos con la sangre de las víctimas, conservaban aun pedazos de carne, braseros encendidos y cubas llenas de pez ó aceite hirviendo.

Era necesario atravesar aquella plazoleta para llegar al banco de los acusados. El cornicularío miró furtivamente á Lucia creyendo que se conmoveria al ver aquellos horribles preparativos; mas los ojos de la santa vírgen estaban fijos en el cielo y parecian no ver nada.

Como los jueces habian sido elegidos entre los ciudadanos de Siracusa, muchos de ellos conocian y miraban con cariño á Lucia, y todos recordaban con gusto las relaciones amistosas que tuvieran con su padre, el generoso y hospitalario Lucio. Al verla adelantarse con noble tranquilidad, que templaba algun tanto un aire de tímida modestia, apoderóse de ellos un sentimiento de piedad, y oyóse en sus filas un leve murmullo, al contemplar su juventud y su mas que humana belleza.

El asesor la habia dejado para volver á ocupar su asiento al lado de Pascasio y el cornicularío habia seguido al asesor. El gefe de los decuriones único que se habia quedado á su lado, marchó delante de ella atravesando lentamente el espacio que la separaba del pié del estrado.

Ardia en él un braserillo en un altar, á cuyo lado estaba de pié un heraldo. Los murmullos crecian á medida que Lucia avanzaba, y hasta dejábanse percibir en medio de ellos algunos sollozos y vagas imprecaciones.

A una señal de Pascasio el heraldo gritó en alta voz:

«Silencio!» y estrechóse el cordon de soldados en torno del tribunal. Levantóse entónces el procónsul; leyó en voz alta el escrito que de entregarle acababa el corniculario y el heraldo, resumiendo la lectura, esclamó:

«Lucia, hija de Lucio, es acusada de mágia, de impiedad para con los dioses y los emperadores, y de desobediencia á las leyes de los augustos Diocleciano y Maximiano, padres de la patria.»

Lucia estaba en pié, con los brazos cruzados sobre el pecho, y los ojos bajos.

«Vuelve en tí, le dijo el procónsul con un acento lleno de dulzura; sacrifica á los dioses: ellos te serán propicios y te volverán al cariño de los tuyos! Naciste de padres ilustres en una condicion elevada; posees todos los dones de la fortuna, y, pongo á los dioses por testigos, no puedo contemplar sin enternecerme, tu juventud y belleza! ¿Quiéres pues, por una loca obstinacion, perder todos los bienes de que te ha colmado el destino? ¿Serás sorda á la voz compasiva de tus conciudadanos, que no pueden al verte contener sus lágrimas de piedad?

—Deberian mas bien alegrarse conmigo, respondió Lucia, y dejarme que haga alegremente el sacrificio

de mi vida: ellos no saben la esperanza que me alienta, ni conocen la patria por la cual suspiro!

—¿Con qué te niegas á sacrificar á los dioses, y á reconocer su grandeza?

—Para mí no son grandes ni pequeños, puesto que no existen!

—Basta que eches un poco de incienso en ese braserillo, y serás libre!

—La cristiana no puede incensar figuras de piedra y de madera, sin ofender al Dios inmortal que ha hecho el mundo de la nada, al Dios á quien adoramos, y que nos salvará á mí y á todos los que en él creamos!»

Muchas voces que salieron del banco de los jueces le gritaron:

«Sacrifica! sacrifica!»

Mas Lucia respondió:

«El único sacrificio que puedo ofrecer á mi Dios es visitar las viudas, los pobres y los huérfanos para consolarles en su afliccion; á esto me he consagrado toda entera. He dado todos mis bienes á los pobres, no conservando mas que mi cuerpo para ofrecerlo como una hostia viva en perpetuo sacrificio.

—¿Qué significan estas vanas palabras, esclamó Pascasio, incomprensibles para los que guardamos la antigua religion de nuestros padres y las leyes de los emperadores?

—Tú guardas las leyes de tu príncipe y yo las de mi Dios! tú temes á los emperadores de la tierra, y yo al del cielo! á tí te asusta el ofender á un hombre y á mí el enojar al Rey inmortal! Tú quieres agra-

dar á tu señor y yo al que me ha creado! Uno y y otro hacemos lo que creemos que es nuestro deber; así pues no esperes que tus palabras puedan hacerme apartar del amor á Jesucristo.»

El procónsul, disimulando su cólera, dijo al *commentariensis* ó carcelero:

«Que la lleven á la cárcel; mañana proseguirémos el interrogatorio.»

La cárcel era un calabozo sombrío donde habian sido hacinados los demas cristianos, y en el cual penetraba tan solo una luz indecisa por un estrecho respiradero. En el momento en que llegó Lucia, escoltada por el *commentariensis*, los cristianos estaban orando. Al principio la oscuridad le impidió ver á sus compañeros de cautiverio, pero en cuanto se cerró la puerta trás ella, arrodillóse diciendo:

«Señor, Señor, dame fuerzas para confesar tu nombre hasta el fin!»

Muchas voces contestaron á las suyas:

«¡A Dios sean dadas gracias!»

Lucia reconoció entre aquellas voces la de Euplio, el sacerdote cristiano.

En cuanto sus ojos fueron acostumbrándose á la oscuridad pudo distinguir al venerable mártir echado en el suelo en un rincon del calabozo: acercóse á él y vió que estaba encadenado. Tenia las piernas, que habian sido rotas en el tormento, envueltas con paños ensangrentados. El anciano se sentó con mucha dificultad, y estendió su mano sobre la rubia cabeza de la santa jóven, diciéndole con voz apagada:

«Bendita seas, afortunada jóven: tu fe te dará

la salud eterna. Sí, Lucia, tú eres digna de tomar la cruz y seguir á Jesucristo. No te dejes vencer por el miedo; no retrocedas, pues de lo contrario se desvaneceria la recompensa que te está prometida, y el diablo te arrebataria tu tesoro. Que no te asuste la vista de los tormentos: que tu alma contemple el premio que te aguarda; marcha valerosamente y que el tirano se llene de vergüenza al admirar tu valor. ¿Qué son las afecciones y los goces de aquí bajo comparados con la gloria que nos está en la otra vida reservada? Despues de un breve sufrimiento gozarás de un reposo sin fin, y al salir de tus dolores pasajeros, te recocijarás eternamente con los ángeles en el cielo.»

Mientras que Lucia escuchaba con hondo recogimiento las palabras del mártir, tembló el suelo, alumbró el calabozo una luz dulce y misteriosa, y derramóse por él una suavísima fragancia. «Jamás he sentido tan delicioso perfume, esclamó uno de los cristianos. Cual si estuviese en medio de un jardin lleno de flores, percibo un olor de rosas, de lirios, de néctar, de bálsamo y de nardo: estoy transfigurado; no siento ya mis sufrimientos, y solo me queda en el alma el recuerdo de Aquel á quien confesamos como el verdadero Dios, de Aquel por quien debemos morir!»

Entónces descendió sobre los presos una forma blanca y luminosa, y una voz dijo:

«Dios omnipotente y misericordioso, tú purificarás el alma de los pecadores, y la salvarás como la de los justos.»

Lucia con los ojos y los brazos levantados hácia la aparicion, esclamó diciendo:

« Agueda! Agueda! mi santa protectora! »

El resplandor desapareció por grados: Euplio que habia logrado ponerse de rodillas con el auxilio de dos de sus compañeros, oró diciendo:

« O Dios, tú que no tienes principio ni tendrás fin; tú para quien no existen el tiempo y el espacio, que tienes un nombre eterno; tú á quien el mundo no basta á contener, que resides en la inmensidad del universo y que reposas en el corazon de los justos; tú que dijiste por boca de tu profeta: *Todos los dioses de las naciones son demonios! el único Dios es el de Abraham, de Isaac y de Jacob*; tú que en tu sabiduría criaste los cielos, é hiciste la tierra y trazaste al mar sus límites; tú que así en medio del ruído del trueno como del canto de las aves, escuchas los himnos de adoracion; tú, Señor, que has criado todas las cosas para someterlas á Jesucristo, tu Hijo querido; Señor, Señor, derriba en fin las imágenes de los demonios, humilla la audacia de sus adoradores y glorifica á los que creen en tí y en Jesucristo, tu Hijo, que con el Espíritu Santo participa de tu eterno poder por los siglos de los siglos. »

« Amen. »

Contestaron los cristianos en un nuevo arranque de fervor, y cada uno aguardó tranquilamente el fin del interrogatorio.

Al dia siguiente hácia la hora quinta del dia el *commentariensis* fué á avisar á Lucia que debia seguirle al tribunal. Lo propio que en el dia anterior

tuvo que atravesar el sitio donde estaban los instrumentos de suplicio y pasar por delante de los jueces. Muchos de ellos se inclinaron como humillados por la serena dignidad de su mirada. Entre los jueces se veía á Sempronio ; y Valerio , como haciendo parte de la cohorte de Pascasio, y á la sazon investido del poder militar , estaba sentado á su lado con los contubernales y los legados. Al ver la estrema palidez de su semblante , su barba desgreñada y sus vestidos en el mayor desórden , hubiera podido creerse que su verdadero puesto estaba en el banco de los acusados (1).

En cuanto Lucia llegó al pié del tribunal , gritó el heraldo ;

« Lucia , hija de Lucio , se ha negado á sacrificar á los dioses del imperio ! »

—¿Estás en fin resuelta á obedecer nuestras órdenes , la preguntó el procónsul , y quieres sacrificar?»

Lo mismo que en el dia anterior , tanto desde el banco de los jueces como de en medio del pueblo que llenaba el foro , fijáronse con ansiedad multitud de miradas en la jóven , y oyóse varias voces que la gritaban con tono suplicante :

« Sacrifica , sacrifica , no quieras morir. »

Conmovido y lleno de compasion el asesor se levantó :

---

(1) Era costumbre en Roma que los acusados se dejasen crecer la barba y los cabellos, se cubriesen de ceniza y llevasen rotos los vestidos.

« Sábelo, jóven, le dijo, el emperador ha ordenado que los que se nieguen á sacrificar, serán quemados vivos, sin esceptuar ni aun á los que, como tú, sean de condicion libre.»

Lucia miró al que acababa de hablarla y sonrióse.

« Pluguiera al Señor que fuese hallada digna de ser arrojada á las llamas para glorificar su nombre! Cumple pues con tu deber.»

El corniculario, que estaba sentado al otro lado de la silla curul del procónsul, levantóse á su vez y dijo á la santa jóven:

« Tus tiernos años y las gracias de tu cuerpo nos inspiran una profunda compasion. Tienes sin embargo la edad competente y estás en el lleno de tus facultades, de suerte que no hay nada que te escuse; así que no te queda mas alternativa que ó perecer ó sacrificar á los dioses!

—Gozo en efecto, por la gracia de Jesucristo, de mi entera libertad de espíritu, que deseo conservar hasta el fin, para que pueda sostener la lucha en que me hallo por su santo nombre empeñada.»

Habiendo impuesto Pascasio silencio á sus subalternos, dijo á Lucia: «He sabido que te entregabas al arte infame de los maleficios y los sortilegios, seduciendo de esta suerte á los espíritus débiles con acciones estraordinarias.

—Verdad es que en el nombre del Señor y para manifestar su gloria, me ha sido otorgado el verificar algunos actos milagrosos, á fin de probar á todos que nuestro Dios concede lo que se le pide con

fe; mas ¿qué le importa al ciego el esplendor del sol que nos alumbra?

— Sabemos tambien que habiéndose dignado un ilustre romano ofrecerte el hacerte partícipe de su destino, aceptaste libremente y ante testigos aquella union y asististe á la sagrada ceremonia de los esponsales, y que despues has violado impiamente la religion del juramento. Por último, en vez de conservar preciosamente tu dote, que debe pertenecer al esposo que te estaba destinado, lo has disipado en vicios, perdiendo á la vez, en locas prodigalidades, tus bienes y tu honor.

—He colocado mi patrimonio en lugar seguro, y mirado siempre con horror á los que corrompen las almas, cual lo haces tú queriendo persuadirme que abandone á nuestro Criador y mi verdadero esposo Jesucristo, para pecar con las criaturas y adorarlas como dioses! He huído tambien la sociedad de los que corrompen los cuerpos, entregándose á la satisfaccion de sus pasiones groseras, que anteponen á los goces eternos!

— Cambiarás de lenguaje cuando estés en manos de los *cuestionarios* (1).

— Dios no faltará á sus promesas para con aquellos que son el templo del Espíritu Santo, esto es, que viven santamente y le reverencian como deben!»

Irritado el procónsul con estas palabras pronun-

(1) Los verdugos que aplicaban el tormento.

ciadas con tanta entereza como dignidad, agitábase en su asiento sin saber que responder, cuando se vió á uno de los jueces levantarse de su banco y acercarse á hablar al oído á Pascasio. Este juez era el flámen Sempronio. Al pasar por delante de Valerio le lanzó una mirada significativa, y el procónsul dirigiéndose á Lucia, le dijo con feroz sonrisa:

«Voy á mandar que te lleven á un lugar infame, del cual ese tu Espíritu Santo que, segun dices, ama tanto á las vírgenes, huirá espantado.»

Levantóse á estas palabras un murmullo de indignacion de entre la muchedumbre, y fué preciso que el heraldo impusiese diferentes veces silencio. Oyóse entónces á Lucia, que nada habia perdido de su tranquilidad y de su confianza, responder á Pascasio.

—El cuerpo no puede ser manchado sino con consentimiento del alma: si poniendo á la fuerza incienso en mi mano me obligases á echarlo en el fuego para honrar á tus dioses, yo no ofenderia á mi Dios: de la misma manera, si pretendes hacer que me ultrajen, no harás mas que prepararme dos coronas en el cielo; no harás mas que añadir la corona de vírgen á la de mártir.»

A estas palabras el procónsul hizo seña á los verdugos que se acercasen, dándoles algunas órdenes en voz baja.

Reinaba en la asamblea un silencio solemne, y hasta los verdugos parecia que no se atrevian á obedecer. Por último acercáronse á Lucia cuatro de ellos, y quisieron llevarla fuera de allí; mas perma-

neció inmóvil á pesar de sus esfuerzos y cual si estuviese clavada en el suelo.

«Con qué no os atreveis á tocarla, cobardes! gritó Pascasio. Atadla con cuerdas y traed bueyes para que la arrastren! Que se le quiten los vestidos!

—Vil tirano! esclamó la santa con acento de indignacion y de desprecio, no soy la única mujer á quien ultrajas con semejante tratamiento! Tu madre, tu esposa y tus hijos se llenan de rubor, porque en mí insultas ese sentimiento de pudor que es comun á todas las mujeres (1).»

En esto volvieron algunos verdugos provistos de sogas y conduciendo un par de bueyes. Lucia fué atada con las cuerdas, cuya estremidad se sujetó á las astas de aquellos animales á quienes se aguijoneó vivamente. Mas á pesar de sus violentas sacudidas, Lucia permanecia inmóvil. Elevábanse por todas partes esclamaciones de estrañeza y de admiracion: los clamores de la multitud resonaban de continuo mas amenazadores, y Pascasio dió órden á los arqueros que hiciesen retirar mas al pueblo.

«Este prodigio es obra de las divinidades infernales; mas yo sabré romper el encanto.»

Mandó en su consecuencia que untasen á Lucia con un cocimiento de tubérculos de pan porcino y de diversas plantas á las cuales se atribuía la virtud de destruir los sortilegios; mas Lucia permanecia siempre en la misma postura. Entónces Pascasio, de-

(1) *Actas de santa Teonilla.*

puesto todo sentimiento de dignidad, abandonóse á un transporte de rabia y rugiendo como un tigre furioso:

«He de ser juguete, esclamó, de esa miserable criatura! Por el Erebo! que no he de declararme vencido!»

Lucia levantando los ojos hácia él, le dijo con la mayor dulzura:

«¿A qué irritarte, noble procónsul? reconoce en fin que mi cuerpo es el templo de Dios! No es un hechizo el que me vuelve inmóvil, sino el espíritu del Señor que en mí reside: todas las fuerzas juntas del universo no serian bastantes á arrancarme de este sitio!

—Serás quemada viva!» gritó Pascasio. Y como la cólera le impedia pronunciar distintamente sus órdenes, movia sus ojos encendidos y gesticulaba como un loco.

Adivinando, mas que oyendo los verdugos lo que queria mandar, hacinaron al rededor de la santa leña que cubrieron de pez y aceite, y pegaron fuego á esta hoguera. Oyéronse algunos chasquidos, y las llamas que de todas partes se elevaron, no tardaron en ocultar la santa á los ojos de los espectadores.

Vióse en aquel momento á uno de los que estaban sentados cerca de Pascasio ponerse en pié y mover los brazos cual si fuera víctima de un violento delirio; y en seguida volvió á dejarse caer en su asiento dejando escapar de su pecho un sonido ronco.

Era Valerio.

Sin saber lo que se hacia metió su mano crispada

debajo de sus vestidos, sus uñas penetraron profundamente en sus carnes; dejóse ver en su blanca clámide una gran mancha de sangre, y sus ojos quedaron inmóviles y apagados cual los de un hombre que ha perdido la razon.

Apagáronse poco á poco las llamas, y pudo verse por intervalos el rostro tranquilo y risueño de Lucia. Eleváronse muchas voces, salidas del banco de los acusados en medio del lúgubre silencio que reinaba en la asamblea, que cantaban:

Transivimus per ignem et aquam, et induxisti nos, Deus, in refrigerium.

Y luego añadieron:

Ignis ardens et coruscans vim naturæ suæ oblitus est!

«He rogado al Señor Jesus, dijo Lucia á Pascasio desde en medio de la hoguera que se estinguia lentamente á su derredor, que este fuego no me quemase y que tuviera á bien prolongar mi martirio, á fin de que los cristianos permanezcan constantes en su fe, y no teman los tormentos, y para que sean confundidos los infieles.

—Veo, repuso Pascasio, que los mismos dioses se compadecen de tu juventud, y no quieren permitir que perezcas: así pues déjate persuadir en fin por la voz de la razon, y sacrifica á los dioses.»

Muchos de los jueces, dejando sus asientos, se acercaban á Lucia instándola con lágrimas y sollozos á que sacrificase, mientras que otros le besaban los piés y las manos, diciéndole:

«Somos tus amigos y tus parientes y no queremos que mueras. Sacrifica! sacrifica!»

Mas Lucia, inmóvil como la roca en medio de las olas:

«Mis amigos y mis parientes, les contestaba, son los santos y los mártires, cuyo ejemplo debo seguir!»

Entónces una voz fuerte que dominó los suspiros y los sollozos:

«¿A qué, gritó, tentar su constancia? En vano pretendeis hacer que reniegue de su Dios: vuestras palabras no llegan á sus oídos, y sus ojos, clavados en el cielo, no ven vuestras lágrimas!

—¿Quién es el que acaba de hablar?» preguntó Pascasio volviéndose: y al reconocer á Valerio que estaba en pié detrás de su silla: «prendedle!» gritó.

Mas desenvainando aquel su espada, atravesó rápidamente el recinto del tribunal, penetró por entre la multitud y desapareció por un ángulo del foro.

En este momento la confusion era estraordinaria: como algunos soldados hubiesen abandonado sus filas para detener al tribuno, el pueblo se habia aprovechado de su ausencia para adelantarse hácia el tribunal y acercarse á la santa: los heraldos gritaban en vano para que cada cual ocupase su puesto, mas elevábase de entre la multitud un ruído sordo y amenazador. Pascasio tuvo miedo, é hizo precipitadamente una seña al verdugo que estaba mas cerca de Lucia, quien hundió su espada en el cuello de la santa, cuya cabeza se inclinó, y cuyas rodillas se doblaron como para orar.

A favor del tumulto agrupáronse en torno de ella algunos cuestionarios, la cogieron y la llevaron á la cárcel. Los soldados volvieron á sus filas, y el pue-

blo se fué retirando poco á poco ante los lictores que dispersaban los grupos.

Al llegar al calabozo dijo á los cristianos que habia en él, y que estaban arrodillados en torno de ella restañando la sangre que corria de su herida:

«Tened valor, hermanos mios, los tiempos se acercan: pronto serán rotos los ídolos, y la Iglesia, ahora oculta en los subterráneos, se estenderá gloriosamente por toda la superficie de la tierra. Convertiráse todo el pueblo á la fe de Jesucristo, y yo seré la protectora de Siracusa, como lo es Agueda de Catania.»

Dejóse oir en este momento un ruido de voces en la puerta del calabozo, y los cristianos vieron á Valerio apartar bruscamente al commentariensis y precipitarse hácia ellos gritando:

«Lucia! Lucia!»

Uno de ellos se la señaló silenciosamente con la mano, y Valerio se arrojó á sus piés, repitiendo:

«Lucia! Lucia!»

La santa tenia la cabeza apoyada en la pared del calabozo, los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos levantados al cielo; sus labios entreabiertos, en los cuales se dibujaba una dulce sonrisa, parecian que murmuraba aun una bendicion. Habia descendido sobre ella el ángel del silencio y de la paz, y la habia llevado dulcemente al lado del inmortal esposo á quien habia consagrado su vida y por el cual acababa de morir.

Valerio se alejó al cabo de algunos instantes sin decir una palabra.

X

EN EL ETNA.

Poco tiempo despues estinguióse en Siracusa el fuego de la persecucion. Eutiquia no tardó en reunirse con su hija, espirando tranquilamente, rodeada de amigos fieles y de santas mujeres, que la habian ayudado á sobrellevar su dolor.

Reinaba desusado movimiento en Catania con motivo de haber entrado en posesion de su cargo un nuevo procónsul de Sicilia. Habia dispuesto que se celebrasen juegos y espectáculos en las principales ciudades de la provincia, y la muchedumbre se agolpaba en las avenidas del antiguo teatro, adornado con colunas y bajo relieves (que fueron despues arrancados por Rogerio para embellecer la catedral). El guardian daba á la gente del pueblo, por la módica cantidad de dos ases, un pequeño disco de barro cocido en el cual se veía en relieve la figura de un elefante y encima de él una alfa: este objeto debia ser devuelto al guardian, y daba derecho á un asiento en

el teatro en el momento en que empezaba el espectáculo (1).

Un hombre atravesaba en aquel momento la gran plaza donde desembocaba la *via Ætnea*, y que estaba rodeada de pórticos sostenidos por colunas de mármol. Habíase prodigado ántes de tal suerte este sistema de ornamentacion, que Catania debió á él su sobrenombre de ciudad de las colunas. Ocupaba el centro de la plaza un gran elefante de lava negra, sobre cuya espalda se elevaba un obelisco de granito rojo de Egipto (2).

Aquel hombre andaba muy despacio, con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho. De vez en cuando paseaba á su rededor una mirada triste y como atontada. Al verle los grupos interrumpian su alegre conversacion, abríanle paso en silencio, y cuando estaba lejos:

«¿Quién es ese hombre? preguntábanse en voz baja. ¿Si estará inspirado por algun dios infernal?

—¿Has reparado, preguntaba uno, en su túnica manchada de barro y de sangre?

— Me parece, añadia otro, que su razon está estra-

---

(1) Museo del príncipe de Riscari en Catania.

(2) Este monumento fué levantado ó por mejor decir reinstalado en el último siglo por Carlos de Borbon, rey de las Dos Sicilias; pero el obelisco es muy antiguo y parece ser de construccion griega. Veíanse tambien en Roma elefantes de bronce; así pues nada hay de inverosímil en suponer que existiese en el siglo IV el monumento á que se alude en el texto.

viada... Me ha mirado sin verme; pero su mirada ha hecho penetrar hasta el fondo de mi alma una estraña sensacion de frio y una tristeza mortal.

— Debe haber andado mucho, observaba un tercero, pues marcha con dificultad y lleva los piés cubiertos de polvo: y sin embargo es un patricio.

— Tiene los ojos hundidos, y pálido el semblante, replicaba el segundo de los interlocutores: debe de sufrir cruelmente.

— Creo mas bien, añadia otro, que tiene *mal ojo!* ¿cómo librarnos del aojamiento?»

Mientras que se cruzaban estos diálogos entre la muchedumbre, el tribuno Valerio, porque él era en efecto el misterioso personaje, continuaba atravesando lentamente la plaza, y llegaba á la entrada de la inmensa *via Ætnea*, llena á derecha é izquierda de casas suntuosas, y á cuyo estremo se divisaba el pico del volcan con sus nieves eternas y sus seculares bosques.

Despues de muchas horas de marcha habia atravesado la primera de las zonas que rodean el Etna, ó sea la region fértil y poblada que se estiende á su base. Hallábase en los límites de un gran bosque de castaños, encinas y pinos. Ocultábase el sol detrás de la montaña. Hallóse entónces fatigado, y sentóse en un fragmento de lava.

La atmósfera se teñia con los últimos rayos del sol de reflejos rojizos que se proyectaban en el mar.

Lanzando una mirada sobre el espacio que acababa de recorrer, Valerio podia ver á sus piés montes enormes de informes masas, cubiertas unas de

abrojos, otras peladas y estériles, de un aspecto rudo y dibujando con negras tintas su perfil fantástico y agreste. Estendíase á lo largo de la montaña una llanura de lava negra, uniforme, desierta, fria é inmensa que llegaba hasta la ciudad, que se veía como una línea blanquecina trazada en la orilla del mar.

Siguiendo aquella especie de sábana fijábase sin querer la mirada en algunas masas basálticas de ángulos agudos que habian sido vomitadas por la tierra y aparecido en su superficie rasgando el suelo. La materia en fusion, corriendo como un torrente desbordado, habíase esparcido por todas partes y adelantádose hasta el mar. Valerio podia ver á lo léjos y á la derecha de Catania, un gigantesco promontorio de lava que dominaba la superficie de las olas.

Mas entorno de él estendíanse prados y campos de brezos: á trechos un arroyo, saliendo de alguna gruta tapizada de musgo, corria sosegadamente al través de los aloes y de fragmentos de rocas. Detrás serpenteaba á lo largo de la montaña el sombrío y poblado bosque, por entre cuyos castaños asomaba de vez en cuando el viejo tronco hendido por el rayo de alguna encina gigantesca.

Hasta entónces Valerio habia permanecido como atontado por los clamores del pueblo, y aturdido por el tumulto de sus propios pensamientos, y habia andado sin objeto y á la ventura, como empujado por un delirio febril. Mas el silencio misterioso de la soledad y de la noche le hizo que entrase en sí mismo;

reuniéronse lentamente en su espíritu sus pensamientos, hasta entónces errantes, rocobró el sentimiento de la dolorosa realidad, y cubriéndose el rostro con las manos:

«Lucia! Lucia! esclamó: Dioses inmortales! ¿no es un sueño lo que por mí pasa? Vivo aun, veo y recuerdo. Eres tú el que has visto en un negro calabozo, tendida y fria, y atravesado el cuello por una horrible herida, á Lucia tu desposada, tu único cariño, la esperanza y el sosten de tu existencia! Sí..... me acuerdo: yo me acerqué á tí; yo quise hablarte y decirte: «Es necesario que huyas conmigo ó que me permitas morir á tu lado! » Mas tú no pudiste escucharme ni responderme: era demasiado tarde!... Demasiado tarde para salvarte! y sin embargo yo soy la causa de tu muerte! Quisiera dudar aun; pero este recuerdo me persigue y me abruma; me da un frio mortal é hiela mi mente! Dioses de mis padres, vosotros á quienes he ofrecido sacrificios, arrancadme la memoria ó la existencia. Si es verdad que mas allá del Leteo se encuentra el olvido, precipitadme en vuestro Tártaro, porque es imposible que encierre tormentos mas crueles que los mios! Negras furias, repugnantes euménides (1),

---

(1) Eumenides, esto es *propicias*. Dábase este nombre por antífrasis á las Furias. Estas presidian á los castigos de los culpables. Eran tres; *Tesifona*, *Magera* y *Alecto*, y se las suponia hijas del Aqueronte y de la Noche. Se las representaba llevando antorchas encendidas en la mano, con serpientes en la cabeza y empuñando un látigo de serpientes. *N. del T.*

vuestras serpientes me roen el corazon, vuestras siniestras antorchas han encendido en mi alma una hoguera horrible! ¿A dónde huir para evitaros? ¿No me concederéis algun descanso? Dioses del Olimpo, si sois poderosos, justos é inmortales ¿porqué castigarme por un crímen impuesto por vosotros? ¿Me perseguirás siempre, ó ciego destino, por haber sido demasiado obediente á tus fatales decretos? Dioses! ¿podeis exigir de un infelíz mortal mas fuerza y virtud de la que en él habeis puesto? Si existís realmente, solo sois grandes para el mal, y me abrumais porque soy débil!»

Desde el dia en que Valerio habia huído del tribunal de Pascasio, y visto á la santa en el momento de morir, habia estado como privado del sentimiento de su propia existencia y nada habia distinguido en torno de él. Jamás habia gozado, por tanto tiempo como entónces, de su presencia de espíritu; así que esperimentó un movimiento de admiracion mezclado de horror al verse en aquel sitio.

«Qué lugar tan agreste y terrible! dijo para sí mismo; es digno de las divinidades infernales que me persiguen: ellas me han traido aquí: O será tal vez el Dios de los cristianos que me ha arrebatado mi desposada y que quiere perseguirme aun! De cualquier lado que me vuelva no encuentro mas que duda, desesperacion y venganza!»

Al volver en sí sintió reanimarse en él la naturaleza. Acosado á la vez por el frio, la fatiga y el hambre, levantóse para ir en busca de un lugar habitado; mas falto de fuerzas, cayó permaneciendo largo rato

en un estado de entorpecimiento y languidez semejante al sueño.

Dispertáronle los gritos estridentes de las águilas y de los buitres silvestres que se cernian revoloteando encima del bosque. Al esperimentar el hombre grandes sufrimientos se refugia en el sueño y en el anonadamiento, que traen algunos instantes de olvido; mas al dispertar el dolor recobra sus fueros, vuelve la memoria, y cae de nuevo sobre el alma el pesar mas punzante y terrible. Esto es lo que aconteció á Valerio: sentia los miembros entorpecidos, quebrantados por el cansancio y debilitados por el hambre; mas estos males del cuerpo no eran nada en comparacion de la sombría desesperacion que le oprimia.

Como empezase á la sazon á apuntar el dia, volvió á proseguir su camino al través del bosque sin saber á donde iba á parar. Andaba con dificultad avanzando siempre, apoyándose en el tronco de los árboles y cogiéndose de los fragmentos de lava que encontraba á cada paso.

Al cabo de algun tiempo hallóse al otro lado del bosque y vió estenderse delante de él una grande llanura circular. No quedaba casi rastro de vegetacion; solo de trecho en trecho asomaba algun raquítico y miserable cacto, ó algunas raices blanquecinas serpenteando por las destrozadas rocas. Al rededor de la llanura alzábanse multitud de peñas verticalmente tajadas, como muros ruinosos de una enorme ciudadela y formadas de capas sobrepuestas, con matices variados hasta el infinito. Observábase

un contraste muy marcado entre aquellas masas, ya amarillas, ya de un rojo vivo, y el tinte sombrío de las montañas que les servian de base. A veces tambien surcaba aquellas masas una grande línea oblícua de traquito y de basalto cortando las capas del terreno. Mas allá la region de las nieves estendia su blanco manto al rededor del cono de la montaña.

Valerio habia oido decir que en su parte superior se estendia una vasta plataforma, donde habia algunas habitaciones. Si bien su designio era huir de los hombres, un secreto instinto le inducia á creer que llegaria mas pronto á la cima que á la base de la montaña, y que allí encontraria tal vez socorros.

Atravesó pues con no poca dificultad la zona de las nieves y llegó á lo mas alto de la cima. Allí vió una estensa superficie formada de olas de lava fria que levantaban sus agudas crestas á manera de un oceano solidificado. De vez en cuando abríase en el suelo alguna ancha grieta; en otra parte elevábanse algunos picos agudos de fantásticas formas, á cuyo rededor parecian revolotear ligeras nubes blancas mezcladas con un humo negruzco. Aquella superficie formaba una como corteza delgada debajo de la cual hervia un fuego líquido, y en la que resonaban, como en un metal, el ruido de las pisadas.

En el centro de la plataforma alzábase un cono cubierto de cenizas de color de ocre y de escorias, medio ocultando en las nubes su truncada punta. Oíase por intérvalos regulares un ruído sordo, y del

centro del cono y de las hendiduras de que se hallaba salpicado el terreno lanzábanse torbellinos de humo que arrojaban con violencia piedras candentes, que caian con un ruído seco cual el de una lluvia de tempestad.

En aquel momento alzábase el sol radiante sobre el mar Jonio, trazando en el horizonte como una faja de oro encima de la superficie azul y transparente de las aguas; y á la par que iba aquel elevándose, se iba alargando aquella hasta venir á dorar la base de las montañas del Brucio y de la Lucania, cuya cima poco antes sumergida en las sombras de la noche, se teñia poco á poco de tintas de color de rosa ó viola.

Valerio estaba todavía en la sombra, pero veía á sus piés elevarse lentamente hácia él la luz creadora, atravesando los vapores, iluminando las colinas y los bosques, descubriendo los precipicios y dibujando los contornos de las playas.

Contemplaba este espectáculo con la indiferencia egoista que todo gran dolor infunde, cuando distinguió á poca distancia de él, en uno de los lados de la plataforma, un pequeño edificio negruzco que tomara hasta entónces por una roca. Aquel edificio con sillares de lava alternando con hiladas de ladrillo, y muy deteriorado, parecia remontarse á una gran antigüedad: era no mas que una ruína informe. Tal vez este sitio está habitado, dijo para sí el tribuno, y se adelantó hácia el arruinado edificio arrastrándose penosamente.

Cuando solo le faltaban algunos pasos para llegar

á él, vió salir un hombre de elevada estatura, vestido con una larga *lacerna* y cubierta la cabeza con un petaso de anchas alas que le caían sobre los ojos.

Estaba inmóvil con el semblante dirigido hácia el sol naciente.

« Amigo, le gritó Valerio, dame algo que comer. »

Volvióse el hombre á estas palabras; mas cuando Valerio estuvo cerca de él y le hubo reconocido, se estremeció y dió un paso hácia atrás cual si hubiese pisado una serpiente:

« Eres tú, Sempronio! mónstruo! infame! esclamó.

—Sí, soy yo; yo, tu único amigo, que te he visto llegar estenuado de fatiga y de miseria; yo que te aguardaba para impedir que murieses de hambre! Ven conmigo á ese edificio donde se hospedó el grande Empedocles, y donde hallarás reposo y alimento (1).

Mas á la vista del flámen, Valerio habia sentido afluir violentamente la sangre hácia sus estremidades, y apoderóse de él un ardor febril. Sentíase fuerte, cual lo está todo hombre bajo la influencia de la cólera: sus dientes, fuertemente apretados, hubieran pulverizado el hierro.

---

(1) *La torre del Filósofo*, ruina situada en el *Llano del Lago*, en cuyo centro se eleva el cono central del Etna. Es un antiguo edificio griego, que fué habitado, segun unos, por Empedocles, y que era segun otros, un mirador mandado construir por el emperador Adriano.

« Calma tu agitacion y consiente en descansar, le dijo Sempronio con acento paternal: tendré que hablarte despues largamente y de cosas muy importantes.

—Vete, miserable, vete! porque á tu vista no soy dueño de mí mismo. » .

Mas el flámen, frunciendo las cejas, le cogió del brazo, y apesar de su resistencia, le arrastró rápidamente hácia el cono que se levantaba en el centro de la llanura (1).

« Por fin te encuentro, Valerio, mi querido hijo, le dijo mientras que iba andando; en adelante serás todo mio. Cual ese sol que se eleva á nuestros piés disipando los vapores que habian oscurecido sus rayos, así tu inteligencia, libre de todos los obstáculos, va á elevarse radiante, crecer y robustecerse hasta poder contemplar toda la verdad. Sí, tú serás mi discípulo predilecto.

—Nó, nó! déjame, nada quiero de tí, de tí que me has arrancado el corazon!

---

(1) Hay mucha distancia de la *Torre del Filósofo* al cráter central; pero las frecuentes erupciones que han tenido lugar desde la época en que pasa nuestra historia pueden haber cambiado mucho el aspecto de los lugares; y como por otra parte no tenemos documentos ciertos sobre la configuracion del volcan en el siglo IV, nada impide suponer que estaba como yo lo describo. Lo único que se sabe es que las partes superiores son de formacion reciente, y que las erupciones han respetado la Torre del Filósofo, á la par que han levantado nuevas proeminencias en los costados de la montaña.

—Sí, pero es para que viva tu espíritu. Escúchame, jóven. Desde aquí tu mirada penetra en el infinito y se cierna sobre la inmensa naturaleza: ¿no es verdad que la creacion es bellísima vista al nacer el sol? Pues bien, estas sublimes alturas nada son en comparacion de las otras á donde puede alcanzar el alma del sabio! »

Mientras estaba hablando el flámen miraba fijamente á Valerio, y este, cual si hubiese recibido de él un nuevo vigor, marchaba á su lado sin que pareciese estar cansado. Al llegar al sitio mas alto de la montaña vieron estenderse aun mas el horizonte. Acercáronse á la boca del cráter:

« Hijo mio, continuó diciendo Sempronio con la mayor exaltacion; mira debajo de tí, hácia el Oriente: ¿ves aquellas islas esparcidas como puntos de color de rosa en la inmensa llanura azul? Son las islas Jónicas. A tus piés se estienden los grandes valles de donde Roma ha sacado por espacio de tanto tiempo el trigo que la ha alimentado. Mas al Norte se levantan las montañas de la Lucania; mas allá estiende la fértil Campania sus prados siempre risueños y embalsamados; si bajas los ojos verás una masa negruzca que se adelanta en el mar; son las islas de los cíclopes, donde habia construido Polifemo su antro; mas léjos Xifonia, donde el pastor Acis fué aplastado por una roca; aun mas allá, y en un pequeño promontorio, las ruínas de Náxos, la primera colonia griega de la Sicilia, y á su lado la ciudad de Tauromenium, edificada á guisa de nido de águila sobre una enorme peña, que parece, vista desde

aquí, una colina de arena; y por último y aun mas á lo léjos la antigua Zanclo, construida sobre un cabo que se estiende formando como una hoz, confundiéndose con las montañas del Peloro y de las islas de Eolo.»

El flámen hizo una breve pausa, y luego volviéndose, estendió su brazo hácia el Occidente, y prosiguió diciendo:

«Mira: toda la Sicilia está cubierta aun por la sombra gigantesca que proyecta el Etna, y que se estiende hasta el otro mar; á medida empero que el sol sube, la sombra va decreciendo y se ven aparecer de uno y otro lado colinas, rocas, bosques y ciudades. Aquellos dos puntos blancos son Selinonte y Segesto, las dos antiguas rivales, devastadas sucesivamente por griegos, cartagineses y romanos. Y mas allá, muy léjos, muy léjos, y confundiéndose con la línea del horizonte ¿no ves asomar la playa africana? Oh Valerio, ¿no te conmueve la majestad de este espectáculo? ¿No sientes dilatarse y estremecerse de gozo el alma? Cuántos pueblos destruídos, cuantas ruínas, cuantos recuerdos á nuestras plantas! y nosotros, amigo mio, nos elevamos sobre esas generaciones muertas, sobre esas civilizaciones que fueron! Yo las resucito con el pensamiento, vivo de su existencia, me apropio su saber, atravieso los tiempos y suprimo el espacio. Todos esos séres que se mueven debajo mis piés quiero someterlos á mi poder. Yo que soy ya mas que un rey por la ciencia, quiero ser un Dios. Yo quiero que los siglos venideros pronuncien mi nom-

bre con respeto, como el del divino Apolonio de Tiana (1).

Y al decir esto apretaba sus brazos contra su pecho, cual si hubiese querido estrechar entre ellos el universo.

Valerio tenia los ojos fijos en un solo punto, y siguiendo la direccion de su mirada se hubiera podido ver Leontium abriéndose, por decirlo así, entre rocas como un ramo de flores.

«Qué me importa todo eso! dijo por fin al flámen: vuélveme Lucia!

— Lucia! Oh! ¿y puedes ante esos pensamientos grandiosos hablarme de un miserable capricho de tu corazon? Sí, yo he apartado ese obstáculo que te impedia ser mio, como se aplasta el insecto que se halla al paso. ¿A qué dar pábulo á estériles lamentaciones? Nó; me equivoqué; tú no eres el hombre que en tí esperé encontrar: tu alma pusilánime no tiene energía ni para el bien ni para el mal. Esa jóven te resistia é insultaba tu dignidad: tú no has osado hacerla morir como lo merecia: ha sido preciso que te obligasen á ello: y si la perdonabas, si

---

(1) Célebre filósofo y taumaturgo, nacido en Tiana en Capadocia pocos años despues de la venida de Jesucristo. Habiendo abrazado la doctrina de Pitágoras se sometió á todas las austeridades de esta secta y recorrió viajando muchos países, escitando en todas partes la admiracion y haciendo supuestas curas maravillosas. Neron le arrojó de Roma. Créese que murió en Efeso por los años 97 de J. C., y en una edad muy avanzada.
N. del T.

cedias á tu ridículo amor, ¿porqué no hacias al menos lo que te exigia? Era necesario salvarla ó morir con ella: era indispensable abrazar su fe.

—Qué es lo que dices!

—Sí, á no haber sido un cobarde te hubieras declarado cristiano: entre ellos está la verdad; lo sabes tan bien como yo.»

Desde el principio de su coloquio Valerio y el flámen estaban de pié en la cima del cono, que surcaban, como queda dicho, numerosas grietas. Habíanse acercado insensiblemente á una de ellas, y Sempronio estaba tan solo á algunos pasos de distancia de la misma, cuando volvió á hablar de nuevo.

«Nada de secretos entre nosotros, prosiguió diciendo con una espresion feroz: fuerza es que me conozcas enteramente! yo he sido cristiano! Por lo mismo que conozco al Dios de Nazaret, le temo, le aborrezco y le maldigo. Yo soy como el hijo furioso que despedaza el seno de su madre. Le he declarado una guerra de esterminio porque es omnipotente, y emplearé todas mis fuerzas en suscitarle enemigos. Si no los destruímos hasta el último, los cristianos cambiarán la faz del mundo; y por esto he querido hacer perecer á tu desposada!»

El pasmo y el furor impidieron á Valerio el pronunciar ni una sola palabra, y solo se escaparon de su garganta algunos sonidos inarticulados; mas adelantóse hácia Sempronio lanzando sobre él una mirada tan horrible, que este, sin apartar los ojos de él, retrocedió algunos pasos. De repente se hundió en la grieta, y desapareció dando un grito lastime-

ro. Valerio creyó oir estas palabras: «Dios es justo!»

Y mientras el jóven patricio horrorizado, tenia fijos los ojos en el abismo, creyó oir una voz interior, la voz de su conciencia, que le repetia como un eco:

«Dios es justo, Valerio! Valerio, tú has sido culpable, y el cielo te castiga.»

Luego añadia, cual si quisiese disculparse:

«Yo no fuí libre; fué la fatalidad..... Nó, respondia la voz interior, tú sabes que el alma del hombre no puede ser dominada por otro hombre, que la fuerza material puede mover tu brazo, pero no ejerce ninguna accion sobre tu voluntad; tú eres responsable de tus actos, y si cediste á la fascinacion fué porque no quisiste librarte de ella; creíste buscar la verdad y te complacias en el error; sumergido en las tinieblas llamaste la luz, y cuando esta brillaba para tí, cerraste á ella los ojos!»

Entónces Valerio se postró, diciendo: «Señor Jesucristo, Hijo del verdadero Dios, perdóname!»

Treinta años despues el viajero que hubiese visto en los desiertos de la Tebaida á un anciano enflaquecido por el ayuno y cubierto con una túnica grosera, ceñida con una cuerda de piel de camello, hubiera tenido trabajo en reconocer en él al opulento y fastuoso tribuno Valerio.

Tertulia, de vuelta á Roma, se hizo cristiana.

MEDITACION (1).

Bienaventurada seas, valerosa heroína del cristianismo, bella y santa desposada del Crucificado, noble hija de Siracusa que mereciste ser hallada digna de ceñir la doble corona de la virginidad y del martirio; ó Lucia, bienaventurada seas.

Gloria eterna y lauros inmarcesibles á la Santa. Gloria eterna y con ella, y aun que sean de un valor infinitamente menor que ella, la admiracion y los himnos de triunfo de todas las edades, á esa hija del cielo, á esa religion divina que produjo esa numerosísima pleyade de mártires y de santos, de héroes de constancia y de fortaleza y de virtud cual no los habia producido ni hubiera producido

(1) Esperamos que nuestros lectores no tomarán á mal e que pongamos fin á la novela añadiendo á ella estas breves páginas que nos han sido inspiradas por su lectura, y por el espectáculo de la Iglesia oprimida y triunfante de las persecuciones.—*El T.*

jamás la tierra á no haberla regado la sangre de Dios, á no haberla vivificado el ardiente sol de su gracia.

Cual desierto no regado por las lluvias, no refrescado por los rocíos matutinales, y recorrido tan solo por abrasadores vientos, y tostado tan solo por un sol de fuego, no produce mas que raquíticos arbustos ó flores de efímera existencia, que naciendo por la mañana viven tan solo lo que tardan en recibir el ósculo quemante del sol del medio dia; así la tierra visitada por las tempestades del error y abrasada por el fuego de las pasiones no producia mas que frutos de falaz apariencia y efímero existir; mas que árboles raquíticos de transitoria ufanía, á cuya sombra solo esperimentaban la inteligencia y el corazon ó las sequedades de la duda, ó la ausencia de los santos y generosos instintos.

Como nave que, una vez que ha perdido de vista el faro del puerto de donde ha salido, desconoce el derrotero y no encuentra entre las espesas nieblas en que anda envuelta la

estrella polar por medio de la cual pueda dirigirse á una playa hospitalaria y conocida; así marchaba la humanidad por el misterioso y agitado mar de las edades, sin saber á donde iba desde que perdiera de vista la divina luz que alumbrara sus primeros pasos al ser arrojado del luminoso eden.

¿Quién podia convertir aquel desierto árido y tostado en fértil y delicioso jardin? ¿Quién podia hacer que diesen frutos de vida los que fueron por espacio de tanto tiempo árboles de muerte? ¿Quién podia desvanecer las enemigas sombras para que se ofreciese á la vista del errante buque la luminosa guia?

Dios; solo Dios!

El hombre habia ensayado todos los caminos y no habia hecho otra cosa que estraviarse mas. Los que habia creído ser brillantes faros no eran mas que fuegos fatuos que ó le deslumbraban por un instante para dejarle sumido en mas profundas tinieblas, ó que le aturdian con su misma abundancia y movilidad. Quiso crear paraísos y tan solo

logró producir páramos; hacer religiones y tan solo inventó absurdos; hallar verdades y tropezó con errores.

Dios, solo Dios que habia creado la luz para los ojos del cuerpo, podia hacer que brillase de nuevo la que creara para las almas, y que las sombras del pecado habian ofuscado.

Dios, solo Dios podia crear para el hombre otro paraíso en cambio del eden perdido.

Dios, solo Dios podia hacer que el heredero del infierno por el pecado, pudiese serlo del cielo por la gracia.

Y Dios lo hizo.

Y hé aquí, que á la manera que despues de haber dado su ley á su pueblo escogido en el Sinaí, entre rayos y ruído de trompetas para que no dudase aquel de su poder, mandó que fuese guardada en el arca, como en testimonio de que residia en medio de él; así despues de haber sellado su doctrina con su sangre en el Gólgota, para que no dudase la tierra de su mision, quiso hacer depositaria de ella la Iglesia, para que la conservase y la

transmitiese de generacion en generacion.

Mas ¡ay! el mundo estaba ciego, y no vió la luz. El ruído de sus pasiones no permitió á los hombres oir la palabra de vida. Dios vino á los suyos, y los suyos le desconocieron.

Apenas terminó el martirio del Hombre-Dios, empezó el martirio de su fiel esposa, la depositaria de su doctrina, la Iglesia santa. Al «sea crucificado» del pueblo judío, respondió el pueblo romano con el sangriento grito de: «guerra á muerte á la fe nueva; á los leones los cristianos.»

Roma, la representante de la humanidad ofuscada por el error, de la humanidad degenerada por el vicio, desenvaina la espada que chorrea aun con la sangre de millares de pueblos, para blandirla contra los cristianos. ¿Podrá decir de ellos, como de las naciones sojuzgadas: *Væ victis!* ay de los vencidos?

Roma, la representante de la fuerza material, ha asestado su ariete contra la Iglesia, depositaria de la divina palabra. ¿Podrá sepul-

tarla entre sus propias ruínas, como ha hecho desaparecer pueblos enteros bajo los escombros de sus ciudades?

Alardes de la fuerza humana, orgullo del poder, embriaguez de los triunfos adquiridos, sojuzgadores del mundo, ¿qué sois ante la omnipotencia divina? ¿qué valeis ante Aquel que creó el mundo por un acto de su voluntad; que como el hombre arroja al viento un puñado de arenas, esparció por la inmensidad millones de soles de inconmensurable grandeza, que señaló sus límites al mar embravecido, á cuyo paso se estremecen las montañas, que puede hacer desaparecer la tierra como una tienda levantada para pasar una noche?

¿Qué eres, ó Roma, qué sois las naciones mas poderosas de la tierra ante el inmenso poder de Aquel que os apacienta en medio de la calma de la naturaleza ó entre el combate de los elementos; que os señala con el dedo los caminos por donde debeis andar, que os levanta de la nada ú os dispersa como polvo á su querer soberano?

¿Cómo no viste, ó ciudad señora del mundo, que la misma omnipotente mano que habia puesto en la tuya á todos los pueblos de la tierra atados como un manojo de débiles y quebradizas cañas, habia escrito en el fronton de su Iglesia con letras que la guadaña destructora del tiempo debia respetar, aquella divina y consoladora profecía: *Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella?*

¿Cómo no viste que mientras que á cada nacion que borraban tu espada y tu antorcha de sobre la faz de la tierra podias esclamar envanecida: «tengo un enemigo menos;» á cada gota de sangre que de los discípulos del Crucificado que derramabas, se multiplicaba prodigiosamente el número de estos?

El error y el orgullo te habian cegado, y creíste poder destruir la obra de Dios, como habias visto derrumbarse á tus plantas al impulso de tu brazo vigoroso las pasajeras obras de los hombres.

Habían te cegado el orgullo y el error, y creíste que la *iglesia del Galileo* debia caer redu-

cida á polvo á los golpes del poderoso ariete que habia pulverizado los macizos muros y gigantes torres de las orgullosas ciudades, tambien como tú dominadoras de pueblos, del Africa y del Asia.

Esperaste ver llegar el dia, que creiste cercano, en que sentada en el Capitolio, que creías eterno, podrias cantar con tu lira coronada de flores la destruccion de aquella iglesia y de aquella sociedad, cuya doctrina y cuyas virtudes eran una acusacion viva contra tí; y no echabas de ver como aquel mismo Capitolio se iba desmoronando debajo de tus piés, como peña que las aguas lentamente socaban, para levantarse sobre sus ruínas otro Capitolio que debia darte esa inmortalidad que te prometieran tus oráculos.

¡Cuán sabios é inescrutables son, Señor, tus designios! ¿Quién pensar pudiera, humanamente hablando, que aquella naciente Iglesia, sobre cimientos al parecer tan débiles levantada, podria resistir á los embates de aquel poder que no habia hallado igual en el mundo?

¿Quién pudiera sospechar que aquella modesta simiente de doctrina derramada por unos pocos hombres del pueblo, sobre una tierra estéril y cubierta de las malezas del error, no habia de ser arrebatada por los arroyos de sangre que este hacia correr por do quiera?

¿Quién no hubiera creído que aquella sociedad nacida el dia ántes, escarnecida por los que se tenian por sabios, odiada de los ministros de los ídolos, aborrecida de los grandes de la tierra, y contra la cual se habian desencadenado los odios de los orgullosos Césares, que si consentian en que hubiese dioses en el imperio, era á condicion de ser ellos contados en su número, no debia ser aplastada bajo las plantas de los que habian convertido la tierra en escabel donde apoyarlas?

Mas ah! fallidos salieron los cálculos de la prevision humana. Las tempestades sirvieron tan solo para probar, así la firmeza de la nave, destinada á navegar siempre sobre revueltos mares y entre encontrados vientos, como el poder del que la dirigia. El que en los lagos de

Galilea dormia tranquilo arrullado por las encrespadas olas, para al dispertarse dar á sus azorados discípulos una muestra de su poder haciendo que aquellas se humillasen ante su palabra, queria probar á sus nuevos hijos que no debian temer las olas, puesto que él iba con ellos en la nave, y á sus enemigos que nada debia temer de las borrascas el que las desencadenaba ó refrenaba á su arbitrio.

Estaba escrito que *las puertas del infierno no prevalecerian contra la Iglesia del Señor*, y la santa promesa empezó á cumplirse en aquel mismo dia en que el infierno entero, bramando con furor impío, desencadenó sus poderes para desmentirla.

Y como fué probada la firmeza de la nave del Señor por los embates de las embravecidas olas, así lo fué la fortaleza y la constancia de los discípulos del que vino á traer al mundo la luz de la verdad en el crisol de las persecuciones.

Las persecuciones! Cuán grande y poderosa se ostenta la nueva fe con los diez triunfos

que le proporciona Roma en las diez batallas á todo trance que le da para destruirla! Cuán heróicos y sublimes sus soldados, que entran en ellas sin mas armas que la fe, la esperanza y el amor, para salir de las mismas con los cuerpos despedazados y ostentando en sus sienes la aureola de gloria y en sus manos las palmas del martirio!

Las persecuciones!

¿Qué inteligencia no se abre á la luz de la divina verdad ante este sublime milagro de la gracia que hace que una sociedad que viene al mundo entre contrariedades, que marcha entre suplicios, y cuyos individuos muertos en su mayor parte en los tormentos, no solo se conserve y se renueve, sino que se multiplique entre aquellos?

¿Dónde se ha visto una sociedad en que hombres y mujeres, débiles y fuertes, niños y ancianos hagan del martirio el deseo de su vida, la esperanza de una existencia mejor, y la espresion de un amor que despues de haberse fortalecido con los sufrimientos de la

cruz, desea dar la última prueba de lo que es, buscando en la muerte la mas sublime manifestacion de que solo vivia para el objeto amado?

Vosotros, á quienes da el mundo el ostentoso dictado de héroes, porque supísteis arrostrar serenos los peligros de los combates, y moríais acaso con las palabras de amenaza y de venganza en vuestros labios y el ódio en el corazon, ¿qué es vuestro heroísmo comparado con el heroísmo de los mártires?

Vosotros, bien escasos por cierto, que en los grandes apuros de vuestra patria, no vacilásteis en dar vuestra vida, si con desinterés por un lado, con ostentoso aparato y con pompa teatral por otra, ¿qué es vuestro heroísmo al lado del heroísmo de los mártires?

Vosotros los que cegados por el error y considerando como una carga insoportable la vida, como una amiga la muerte en cuyos brazos podíais dormir el sueño de la nada, despues de haberos embriagado con los vapores de los festines, y coronado de rosas,

os dabais la muerte con estóica indiferencia, ¿qué es vuestro mal llamado heroísmo, comparado con el verdadero heroísmo de los mártires?

Aquellos iban á morir cegados por el humo del incienso que quemaban en torno de ellos los que no teniendo fuerza ni valor bastante para imitarlos, median por su pequeñez la grandeza de aquellos, y aguardando los lauros con que debia coronarles la historia; estos en medio del desprecio de un mundo que tenia su fe por locura, y por desvarío su sed de suplicios, y que daba al viento sus cenizas para destruir hasta su memoria.

Aquellos iban á arrostrar una muerte que todos se esforzaban en endulzar y en hacer lo mas breve que fuese posible; estos á sufrir tormentos los mas atroces y duraderos que podia inventar la crueldad humana.

Aquellos marchaban á la muerte despues de haber saciado sus ojos con la vista de la sangre en los combates, con el espectáculo de las desgarradoras agonías del circo, ó de

haber endurecido sus miembros en los ejercicios de la guerra ; estos eran muchas veces tiernos niños ó jóvenes doncellas de delicados cuerpos , que no sabian aun lo que era sufrir, ó ancianos quebrantados ya por los dolores, y que se sometian á suplicios que hacian estremecer de horror á sus propios verdugos.

Los mártires ! Cuán fecunda fué de ellos la sangre del Hombre Dios que subió el primero al Gólgota para enseñarnos el camino del sufrimiento! ¿Quién podria contar los innumerables discípulos del Señor que se hicieron dignos de este título, así en las persecuciones particulares como en los diez grandes combates dados por los emperadores, ántes que Constantino sentase la religion del Crucificado en el trono del mundo ?

Mas ah! que si los mártires asombran por su número, todavía causan mas admiracion cuando se les contempla en los tormentos y en sí mismos.

Pedidle á la imaginacion humana que invente suplicios que no hayan sido empleados

contra los cristianos, y se reconocerá incapaz de satisfaceros. Pedidle que discurra halagos mayores que los que se usaron para hacer vacilar su inquebrantable fe, y no sabrá hallarlos. Pedidle que busque verdugos mas crueles que los que agotaron sus fuerzas en su tormento, y no le será posible encontrarlos.

Buscad una edad de la vida, una clase de la sociedad, un carácter, un sentimiento, un estado que no tenga su representante en esa santa y gloriosa pleiade, y no le encontraréis.

Buscad un género de heroísmo de que no ofrezcan los mártires numerosos ejemplos, y os será imposible hallarlo.

Y sin embargo entre tantos héroes y heroínas infinitamente superiores á los héroes segun el mundo que han producido todas las edades, todavía se distinguen algunos por un heroísmo superior. Cual en medio de los grupos de estrellas de que se forma la via láctea descuellan algunas por su grandor y brillantez, así aparecen en medio del innumerable ejército de mártires que brillan en el cielo de la

Iglesia, algunos que son como los astros mas luminosos de aquel esplendente coro.

Y tú eres uno de ellos, Lucía. Modesta como la azucena de los prados, pura como el lirio cuyo cáliz flota sobre las aguas de transparente lago, hermosa como el primer rayo del sol matinal, el Creador de las almas escogió la tuya para ser su esposa, hizo de tu corazon un templo y se complugo en habitar en él.

Por eso te llenó de sus gracias; de sus gracias que derramándose de tu corazon, cual se derraman de un vaso precioso los bálsamos perfumados para esparcirse por el suelo, hicieron que brotasen donde quiera en torno de tí las mas esquisitas flores de las mas santas virtudes.

Y así como se marca sobre la tierra el paso del sol por los bienes que donde quiera esparce, de la misma manera señalábase por el mundo el paso de la vírgen escogida, por las obras de beneficencia y de amor que donde quiera en pos de sí dejaba. Y el esclavo la mi-

raba como su ángel de consuelo, y como su providencia el necesitado, y como la enviada del cielo los que sufrian.

Por eso tambien la llenó de su amor; y como amante tórtola busca su cariñosa pareja, y como languidece la flor hasta que la ha bañado con sus rayos el sol, y como la Esposa de los cantares preguntaba á todos los que hallaba al paso por su esposo, para que le indicasen el sitio donde sesteaba el que amaba su alma; así buscaba ella á su esposo divino y suspiraba por encontrarle.

Por eso deseó el martirio con ardor, y recibió los tormentos como la corona de flores que le enviaba su celeste Desposado, á fin de que pudiese presentarse mas hermosamente ataviada y fuese hallada digna de entrar en el escondido retrete donde aquel le aguardaba.

Cuántas veces en los santos horrores de las canteras subterráneas, suspirarias, ó admirable heroína del Señor, para que en el caso de volver á encenderse el horno de las persecuciones, se dignase escogerte el cielo para

ser purificada en él, como el oro en la fragua!

Cuántas veces al besar las venerables cicatrices que ostentaban en sus destrozados miembros tantos y tantos atletas de la fe como despues de haber confesado á su Dios en los tormentos, aguardaban ansiosos de nuevos combates el poder dar por él la poca sangre que quedaba aun en sus estenuados cuerpos, les envidiarias aquellos sagrados testimonios de su fortaleza, aquellas santas prendas de su amor hácia el que habia derramado su sangre por ellos!

Regocíjate, esposa del Cordero inmaculado! Tus deseos van á cumplirse. El Señor en sus inescrutables designios va á lavar y purificar mas y mas su Iglesia con un nuevo bautismo de sangre. El infierno va á dar, con permiso del Omnipotente, otra batalla, que será la última, pero tambien la mas cruel, contra el cristianismo naciente, y entre las palmas de triunfo que los santos ángeles van á distribuir entre los escogidos del Altísimo, no será la menos hermosa la que te está destinada.

El Señor va á soplar, á fin de avivar mas sus ardores, en el fuego de amor que arde ya en tu corazon; va á vestir tu alma de nueva fortaleza; va á robustecer tu fe y hacer mas firme tu esperanza, y sentirás trocarse tu timidez de doncella en intrepidez de heroína, tu debilidad de mujer en fuerza de atleta.

Vedla con qué santa confianza marcha á los tormentos, con qué celeste alegría los sufre, con qué admirable modestia triunfa de ellos! Los verdugos se cansan de atormentar ántes que padecer la delicada vírgen, y el tirano se cubre de vergüenza al verse vencido, él, que se creía omnipotente en medio de tantos instrumentos de suplicio, por una jóven al parecer abandonada á sí misma.

Mas pues Dios la escuda, ¿qué han de poder contra ella todas las fuerzas del infierno? Los mismos suplicios deponen sus espantosos rigores á los piés de la Santa, porque el Señor quiere hacer ver por medio de ella cuan grande es su omnipotencia, y el amor con que ama á los que confian en él.

Cual leon á quien arrebatan su presa, el tirano brama de coraje al ver que los tormentos se niegan á obedecerle, é inventa otros nuevos y mas crueles, sin ver, el desdichado, que cuantos mas esfuerzos para vencer hace, es mayor su derrota.

Mas el Señor habia escogido á Lucia cual víctima que le debia ser ofrecida, y la voluntad del Señor ha de ser cumplida. Dios ha mandado á la espada que cortase y la espada cortará. El mas hermoso de los ángeles desciende para poner la gloriosa corona del martirio en las sienes de la santa vírgen, y Lucia reclinándose en sus brazos, como en los brazos de un hermano, se duerme tranquila en el Señor.

El tirano se sonrie porque cree haber triunfado. ¡Infeliz! El único que ha triunfado allí es el cielo, es Jesucristo cuya religion se ostentará dentro de algunos años triunfante en ese mismo trono de los Césares, de donde descienden ahora los decretos de muerte y esterminio contra los discípulos del Crucificado.

Acércanse los dias del triunfo! La orgullosa Roma caerá de hinojos á los piés de Aquel cuyo nombre tanto ha odiado. Los dioses serán arrojados del Capitolio; levantaráse en él una cruz, que adorarán postrados en el suelo mas naciones que ciudades han sometido tus armas, ó señora del mundo, mas pueblos que han visto tus águilas, aun en los dias en que mas han remontado su vuelo.

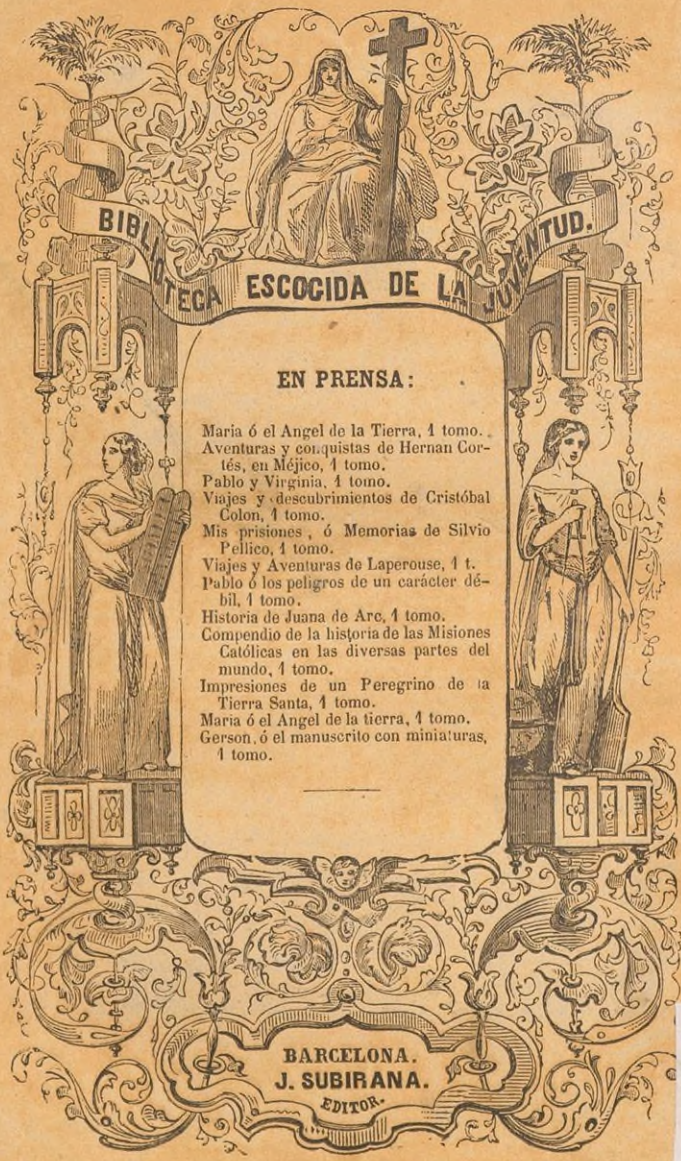
Bienaventurada seas, valerosa heroína del cristianismo, bella y santa desposada del Crucificado, noble hija de Siracusa que mereciste ser hallada digna de ceñir la doble corona de la virginidad y del martirio, ó Lucia, bienaventurada seas.

FIN.

ÍNDICE.

Prefacio. 5
I. — Las saturnales en Siracusa. 9
II. — Una cena en casa de Valerio. 32
III. — La quinta de Lucio. 57
IV. — Desposorios y funerales. 83
V. — Viaje á Catania. 105
VI. — La ciudad subterránea. 127
VII. — La sacerdotisa de Isis. 157
VII. — Las tesmoforias y el procónsul. 183
IX. — El tribunal en el foro. 207
X. — En el Etna. 231
Meditacion. 247

FIN DEL INDICE.



EN PRENSA:

María ó el Angel de la Tierra, 1 tomo.
Aventuras y conquistas de Hernan Cortés, en Méjico, 1 tomo.
Pablo y Virginia, 1 tomo.
Viajes y descubrimientos de Cristóbal Colon, 1 tomo.
Mis prisiones, ó Memorias de Silvio Pellico, 1 tomo.
Viajes y Aventuras de Laperouse, 1 t.
Pablo ó los peligros de un carácter débil, 1 tomo.
Historia de Juana de Arc, 1 tomo.
Compendio de la historia de las Misiones Católicas en las diversas partes del mundo, 1 tomo.
Impresiones de un Peregrino de la Tierra Santa, 1 tomo.
María ó el Angel de la tierra, 1 tomo.
Gerson, ó el manuscrito con miniaturas, 1 tomo.

BARCELONA.
J. SUBIRANA.
EDITOR.